VICKY WALKLATE
Ardiente
Luz
Serie Apex 3

"Por alguna maldita razón, el universo ha decidido que una humana tímida e inocente es mi alma gemela".

???

Tras un matrimonio infeliz y un desagradable divorcio, Freya Mulholland está dispuesta a proteger con todas sus fuerzas la libertad que tanto le ha costado conseguir. No es fácil cuando su vengativo ex marido acecha cada uno de sus movimientos, decidido a convertir su nueva vida en una miseria.

Así que cuando el misterioso Severin acude en su ayuda una noche, sólo para quedar atrapado en su forma de tigre dientes de sable e insistir en que ella es su compañera predestinada, Freya puede necesitar ajustar su forma de pensar. No sólo viven monstruos entre ellos, sino que éste, con sus dientes afilados y sus ojos intensos, cree que le pertenece, aunque no esté contento con ello.

En cuanto a ella, está horrorizada; después de todo, pasó por un infierno para conseguir su independencia. Pero mientras intenta alejarse, algo en este monstruo enigmático y distante la mantiene cautivada.

TRADUCCIÓN Mika

EDICIÓN Lady Nala

DISEÑO Zeke

Traducido Por Libros Gratis Magui

Capítulo 1

Los latidos del corazón de Freya retumbaban en sus oídos mientras miraba a través de las persianas del salón. El sensor de movimiento de su edificio se había activado hacía unos instantes, haciéndola levantarse del sofá por enésima vez. La noche se cernía sobre Westhorpe, su ciudad natal, y el ruido distante del tráfico en el centro de la ciudad no era más que un zumbido bajo y constante. Los zorros aullaban a lo lejos y un búho ululaba desde algún lugar cercano.

Su estrecha calle lateral estaba mortalmente quieta, sin señales de vida en ninguna de las casas de ambos lados. Las farolas estaban apagadas y tampoco había luna ni un reconfortante manto de estrellas. Sólo una interminable franja de oscuridad, interrumpida por el duro resplandor del foco de seguridad al iluminar el pavimento de piedra y los espectrales contornos de los edificios más allá. Nadie merodeaba junto a los coches aparcados en la calle; nadie se arrastraba por el camino pavimentado hacia la entrada de su edificio. Entonces, ¿qué había encendido la luz?

Intentando controlar la respiración, miró la rosa de tallo largo que yacía en el centro de su mesita. Sus pétalos rojos como la sangre se estaban marchitando, pero no se atrevía a ponerla en agua. La había encontrado sobre la mesa al volver del trabajo, un mensaje siniestro disfrazado de belleza perfumada.

Las rosas eran el gesto de disculpa habitual de su ex marido Ben. Cuando se enfadaba por algún desaire imaginario por parte de ella, al día siguiente había un enorme ramo de rosas en su tocador. Si se emborrachaba y se burlaba de ella y la avergonzaba en una de sus elegantes cenas de trabajo, ella recibía rosas en lugar de una disculpa. ¿La empujaba al otro lado de la habitación después de gritarle durante una discusión? Rosas.

Ese último incidente había sido la gota que colmó el vaso. A la mañana siguiente, después de que él se fuera a trabajar, hizo la maleta y huyó. A pesar de sus súplicas, sus insinuaciones y, al final, su furia desatada, se mantuvo firme y se negó a volver.

Su divorcio fue amargo y rencoroso por su parte. Había puesto fin a su matrimonio de casi cinco años con lo mínimo que le correspondía, pero no le había importado. Los grandes bolsillos de Ben y su extravagante estilo de vida no le habían traído ninguna felicidad de todos modos. Una prisión hecha de oro seguía siendo una prisión.

La luz de seguridad se apagó, sumiendo de nuevo el mundo exterior en una oscuridad espesa e impenetrable. Freya cerró las persianas y se desplomó en el sofá, juntando las manos para que no le temblaran.

Era enloquecedor sentir tanto miedo en su propia casa. Se suponía que aquel modesto piso, uno de cuatro en una casa victoriana reconvertida en los suburbios de Westhorpe, era su nuevo comienzo. Largo y estrecho, se extendía a lo largo del lado izquierdo del edificio, con su vecino de la planta baja en el lado opuesto, y la misma distribución con los otros residentes en el piso de arriba. El salón daba a la calle. El dormitorio y el cuarto de baño estaban detrás. En el centro estaba la cocina tipo galera, con una puerta lateral que daba al jardín trasero. La puerta principal del piso daba al vestíbulo compartido.

Ella misma había decapado las paredes, pintándolas de rosa oscuro en su dormitorio y de un fresco crema ostra en el resto. Con la ayuda de su hermana Evelyn, incluso había colocado sus propias estanterías. El orgullo que sintió cuando terminaron fue indescriptible. La enorme casa que había compartido con Ben al otro lado de la ciudad bien podría haber sido un hotel sin nombre por todo lo que había dicho sobre su estilo. Aquí, todos los objetos, desde el sofá de segunda mano hasta los marcos de los cuadros de la tienda de caridad, habían sido elegidos por ella.

Ahora, al parecer, Ben lo había visto por sí mismo.

No debería haber podido entrar en el edificio; se suponía que el acceso se realizaba a través de un teclado de alta tecnología. Sin embargo, se había roto tantas veces que los residentes habían decidido mantener la pesada puerta principal abierta con una cuña. Aunque a Freya no le había entusiasmado la idea, no se atrevía a confesar su precaria situación a sus nuevos vecinos.

Había estado a punto de ponerse en contacto con la policía muchas veces, pero siempre perdía los nervios. Como abogado, Ben podía contar con amigos en lugares altos, bajos y útiles. A pesar de que a menudo merodeaba cerca del centro médico en el que ella trabajaba, o pasaba rugiendo junto a ella en su Jaguar cuando iba o venía del trabajo en bicicleta, su lengua suave y su profunda cartera

le sacaban de cualquier apuro. Incluso lo convertía en culpa de ella, de alguna manera.

¿Cómo había conseguido entrar? No había indicios de robo en su piso; tanto la puerta delantera como la trasera estaban cerradas, al igual que las ventanas. El edificio no tenía cámaras de vídeovigilancia ni sistema de alarma. Como la puerta principal estaba rota, su única seguridad era la luz con sensor de movimiento, que se había activado muchas veces esa noche.

Demasiadas veces.

Así que, hace una hora, llamó a la única persona en la que confiaba.

Evelyn tardó en contestar, pero ya estaba de camino. También había enviado un mensaje críptico después de colgar.

EVELYN: 'Enviando a un amigo para ayudar, Severin.'

Freya se frotó las sienes. Fuera quien fuera Severin, no le haría ninguna gracia que le enviaran a casa de una desconocida en mitad de la noche por culpa de una luz de seguridad poco fiable y una flor misteriosa. Estaba exagerando. Quizá debería volver a llamar a Evelyn y decirle que no se preocupara.

Se oyó un pequeño arañazo en la puerta principal. Le dio un vuelco el corazón y se giró para mirar. La llave de la cerradura vibraba como si la empujaran desde el otro lado.

La realidad se estrelló contra ella. No era su imaginación jugándole una mala pasada. Alguien estaba intentando entrar en su piso empujando su llave hacia fuera, intentando introducir la suya.

La adrenalina inundó sus venas. Apretando los puños, se levantó bruscamente.

—Puedo oírte —estalló. —Vete.

Tras un momento de silencio, sonó una risita cálida, tan familiar que le dieron ganas de llorar.

—Abre la puerta, ganso tonto. Sólo soy yo.

El susurro dulzón de Ben le produjo náuseas.

—Vete —repitió, acercándose sigilosamente. —Es más de medianoche y estás invadiendo.

—Eres mi esposa, Freya. No hay tal cosa como la intrusión cuando se trata de la familia.

Sonaba tan seguro de sí mismo, tan racional. Siempre lo hacía. Podía decir las cosas más crueles y cortantes de un modo tan razonable, como si afirmara un hecho inequívoco.

Asegurándose de que la cadena de seguridad estaba en su sitio, respiró hondo y giró la llave, abriendo la puerta un resquicio.

La tenue luz del pasillo iluminaba los apuestos rasgos de su ex marido: pelo castaño claro, corto y pulcro; ojos azul grisáceo enmarcados por largas pestañas; piel blanca y sin imperfecciones; una figura esbelta y tonificada, acentuada por un traje gris de diseño. Cuando se conocieron, sus amigas -tenía algunas entonces, antes de que las ahuyentara a todas- se habían entusiasmado con su potencial de modelo, con su mandíbula cincelada y su sonrisa de millón de dólares.

Freya también solía pensar que era una buena sonrisa. Ahora se daba cuenta de que no le llegaba a los ojos. Si se hubiera dado cuenta desde el principio, cuando era una ingenua de dieciocho años con un padre ausente y un alma ansiosa y complaciente con la gente, cautivada por el encantador hombre mayor que le decía lo perfectos que eran el uno para el otro.

Se metió en el bolsillo algo que se parecía sospechosamente a una llave y soltó una exclamación.

—¿Te has dejado la cadena puesta? Actúas como si fuera un asesino con hacha.

—Ya no estamos casados. No sé cómo conseguiste una llave, pero por favor vete o llamaré a la policía —odiaba lo entrecortada y débil que sonaba. Lo odiaba tanto.

Dejó escapar un suspiro dramático. —Sólo quiero hablar. Te echo muchísimo de menos, cariño. Una sola flor no compensará todo lo que ha pasado entre nosotros, lo sé. Pero espero que demuestre lo mucho que significas para mí.

Aquellas palabras le produjeron una punzada que, para su disgusto, la hizo sentir un aleteo en el pecho. Había un consuelo traicionero en la familiaridad y las falsas declaraciones de amor, y se armó de valor contra ellas. —Déjame en paz, Ben. Lo digo en serio. Gritaré si es necesario.

—No te pongas histérica. No hay necesidad de despertar a tus pobres vecinos cuando todo lo que quiero es una conversación...

—Siento llegar tarde, cariño —otro hombre se materializó detrás de Ben, y Freya gritó de verdad.

Capítulo 2

Si Freya no hubiera estado tan conmocionada, se habría reído de la reacción de Ben ante el recién llegado. Su ex maldijo y retrocedió a trompicones por el pasillo, casi tropezando con la parte inferior de las escaleras en el proceso.

El desconocido miró a Freya con los ojos muy abiertos a través de la rendija de la puerta y tuvo que hacer todo lo posible para no quedarse boquiabierta. Alto y ancho de hombros, con la piel blanca de tono miel y los pómulos esculpidos, este hombre parecía realmente recién bajado de una pasarela. Llevaba el pelo castaño caoba corto por los lados y más largo por arriba, despeinado a la moda. Vestido con unos vaqueros azules impecables y una camiseta blanca, sus bíceps rebosaban músculo, pero eran sus ojos los que la tenían embelesada. Eran de un color avellana brillante, casi dorado, salpicados de motas verdes. Lentes de contacto de colores, presumiblemente. Quizá *era* modelo.

—¿Quién demonios eres? —el temblor en la voz de Ben desmentía sus palabras agresivas mientras recuperaba el equilibrio.

—Podría hacerte la misma pregunta —la voz profunda y grave del desconocido tenía un toque de humor. Era difícil precisar su edad: treinta y pocos, quizá, ¿la misma que Ben?

—Benjamin L. Carmichael —se encendió su ex. —Socio de Elsgood, Ferris y Carmichael. Yo cuidaría tu tono, si fuera tú.

El otro hombre sonrió satisfecho y se volvió hacia Freya, mientras se asomaba por la rendija.

—Siento haberte hecho saltar, princesa. Abre la puerta.

Su parte más sensata le dijo que no hiciera lo que le pedía aquel desconocido. La otra parte, temblando ante su tono suave e íntimo, hizo exactamente lo que le decía.

Cruzó el umbral como si fuera su dueño. Cuando la abrazó, estuvo a punto de desmayarse. Le dio un apretón de advertencia en la cadera, le besó la mejilla y la

abrazó. Olía a sándalo y a especias almizcladas. Inhaló mientras miraba a su ex con el pecho del desconocido apretado contra su espalda y las manos de él alrededor de su cintura.

Las cejas de Ben estaban en su línea del cabello. —¿Estás saliendo con alguien? Nos divorciamos hace menos de un año, ¿y ya estás saliendo con un follamigo?

El desconocido emitió un sonido pensativo, meciéndola de un lado a otro, como si estuvieran bailando. —Ya veo por qué le dejaste. ¿Es siempre tan estridente?

Un graznido salió de la garganta de Ben. —¿Quién *eres*?

—Este es Severin —respondió Freya, rezando por estar en lo cierto y ocultando su alivio cuando sintió que asentía con la cabeza.

—Severin —se burló Ben. —¿Qué clase de nombre es ese? ¿De qué cloaca saliste, *Severin*?

Haciéndole caso omiso, Severin apartó la corta melena rubia de Freya de la nuca. La sensación de las yemas de sus dedos la hizo estremecerse. Cuando sus labios rozaron su piel, Freya casi cerró los ojos de felicidad.

—Qué princesa tan guapa —murmuró. —¿Me has echado de menos hoy?

Era un espectáculo, ella *sabía* que todo era un espectáculo, pero eso no impidió que una oleada de deseo recorriera su cuerpo mientras le mordisqueaba el cuello. No podía mirar a Ben mientras asentía.

—Yo también te he echado de menos —dijo Severin, apretándola aún más. —Y estoy aburrido. Es aburrido. ¿Damos las buenas noches?

Volvió a asentir, con el corazón latiéndole tan fuerte que se preguntó si se le saldría del pecho. Cuando la soltó de la cintura para colocarse delante de ella, resistió el extraño impulso de aferrarse a él, asomándose por su hombro a tiempo de ver cómo su ex abría los ojos.

—Vete —dijo Severin con frialdad. —Ahora.

Ben le fulminó con la mirada. —¿Crees que te tengo miedo?

—Si tuvieras sentido común, lo estarías.

—¿Es eso una amenaza, pequeña escoria? Haré que te arresten antes de que puedas...

Severin agarró a Ben por el cuello y le clavó la mirada.

—No me gusta repetirme, muchacho —su voz era fría como el hielo mientras le obligaba a caminar hacia atrás por el pasillo, hasta la puerta principal abierta a cal y canto. —Empieza a correr, antes de que te rompa las piernas y te obligue a arrastrarte.

Incapaz de apartar la mirada, Freya los siguió hasta el vestíbulo como una sonámbula mientras Severin empujaba a Ben fuera de la puerta y bajaba la escalinata. El sensor de movimiento se encendió justo cuando Ben se tambaleó, tropezando con una maceta en la base de los escalones. Aterrizó con un ruido sordo en el camino, agitándose sobre su espalda como una tortuga atascada. La risita de asombro de Freya se apagó en su garganta cuando Ben se puso en pie blandiendo un gran trozo de cerámica rota, con los ojos vidriosos y desorbitados.

—Pedazo de porquería —chilló.

Cargó contra ellos. Al volver a entrar en el pasillo, Severin blandió el puño, un ruido sordo y carnoso resonó contra las paredes cuando conectó con la mandíbula de Ben. Su ex voló hacia atrás, sus manos volaron en el aire justo cuando el impulso de Severin le hizo tambalearse hacia un lado, dejándola desprotegida. El tiempo se ralentizó; Freya no podía hacer otra cosa que observar cómo la cerámica abandonaba el agarre de Ben y volaba hacia ella.

Un chasquido de dolor reverberó en su cabeza cuando el fragmento hizo contacto. Gritó y cayó de rodillas.

Se desplomó contra la pared y se agarró la cabeza. Un líquido cálido le rezumó entre los dedos y gimió. Luces diminutas parpadeaban ante su vista, sombras que crecían desde el borde. El sonido de las pisadas tamborileó contra su cráneo antes de desvanecerse. Por un momento, pensó que ambos hombres la habían abandonado; entonces alguien le tocó la frente y percibió el aroma del sándalo.

Lo último que oyó, antes de sucumbir al olvido, fue el profundo murmullo de Severin.

—Ah, mierda.

Capítulo 3

Freya se despertó con las sienes palpitantes, la boca tan seca como el Sahara y una pizca de náuseas revolviéndole el estómago. Los suaves hilos de una emisora de radio flotaban sobre ella, junto con el rugido de un potente motor. El penetrante olor a cuero y gasóleo la mareó aún más.

Su cabeza se inclinó hacia un lado y se levantó de un tirón. Estaba sentada en el asiento del copiloto de un gran 4x4. Los dos faros del coche iluminaban la carretera: estaban en un pequeño camino rural, lo bastante estrecho como para que el coche casi tocara los arcenes de maleza y flores silvestres a ambos lados. Filas de árboles nudosos y retorcidos flanqueaban los arcenes, sus ramas se curvaban sobre el carril para encontrarse en el centro, dando la impresión de un túnel oscuro y ominoso. Le tembló el pulso al enderezarse, tratando de ignorar el martilleo de su cabeza.

Severin la miró desde el asiento del conductor, con sus inquietantes ojos ámbar brillando. —Bienvenida.

—¿Qué ha pasado? —graznó.

Sonó un teléfono que cortó la radio, seguido de un pitido agudo cuando Severin pulsó un botón del volante.

—Sí —sonaba cortante, como si hubiera esperado la llamada.

—¿Dónde estás, Sev? Estoy en el piso de Freya y no están ninguno de los dos. Los vecinos oyeron gritos. Si le has hecho daño, te mataré yo misma.

Freya tardó un momento en reconocer a su hermana Evelyn, y una pizca de miedo surgió al oír una nota de pánico poco habitual en la voz de su hermana. ¿Quién *era* ese hombre? Antes de que pudiera decir nada, Severin volvió a hablar.

—Honestamente, Evelyn. Pensé que ahora confiabas en mí.

—¡Estaba empezando a hacerlo, hasta que desapareciste con mi hermana! ¿Está bien?

—Ella está bien. Hubo una refriega y acabó con una herida en la cabeza.

Freya se tocó el costado de la cabeza, haciendo una mueca de dolor ante el chichón que encontró, cubierto de sangre seca. Asqueroso, pero podría haber sido mucho peor.

—¿Una herida en la cabeza? —Evelyn alzó la voz. —¿Qué le has hecho? Será mejor que vayas al hospital.

—No. Nos dirigimos a mi piso franco.

—El ático. Bien. Jax y yo nos encontraremos allí.

—El ático no —el tono de Severin se volvió seco. —Tu amante se ha acomodado demasiado en mi casa para mi gusto. De momento me alojo en otro sitio.

—¿Dónde, exactamente?

—No necesitas saberlo. Por algo se llama piso franco —al continuar, el triunfo tiñó el tono del hombre. —Sin embargo, me complace confirmar que he descubierto la manera de pagar mi deuda con ustedes dos. Me prestas a tu hermana.

El jadeo de Freya fue ahogado por el furioso chillido de Evelyn.

—¿De qué demonios estás hablando? ¡No puedes tomarla prestada! Es una persona, no un lápiz.

—Le beneficiará a ella, así como a mí. Mañana te lo explicaré mejor. Si sus vecinos se entrometen, diles que hubo un altercado y que su novio la ha llevado al hospital.

—*¿Novio*? Maldita sea, Severin, déjame hablar con Freya...

Otro pitido y Evelyn se quedó incomunicada. En el coche reinó un silencio absoluto durante unos segundos, hasta que el teléfono volvió a sonar. Suspirando, Severin pulsó unos botones de la consola central y silenció el tono de llamada.

No volvió a encender la radio y el silencio se extendió entre ellos. Freya hizo todo lo posible por controlar la respiración, mirando a ciegas el paisaje desconocido iluminado por los faros. No tenía teléfono, ni bolso, ni abrigo, pero al menos iba vestida, aunque con su uniforme de enfermera. La rosa de la mesita la

había distraído tanto que se había olvidado de cambiarse. Ni siquiera se había quitado las zapatillas, cosa que ahora agradecía.

Le temblaba la mano cuando palpó el interior liso de la puerta del coche en busca de la manilla. Sólo tenía que abrir la puerta, saltar, rodar al aterrizar, levantarse y correr como una loca. Lo había visto millones de veces en las películas. ¿Tan difícil podía ser?

—Yo no lo recomendaría —habló sin apartar los ojos de la carretera. —Será sucio y doloroso. También es innecesario. Simplemente te llevaré a un lugar seguro para que te recuperes de tu golpe en la cabeza.

—No hay necesidad de ningún alboroto —tartamudeó. —Puedes dejarme en un hospital para que me revisen.

—Harán preguntas, princesa. Muchas. Imagino que habrá alguna razón por la que no has acudido a las autoridades por el acoso de tu ex.

—Bueno, sí...

—Lo supuse, por eso no fui al hospital después de que te desmayaras. Quería darte la opción de elegir cómo manejar las cosas, una vez que despertaras. Así que es mi casa. Ya casi llegamos.

Los latidos de su corazón retumbaban en sus oídos. —Estoy bien. Me siento bien. Por favor, llévame a casa.

—No. Como le dije a Evelyn, he encontrado la llave para saldar cierta deuda que tengo. Esa llave eres tú, lo que significa que te quedas conmigo.

Su afirmación contenía una absoluta seguridad en sí mismo y algo más que una pizca de posesividad. Era la misma forma en que Ben solía hablar, cuando había decidido algo y no tenía intención de dejar que Freya discutiera, aunque se hubiera atrevido. Sus hombros se hundieron y sintió la piel húmeda mientras luchaba contra el impulso de hacerse un ovillo, silenciosa y obediente como una sombra. El pánico se apoderó de sus nervios y se le hizo un nudo en la garganta. Luchando contra las lágrimas, lo miró, justo cuando la miraba a ella. Fue sólo un segundo, pero su mirada se suavizó ligeramente.

—No estás en peligro, princesa. Respira hondo.

—Déjame hablar con mi hermana —susurró. —Al menos para decirle que estoy bien. Estará muy preocupada. Por favor.

Su profundo suspiro lo decía todo. —Bien.

Pulsó los botones de la consola con lo que parecía cansada resignación. El tono de llamada sonó durante apenas un segundo antes de que la furiosa voz de Evelyn volviera a sonar por los altavoces.

—¿Realmente apagaste tu teléfono, imbécil?

Freya tenía la garganta tan seca que tardó un momento en hablar. —¿Evelyn?

—Dios mío, Freya. ¿Estás bien?

—Sí. Sí. Me duele la cabeza, pero estoy bien. No te preocupes.

La llamada volvió a cortarse antes de que su hermana pudiera contestar. Severin miró a Freya con el ceño fruncido. —Ya está. ¿Contenta?

Su mirada fue involuntaria, pero si pensó que él se enfadaría en respuesta, se equivocó. En lugar de eso, se rio y se volvió hacia la carretera.

Levantó la barbilla. Estaba bien. Estaba claro que no corría ningún peligro inmediato, pero tenía que salir de aquella situación. Para ello, tenía que ser fuerte, sensata y decidida. Tenía que esperar su momento y permanecer tan fría y serena como su captor.

No le hablaba. A ella se le había trabado la lengua y él parecía contentarse con conducir en silencio, con sus largos dedos tamborileando en el volante como si estuviera ensimismado. De vez en cuando, acariciaba el cuero estriado con las yemas de los dedos, arriba y abajo, luego en círculos lentos y decididos. Con un sobresalto, se dio cuenta de que llevaba varios minutos observando sus manos, casi hipnotizada.

Parpadeó y le miró a la cara. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus sensuales labios, como si se hubiera dado cuenta de su aturdido escrutinio. Ella apartó la mirada precipitadamente. ¿Qué le pasaba, sedienta ante las diestras manos de su secuestrador? ¿No se había desmentido el síndrome de Estocolmo?

—Agárrate fuerte, por favor —murmuró.

Hizo un giro brusco a la derecha, entre dos pilares de piedra que marcaban la entrada a un largo camino de entrada. Aprovechando la oportunidad, se desplomó de lado, fingiendo que había perdido el equilibrio, apoyando la mano junto al broche del cinturón de seguridad.

El trayecto se volvió más accidentado y los guijarros repiquetearon contra los bajos del coche. Severin maldijo cuando el coche rebotó en un profundo bache. El camino parecía más bien una pista agrícola, con un espeso seto a un lado y campos abiertos al otro.

Freya respiró hondo, inspirando y expirando, preparándose. El ímpetu y los reflejos de su captor en la refriega con Ben habían sido impresionantes, pero ella no se quedaba atrás en cuanto a forma física. Desde el divorcio, hacía footing dos veces por semana y casi todos los días iba al trabajo en bicicleta. Podía mantener un ritmo serio cuando era necesario.

Un edificio sombrío surgió de la oscuridad, iluminado por los faros cuando se detuvieron con un crujido de grava. Cuando Severin tiró del freno de mano, Freya aprovechó su oportunidad. Se desabrochó el cinturón de seguridad con una mano, abrió la puerta de un tirón con la otra y saltó del coche.

Al caer al suelo, pequeñas piedras patinaron bajo sus pies. Se tambaleó, agitando los brazos para mantener el equilibrio. Pidiendo a sus ojos que se adaptaran a la oscuridad, se alejó a trompicones del coche. Como si la ayudaran a escapar, las nubes se despejaron y bañaron su entorno con la etérea luz de la luna. La pista se extendía frente a ella, imposiblemente larga, y los pilares que marcaban el otro extremo ni siquiera estaban a la vista.

Detrás de ella, la puerta de un coche se cerró de golpe cuando su captor la persiguió. Corrió hacia el seto, conteniendo un gemido de miedo. La atraparía en el camino de entrada y la encontraría fácilmente en el campo. Si conseguía llegar al otro lado del seto, tendría una oportunidad.

De repente, el suelo se desplomó bajo ella y cayó en una zanja, hundiéndose en una ciénaga maloliente en el fondo y conteniendo un grito. Las malas hierbas, las ortigas y la hierba de los gansos le envolvieron las piernas desnudas con avidez. Luchando por liberarse, trepó por la orilla opuesta. La cabeza le latía con fuerza, tenía la ropa empapada y los zapatos llenos de barro. Le ardían las piernas por las múltiples picaduras de ortiga y se mordió un sollozo cuando llegó al seto, buscando una abertura lo bastante grande para meterse. Era el típico seto silvestre de espino y avellano, con gruesas enredaderas de hiedra retorciéndose entre las ramas y las raíces expuestas, anchas e inflexibles.

Hundiéndose sobre manos y rodillas, se abrió paso hasta un pequeño hueco en la base. Las espinas le arrancaron el pelo y la ropa, intensificando el dolor en su cráneo palpitante mientras agachaba la cabeza para protegerse los ojos. Las

enredaderas se enredaron en su pelo y le arrancaron el cuero cabelludo mientras se abría paso, preparándose para ser atrapada en cualquier momento.

—Podría prescindir del histrionismo, princesa —llamó Severin desde cerca, sonando medio exasperado, medio divertido. —Normalmente disfruto mucho con este juego, pero no es el momento.

Apretando los dientes, Freya atravesó el otro lado del seto. Se levantó tambaleándose y echó a correr de nuevo, pero se estrelló contra una barrera infranqueable.

Con las lágrimas cayéndole por las mejillas, trepó por la valla, rezando para que no hubiera alambre de espino encima.

—Yo no entraría ahí, si fuera tú...

A juzgar por su voz, seguía al otro lado del seto. Una esperanza desesperada la invadió mientras se balanceaba por encima de la valla. *Seguramente,* para cuando él encontrara un hueco lo bastante grande, ella estaría demasiado lejos para que la alcanzara.

La hierba se sentía suave y esponjosa bajo sus pies mientras corría hacia el centro del campo. En el aire flotaba un fuerte aroma, amaderado y dulce, que se intensificó al pasar junto a un contenedor circular de metal lleno de heno.

—Vuelve, tontita —Severin sonaba preocupado por primera vez, y todavía al otro lado del seto.

A pesar de su miedo, Freya lanzó un grito de victoria y aceleró el paso. En el siguiente escalón, una terrible agonía le desgarró la pierna cuando su tobillo cedió. Cayó al suelo y sus zapatos se llenaron de tierra fresca. Rodando sobre un costado, se agarró el tobillo izquierdo y tragó saliva mientras una oleada de náuseas la recorría. Una topera. Había tropezado con una maldita topera.

Apretando los dientes, movió el pie y suspiró aliviada cuando pudo moverlo. No estaba roto. Tal vez un esguince. No importaba. Tenía que seguir adelante.

Se oyó un fuerte resoplido y se quedó inmóvil.

Otro resoplido, y un profundo y amenazador ruido sordo. Un ruido familiar.

Se le heló la sangre en las venas. A menos de diez metros de distancia, con el anillo de su nariz brillando a la tenue luz de la luna, un enorme toro emergió del otro lado del comedero. Balanceó la cabeza de un lado a otro, volvió a agacharse y

dio un pisotón en el suelo. Su cuerpo estaba densamente musculado y sus cuernos eran cortos y afilados, doblados hacia dentro como un par de dagas curvadas.

No podía moverse. No podía gritar. Cada noticia, cada mensaje en las redes sociales, cada rumor sobre vacas y toros pasaba por su mente: lo peligrosos que podían ser, lo impredecibles. Lo mortales que son cuando quieren.

Se estremeció y una oleada de dolor en el tobillo le hizo contener un grito. Al toro no le gustó y sacudió su poderosa cabeza. Ella retrocedió unos pasos. El animal resopló y dio un pisotón con su pezuña hendida, dejándola paralizada de nuevo. Miró a su alrededor. Severin no aparecía por ninguna parte. No era tan tonto como para saltar con ella, pero ¿por qué no intentaba al menos distraer al animal? ¿La había salvado de Ben sólo para dejar que la pisotearan ahora?

No tenía elección. Los pequeños movimientos no funcionaban; sólo hacían que el iracundo animal avanzara cada vez más, acortando la distancia entre ellos. Tenía que salir corriendo.

—Buen toro —susurró. —Toro amistoso. Me voy, ¿de acuerdo? Me voy.

Volvió a girar sobre sus manos y rodillas, apretando con los dedos los mechones de hierba. Su ropa y sus zapatos estaban empapados por la zanja, el barro pútrido cubría el material y la agobiaba. El miedo hizo que el dolor del tobillo se convirtiera en un dolor constante que palpitaba al mismo tiempo que su corazón.

Se puso en pie de un salto y se tambaleó. La agonía se apoderó de ella y un bramido furioso le llegó desde atrás cuando el toro embistió.

El terror la espoleó, pero su tobillo cedió y cayó con un grito sollozante. Se hizo un ovillo y esperó el ruido de las pezuñas y la sensación de los afilados cuernos atravesándole el cuerpo...

Un gruñido desgarró la noche, retorcido y sobrenatural, resonando en los oídos de Freya como una campana procedente de las profundidades del abismo. Una enorme sombra se abalanzó sobre ella, y el suelo vibró con golpes vacilantes, como si el toro cambiara apresuradamente de dirección.

Levántate. Vamos. Ahora.

Consiguió dar unos pasos antes de desplomarse de nuevo, cerrando los ojos con desesperación. Cuando los abrió, todo su cuerpo se paralizó al comprender por qué el toro había huido.

Un monstruo se alzaba sobre ella.

Capítulo 4

La criatura medía más de metro ochenta y se erguía sobre sus patas traseras como un humano. Un pelaje espeso cubría su poderoso cuerpo. No podía distinguir su color con el resplandor plateado de la luna, pero sí sus dos caninos superiores. Eran largos y gruesos, sobresalían a ambos lados de la mandíbula y se curvaban hacia abajo.

Esto no podía ser real. Debía de haberse vuelto a desmayar. Respirando agitadamente, se arrastró hacia atrás.

Poniéndose a cuatro patas, el animal se acercó a ella con un movimiento rápido. Un grito quedó atrapado en su garganta mientras la miraba fijamente.

Olía a almizcle y era penetrante, y sus ojos dorados con reflejos verdes brillaban amenazadores. Se inclinó hacia ella y le olió profundamente el pelo. Ella no se movió, se le secó la boca al sentir su fría nariz contra su mejilla. Emitió otro sonido, casi un ronroneo, y una sensación de calor e inquietud revivió en su interior. Se lamió los labios mientras la criatura seguía bajando por su cuerpo.

Sí, debió de desmayarse. No había otra explicación para estar tendida en un campo mientras un monstruo la investigaba con la nariz. Cuando el monstruo le rozó el pecho y el vientre, y luego fue bajando, ella reprimió un suave gemido, resistiendo el repentino impulso de arquear las caderas. La criatura volvió a hacer otro ruido de aprobación mientras seguía explorándola, bajando por los muslos y pasando por las rodillas.

Una sacudida en el tobillo izquierdo la hizo gritar y la realidad volvió a inundarla. Se acobardó, medio esperando que la atacara.

En cambio, la miró a los ojos y parpadeó. Se echó hacia atrás y volvió a erguirse sobre sus patas traseras.

Freya no podía dejar de mirar sus gigantescas patas, con garras afiladas como cuchillas, pero no pudo hacerlo durante mucho tiempo. Las enfundó en sus almohadillas con un movimiento suave, luego se inclinó y la levantó en sus brazos.

Su fuerte olor la envolvió mientras la estrechaba contra su pecho peludo como si fuera una niña. No tenía sentido luchar. Su agarre era inflexible. Estudió sus enormes colmillos, fascinada a pesar de su miedo. La criatura podía decapitarla de un mordisco, hacerla pedazos en un segundo; sin embargo, la llevaba con cuidado, como si fuera una carga preciosa.

Llegaron a la valla, con el seto asomando más allá. La respiración se le escapó de los pulmones cuando el monstruo saltó hacia arriba para agazaparse en la barra superior. Saltó el seto de un solo salto y aterrizó al otro lado de la zanja. Su tobillo se sacudió al chocar contra el suelo y ella soltó un sollozo, apretando los puños contra el grueso pelaje de su pecho.

—¿Está roto? —la voz del monstruo era un gruñido profundo y áspero.

Joder. ¿Habló?

—N... no —balbuceó. —Esguince, tal vez.

Gruñó cuando atravesaron el camino de entrada, en dirección al coche. Severin debe estar por aquí. ¿Sabía lo del monstruo? ¿Podría ir a pedir ayuda?

—Por favor, bájame —intentó forcejear por primera vez.

La criatura apretó con más fuerza. —De ninguna manera. Ya me has causado suficientes problemas esta noche, princesa.

¿Princesa?

Nunca la había llamado así en su vida hasta esta noche, un hombre alto y distante, con un acento sexy y los ojos más hipnotizadores que jamás había visto...

—¿Severin? —susurró.

El gran felino volvió a gruñir.

—Tú, tú eres...

Ella no encontraba las palabras, y él parecía demasiado irritado como para preocuparse mientras se dirigían hacia el sombrío edificio situado más allá de su coche.

Al acercarse, un potente sensor de movimiento iluminó la casa. Era un chalet de una sola planta, de piedra gris, con gruesas enredaderas de hiedra verde alrededor de la puerta principal. El pequeño jardín delantero, de estilo patio, tenía

césped y estaba delimitado por un muro bajo de piedra del mismo color que la casa. Un ancho camino empedrado atravesaba el centro, bordeado de arbustos recortados en macetas de cerámica.

Otro sensor de luz se encendió mientras Severin abría la puerta del jardín, sujetándola sin esfuerzo con un brazo. Avanzó por el sendero, rozando los arbustos y haciendo que el dulce aroma de la lavanda y la menta se elevara en el aire, enmascarando el fétido hedor a agua de acequia que persistía en su ropa. Vio un banco de madera bajo una de las ventanas, con más macetas a ambos lados y un reposapiés debajo.

—Tu casa es bonita —aventuró.

—No es mía. Me lo prestó un cliente.

—Oh.

No ofreció más información y se concentró en abrir la puerta, que estaba asegurada por un teclado. A diferencia del de su edificio, éste sí funcionaba. Parecía de alta tecnología y fuera de lugar para una casa de aspecto tan tradicional. Le costó un poco introducir el código con las garras, maldiciendo en voz baja, pero al final lo consiguió.

La llevó al otro lado del umbral como si fueran una pareja de recién casados, lo que le resultó muy incómodo. La entrada daba directamente a una cocina moderna, pero él no se detuvo allí, sino que se dirigió directamente al salón contiguo.

Freya miró a su alrededor, observando lo limpio y ordenado que parecía. El suelo estaba cubierto de baldosas de color crema, con una alfombra beige en el centro de la habitación y un sofá y dos sillones gordos a cada lado, también de color beige. En las paredes blanquecinas había apliques de color ámbar, entre láminas enmarcadas del paisaje llano y cultivable de Norfolk. Una estufa de leña de hierro fundido ocupaba un lugar destacado en la pared del fondo. Las brasas brillaban en la base de la estufa, detrás de la pequeña ventana de cristal, y el penetrante aroma del humo de leña flotaba en el aire. Incluso los troncos apilados en la chimenea elevada estaban perfectamente alineados. La habitación parecía la foto brillante de un folleto de casas rurales.

El mundo de Freya se tambaleó cuando Severin la bajó al sofá. Se retorció, reacia a manchar el impoluto mobiliario con su ropa mojada y sucia. A él se le escapó un gesto de fastidio y ella accedió.

Cuando se hundió en los cojines, su pecho peludo le presionó la frente. Su gran cabeza estaba tan cerca de la suya que su cálido aliento resopló en su mejilla. Ella lo miró mientras la recorría un estremecimiento placentero. No podía moverse, aunque quisiera y, por el brillo de sus ojos, él también lo reconoció. Su expresión se volvió distante, como antes en el campo, como si estuviera escuchando algo que ella no podía oír.

Bajó la cabeza y le olisqueó el pelo.

Ella se retorció y se quedó inmóvil cuando él rugió en voz baja. Una advertencia.

Respirando deprisa, se calmó cuando él volvió a bajar la cabeza. Le rozó el cuello y la olió. Algo cálido y áspero recorrió el pulso de su garganta y ella jadeó.

El tigre la lamió con una minuciosidad persistente, como si estuviera saboreando su gusto. Al mismo tiempo, una de sus patas, con las garras envainadas, recorrió su vientre y luego rozó sus pechos. Ella no pudo hacer nada para detenerlo, totalmente bajo su poder. Sintió un cosquilleo en los pezones y apretó los muslos. Él emitió un sonido de aprobación y le rozó la garganta con los dientes, deliberado y posesivo.

—Por favor —susurró, aunque no estaba segura de lo que pedía.

Parpadeó de nuevo, con una breve expresión de asombro en el rostro. Con una maldición murmurada, se enderezó y retrocedió varios pasos, cruzando los musculosos brazos y mirándola fijamente.

—Eres un monstruo —dijo ella, más para romper el silencio que para otra cosa.

—Supongo que lo soy, para ti.

—¿Mataste al toro?

—Sólo le recordaba quién manda aquí. Pertenece a una granja cercana y es bastante dócil, pero tú le asustaste, irrumpiendo en su territorio en mitad de la noche.

Ella se erizó. —No lo habría hecho, si no me hubieras secuestrado.

—Yo *no* te secuestré.

—Le dijiste a Evelyn que me tomabas prestado —dijo ella, escandalizada por atreverse a discutir. —¿Qué otra cosa iba a pensar?

Su suspiro pareció hacer temblar las paredes. —Se suponía que ibas a pasar unas horas recuperándote del chichón en la cabeza, antes de que te ofreciera mis servicios como tu amante de mentira.

Freya se quedó boquiabierta. —Espera, ¿qué? ¿Qué ibas a ofrecer?

—Ya me has oído —la miró con esos ojos inhumanos. —Pensé en hacer algo decente por una vez, además de pagar una deuda. Unas semanas fingiendo tener una relación contigo, ahuyentando a tu ex, parecía un buen plan. Se suponía que *no* verías *esto*.

Se señaló a sí mismo y se dio la vuelta, murmurando algo sobre humanos exasperantes y sobre cómo no volvería a hacer una buena obra. Si se lo hubiera dicho en el coche, quizá no habría huido, pero, como de costumbre, no se atrevió a expresarlo y se lo tragó muy dentro.

Abrió la estufa de leña con la pata desnuda y metió en ella un par de troncos. Las tenues brasas de antes se transformaron en ansiosas y danzantes llamas, cuyo reconfortante calor se extendió hacia ella. Estudió su figura mientras se quitaba los zapatos llenos de barro, teniendo cuidado con su tobillo dolorido. Su pelaje era de color leonado pálido, como el de un león, con rayas marrón caoba que recorrían su musculosa espalda y sus poderosos hombros. Su cola era larga y fina, con la punta negra moviéndose constantemente. Parecía un cruce bípedo entre un tigre actual y un dientes de sable prehistórico.

Su mirada se desvió hacia abajo, contemplando sus estrechas caderas y sus muslos gruesos y musculosos...

Se sobresaltó. ¿Qué le pasaba? Acosada por su ex, llevada de noche por un desconocido, casi pisoteada por un toro y ahora babeando por el monstruo que la había rescatado. Un monstruo que, se dio cuenta con un sobresalto avergonzado, se había dado la vuelta y la observaba con los ojos entrecerrados.

Ella se sonrojó, rezando para que él no se hubiera dado cuenta de que lo miraba. —Una relación falsa. Ese habría sido un buen plan.

—En efecto. Un poco más complicado ahora, ¿no?

—No se lo diré a nadie —se apresuró a decir. —Te lo prometo. No diré ni una palabra de lo que eres.

Tras mirarla en frío silencio, se encogió de hombros. —De acuerdo.

—¿No me harás jurar por mi vida, o algo así?

—¿Quién te creería, aunque lo dijeras? No ese capullo de ex marido. Y Evelyn ya lo sabe.

—¿Lo hace? —Freya se quedó mirando. —¿Cómo *es que* ustedes dos se conocen?

—Es una larga historia. Déjame volver a cambiar, entonces podremos comprobar tu tobillo y podrás hacer todas las preguntas que quieras.

Cerrando los ojos, levantó la cara hacia el techo y murmuró algo en voz baja. Un zumbido placentero recorrió a Freya y el aire de la habitación se volvió denso y pesado, antes de que su expresión cambiara a desconcierto. Frunció el ceño y volvió a cerrar los ojos. Una vez más, la atmósfera se espesó, pero el monstruo permaneció en su sitio, con la mandíbula floja y extendiendo las patas hacia delante.

—No —murmuró, desenvainando y envainando sus garras en rápida sucesión. —Es humana. Es imposible.

El aire zumbó y zumbó por tercera vez. Su forma de gato grande seguía siendo la misma. Se agarró la cabeza, mirándola de nuevo.

Ella se mordió el labio, desconcertada por la furia de sus ojos. —¿Va todo bien?

—La verdad es que no —su voz era entrecortada. —Parece que no puedo volver a mi forma humana.

—Oh —torció los dedos. —¿Es eso inusual?

—Para mí, sí. Sólo le pasa a mi gente por una razón.

—¿Cuál es?

Una sonrisa distorsionada, más parecida a un ceño fruncido, hizo brillar sus caninos a la luz de la lámpara. —Cuando encontramos a nuestra pareja predestinada, permanecemos atrapados en nuestra forma de tigre hasta la unión. No puedo volver a mi forma humana hasta que te folle.

Capítulo 5

El miedo se apoderó de Freya como una avalancha, un ruido agudo zumbando en sus oídos mientras saltaba del sofá para huir. El dolor le subió por el tobillo al caer al suelo y gritó. Entonces, fue arrojada de nuevo contra los cojines y el tigre volvió a estar sobre ella.

Esta vez no había deseo traicionero, ni compulsión por recibir su atención. Ella gimió, y él levantó la cabeza, parpadeando con sus ojos brillantes una vez, luego dos. Se echó hacia atrás y respiró hondo.

—Por favor, no hagas eso —aunque su voz era tranquila, estaba teñida de un gruñido. —No estás en peligro de mí, princesa. No tomaría por la fuerza algo que debería ser dado libremente. Pero cuando huyas, quiero... atraparte.

No dio más detalles, retrocedió unos pasos más.

—No lo entiendo —balbuceó. —¿Qué es una pareja predestinada? ¿Cómo ha ocurrido?

—Significa que, por alguna extraña razón, el universo ha decidido que una humana tímida e inocente es mi alma gemela —se le escapó una risa amarga. —Supongo que el destino estuvo bebiendo anoche. Es imposible que esto sea cierto. Tendré que investigar cómo resolverlo. Mientras tanto, vamos a arreglarte. Espera aquí.

Se dirigió hacia la cocina. Cuando llegó a la puerta, miró hacia atrás. —*No. Corras*.

Tragó saliva, paralizada por emociones contradictorias, mientras él desaparecía. Sus instintos le pedían a gritos que huyera, pero ¿para qué? Él la atraparía si bajaba cojeando por el camino de entrada, y sin duda había cogido las llaves de su coche.

No es que supiera conducir. Ben no había querido que aprendiera, prefería que se apoyara en él para que la llevara. En realidad, no quería que fuera a ninguna parte sin él. La formación y la permanencia en su trabajo de enfermera, su

vocación soñada desde que era una niña que jugaba con estetoscopios de juguete, le habían supuesto un inmenso esfuerzo. Había hecho todo lo posible por llegar a un acuerdo -aceptando trabajar a tiempo parcial en lugar de a tiempo completo, trabajando en un centro médico en lugar de salir al distrito para visitar a los pacientes en sus casas-, pero no había sido suficiente para él. Quería que renunciara, que se quedara en casa, siempre a su vista.

Hizo una mueca al recordar el sonido de los pasos de su ex alejándose rápidamente después de haber sido herida esa misma noche. Eso demostraba lo mucho que le "importaba", huir como un cobarde después de intentar entrar... Oh*, no.* Su piso. La puerta. El objeto que Ben había devuelto a su bolsillo cuando se había enfrentado a él.

—Tiene una llave —estalló cuando Severin volvió a entrar en la habitación con una cuchara y una botella de cristal marrón sin etiquetar. —Ben. De alguna manera, ha encontrado una llave de mi piso.

—Lo sé. Pedí un favor después de meterte en mi coche. Tus cerraduras estarán cambiadas por la mañana.

—¿Lo estarán? —su alivio instantáneo se vio atenuado por la cruda conciencia del lamentable estado de sus finanzas. —Eso es genial, pero... ¿podrían facturarme a plazos, tal vez?

La miró sin comprender.

—Estoy agradecida, por supuesto —balbuceó. —Es sólo que no había presupuestado un gasto así para este mes...

—No te preocupes.

—Oh no, no podría...

—Considéralo un regalo de disculpa por tus heridas de esta noche —le lanzó una sonrisa irónica. —Los que están bajo mi protección no suelen tener tantos golpes y moratones. Al menos, no sin pedírmelo antes.

Ella no estaba segura de qué pensar de su ambigua ocurrencia, así que decidió ignorarla, señalando la botella que él sostenía. —¿Qué es eso?

—Un analgésico, de mi dimensión.

¿Su dimensión? Esta noche se estaba volviendo más extraña a cada momento.

—¿Cuáles son sus ingredientes? —preguntó, intentando sonar profesional.

—No tengo ni idea. Mata el dolor y acelera la curación, es todo lo que sé. ¿No lo quieres?

Años de experiencia como enfermera, por no hablar de la autopreservación y la lógica, le decían que bajo ningún concepto debía tomar aquel líquido desconocido y sin nombre que le ofrecía un extraño monstruo. Pero le dolía el tobillo, las picaduras de ortiga le escocían y le dolían, y aún le palpitaba la cabeza por la refriega anterior con Ben. Estaba asustada, conmocionada y agotada física y emocionalmente.

Tras dudar un momento, le tendió la mano.

—No demasiado —le advirtió mientras se lo pasaba. —Es algo fuerte. Media cucharada será suficiente.

Al verter el líquido transparente y viscoso en la cuchara, percibió un aroma a anís y menta fresca. Antes de pensárselo dos veces, se lo tragó de un trago. El líquido ácido se le atascó en la garganta y tuvo que tragar varias veces.

—¿Supongo que querrás una ducha? —preguntó.

—Dios mío, sí, por favor —tenía frío, estaba mojada, apestaba a ciénaga y estaba bastante segura de que tenía heno en el pelo, además de otras cosas relacionadas con las vacas.

Momentos después, se encontró de nuevo apretada contra su pecho peludo mientras la llevaba por el oscuro pasillo más allá del salón. Estar cerca de él era extraño. El miedo estaba presente, pero también algo más. Algo que le hacía sentir mariposas en el estómago. Algo que no quería analizar.

El cuarto de ducha estaba inmaculadamente limpio, con azulejos amarillo pálido, modernos muebles blancos y un olor floral teñido de lejía. No había bañera, pero la cabina de ducha de la esquina parecía moderna y espaciosa. Miró a su alrededor mientras Severin la dejaba en el suelo. ¿No tenía nada propio? ¿Nada que aportara un mínimo de personalidad propia? Tenía las preguntas en la punta de la lengua. Las alejó. No era asunto suyo.

Severin abrió la puerta de la ducha mientras ella se apoyaba en el lavabo y estiraba tímidamente la pierna izquierda.

—¿Puedes arreglártelas sola? —ya se estaba alejando, dejando claro cuál quería que fuera su respuesta.

¿Qué haría si dijera que no? ¿Meterse en la ducha con ella? Su pelaje se empaparía. ¿Se pondría esponjoso cuando se secara? Parpadeó y sacudió la cabeza. Su mente divagaba. Debía de ser el cansancio.

—Estaré bien —respondió ella.

—Bien. Deja tu ropa fuera de la puerta. Te la lavaré.

No pudo evitar sonreír ante la imagen del enorme y poderoso monstruo haciendo algo tan doméstico. —¿También ofrecen servicio de planchado?

Su hocico se torció en una pequeña sonrisa. —Te sorprenderías.

Se miraron fijamente. Luego él se sacudió y agarró el picaporte. —Te dejo.

Freya se desnudó a toda prisa, envolviéndose en una gruesa toalla blanca antes de arrojar su ropa al pasillo. El tigre no aparecía por ninguna parte, e ignoró una extraña pizca de decepción mientras cerraba la puerta.

Tardó un rato en descifrar la unidad de ducha, lo cual era extraño, ya que se trataba de un diseño sencillo con un interruptor de encendido y apagado y un dial giratorio para la temperatura. Después de estudiarlo durante un rato, volvió en sí y pulsó el botón. Esperó a que unos dedos de vapor se extendieran por el cristal y se metió con cautela, teniendo cuidado con el tobillo, aunque le dolía mucho menos que antes.

Cuando el agua caliente se derramó sobre ella, suspiró de alivio. Ramitas, hojas y heno cayeron de su pelo y de su cuerpo, y resopló avergonzada por lo desaliñada que debía de parecer ante el monstruo caliente.

¿Monstruo caliente? Oh, no. Mejor encerrar ese pensamiento con el resto de sus sentimientos reprimidos. Soltando una carcajada, se puso a trabajar en su pelo.

Después de lavarse y acondicionarse con un dúo perfumado con sándalo, cogió el bote de gel de ducha y lo olió. Olía deliciosamente especiado, con un toque cítrico. Tardó más de lo esperado en lavarse con él. Se distraía una y otra vez, se perdía en el espacio y volvía a la realidad con un sobresalto.

Cuando por fin estuvo limpia, se quedó mirando la botella, preguntándose por qué las letras de la etiqueta bailaban ante su vista como si fueran dibujos animados.

La botella se le resbaló de la mano, cayendo con un chapoteo al suelo del cubículo y haciéndola dar un respingo. No pudo evitar una risita mientras la miraba.

—Has estado ahí dentro mucho tiempo. ¿Va todo bien? —Severin sonaba distorsionado a través del cristal, y ella vio su cabeza peluda asomando por la puerta del baño.

—Sí —dijo, agachándose para coger la botella. —Todo normal y nada raro, extraño que me secuestró y luego *se* convirtió en monstruo. Sólo tengo que coger este gel de ducha travieso... whoops...

El mundo se arremolinó y la hizo tambalearse. Resbaló por las baldosas y aterrizó con un golpe en el trasero. Una leve sacudida de dolor resonó en su tobillo, pero apenas lo suficiente para sentirlo. El agua de la ducha le cayó en cascada sobre la cara y la expulsó por la boca, tosiendo.

—Por el amor de Dios —su voz sonaba más cercana que antes. Miró a través del cristal empañado su enorme figura.

—Disculpa, estoy desnuda en este momento —señaló.

La puerta se abrió y ella se estremeció, cruzando los brazos sobre el pecho mientras el vapor se escapaba. Le costaba mover la mirada, que por alguna razón estaba fija en su impresionante pecho. Finalmente, llegó a su cara.

—Hola —chirrió. —Me alegro de verte aquí.

Sus ojos se entrecerraron. —¿Qué estás haciendo?

—Sólo estoy descansando —se le escapó una risita y se tapó la cara. —¿Podrías cerrar la puerta? Estás dejando salir todo el calor.

Suspiró profundamente. —Parece que calculé mal la dosis de analgésico. Vamos.

No estaba segura de lo que pasó después. Apenas parpadeó una vez y volvió a estar en sus brazos, envuelta en su mullida toalla blanca y siendo transportada de nuevo.

No podía apartar la mirada de él mientras caminaba por el pasillo. Parecía menos intimidante que antes, incluso con los monstruosos colmillos que sobresalían de su boca. Su gruesa piel estaba húmeda en algunas partes, de donde la había cogido. El pelaje color arena de su cara parecía más suave que el del resto de su cuerpo. Sus orejas eran pequeñas y redondeadas, y sus ojos almendrados brillaban como oro esmeralda en la penumbra. Su nariz era chata y casi en forma de corazón. Bonito. Muy mono.

Se paró en seco con tanta fuerza que ella se tambaleó en sus brazos, agarrándose a su piel para estabilizarse. Tardó un momento en darse cuenta de que el enorme monstruo la miraba atónito.

—¿Me acabas de boop a mí?

Ella parpadeó. —Um... ¿no?

—Me tocaste la nariz y susurraste 'boop'.

—Oh —miró sin comprender su dedo índice extendido. —Entonces sí, probablemente.

Severin abrió la boca para hablar, lo que le permitió ver el resto de sus afilados dientes, pero sacudió la cabeza y volvió a ponerse en marcha. Ella contuvo otra risita, que se cortó cuando él abrió una puerta con el hombro y dejó al descubierto una cama de matrimonio al otro lado de la habitación, con las mantas de color crema pálido abatidas.

La cama estaba entre dos ventanas con persianas de madera cerradas. Encima del cabecero había un gran lienzo de un molino de viento. El resto del mobiliario consistía en un armario, una cómoda y un pequeño tocador con un taburete. Pintado de blanco roto, un color más claro que la alfombra beige, el dormitorio tenía el mismo aire que el salón: sencillo, moderno y anodino.

—Tu ropa aún no está seca —la colocó en la cama, agachándose a su lado para ayudarla a levantar la pierna herida. —Hay una camisa y un par de calzoncillos aquí para ti, como medida temporal.

Arrastrando los pies hacia atrás, Freya estudió su tobillo. La hinchazón se había reducido y apenas le dolía. El corte de la cabeza tampoco le dolía ya y las picaduras de ortiga también estaban mejor, las furiosas erupciones rojas de antes se habían desvanecido hasta convertirse en marcas de color rosa pálido. Se tocó las

protuberancias con asombro. —Debe de haber un antihistamínico en tu medicina. Me encantaría saber qué más contiene.

Sus ojos chispearon como una cerilla encendida y apartó la mirada, escapándosele un gruñido repentino.

—Vaya, vale —hizo una mueca. —Secreto comercial, supongo.

Su cola se crispó contra la alfombra. —Ponte la camiseta, Freya. O al menos, súbete la toalla.

Oh, mierda. La toalla casi se le había caído y tenía el pecho a la vista. Ocultó su estremecimiento mientras se cubría. Vale, no estaba contento con esta extraña situación de pareja predestinada y quién podía culparle, pero había trabajado duro para aumentar su confianza desde que se separó de Ben. Puede que no fuera una supermodelo, pero no se merecía el aparente asco que emanaba de Severin.

—Siento haberte repelido —murmuró. —Espero no haberte desanimado con la cena.

—No seas ridícula.

Olfateó, frotándose el tobillo. —Tú eres el que necesita sales aromáticas sólo porque accidentalmente te enseñé mis pechos, que son bastante agradables de mirar, por cierto.

—¿Agradable? —me fulminó con la mirada. —Son jodidamente espectaculares. Los pechos más bonitos que he visto nunca, y lo único que quiero es sujetarte y lamerte cada centímetro hasta que me lo supliques... maldita sea —enfatizó su maldición con un vigoroso movimiento de cabeza. —No debería haber dicho eso. No sé qué me pasa esta noche. Me enorgullezco de mi control, lo creas o no.

Un deseo vago y tímido surgió en su interior al oír sus palabras, mientras cálidos remolinos de calor rodaban por sus venas. *Deseaba* a ese monstruo. Quería verle perder el control. Ya no tenía miedo, y la confusa situación de la pareja predestinada tampoco parecía importarle, no en aquel momento.

Di algo. *Coquetea con él. Sé guay y sexy.*

Se lamió los labios resecos y se quedó en blanco mientras el silencio se extendía entre ellos. Sin duda, mañana se le ocurriría algo tímido e ingenioso. Para

entonces, por supuesto, ya sería demasiado tarde. Siguió mirándolo en silencio, maldiciéndose a sí misma y a su torpeza.

Un músculo se crispó en su mandíbula. —Maldita sea, esos ojos tan abiertos tuyos podrían poner de rodillas a un titán. La tortura descarada no tiene nada que envidiar a esta noche. Vístete. Tu hermana está en camino.

—¿Llamaste a Evelyn?

Asintió con la cabeza. —Después de la broma de mierda que nos gastó el destino, no tuve elección. Te necesito fuera de aquí, antes de que complique las cosas aún más de lo que ya están. Por no mencionar que hay algo de lo que no eres consciente y por una vez estoy intentando ser el bueno...

Levantó la mano y le tocó la boca. Sus ojos se abrieron de par en par, pero no se apartó mientras ella le recorría los colmillos con las yemas de los dedos. Los enormes colmillos eran suaves y fríos al tacto, como si hubieran sido tallados en mármol puro.

—A veces —dijo, con la voz temblorosa. —Los hombres que se llaman a sí mismos buenos no lo son en absoluto. De hecho, a menudo son muy, muy malos.

—¿De verdad? —le brillaron los ojos. —Entonces deberías saber que no debes burlarte de uno como lo estás haciendo ahora.

Una pizca de vergüenza revivió en su interior. Pero se lo quitó de la cabeza. No sabía si era el analgésico desconocido que la envalentonaba, la conmoción por los acontecimientos de la noche o la forma en que aquel monstruo cautivador la observaba como si quisiera engullirla, pero estaba harta de pensar demasiado, de preocuparse y de no decir nunca lo que pensaba.

Con una audacia que no había imaginado ni en un millón de años, se inclinó hasta que sus labios quedaron a milímetros de su hocico. —¿Y si no lo sé?

Su mirada se ensombreció. —No me tientes, princesa. Ahora haz lo que te digo y vístete.

Él se levantó y la consternación que sintió fue tan intensa que luchó contra el impulso de aferrarse a él. Un repentino recuerdo de la forma en que se había abalanzado sobre ella la hizo jadear y, antes de que pudiera recapacitar, se levantó y echó a correr.

Capítulo 6

Freya apenas dio cinco pasos cuando el tigre se abalanzó sobre ella a una velocidad endiablada. Girándola hacia él, la inmovilizó contra la puerta de la habitación con fuerza suficiente para hacerla sonar. Gritó cuando le obligó a poner las manos por encima de la cabeza. Su pelaje le hizo cosquillas en la piel desnuda y se dio cuenta de que había dejado caer la toalla en su carrera por la habitación y estaba completamente desnuda e indefensa. Podía sentir su respiración agitada mientras los latidos de sus corazones latían al unísono.

De nada le sirvió forcejear contra su agarre, tan sólido e inamovible como una montaña. El miedo y el deseo se apoderaron de sus nervios cuando su mirada ardiente bajó, examinando su cuerpo con avidez. Transfirió el agarre de sus manos a una pata y le rodeó el cuello con la otra.

—¿Qué…? —siseó. —¿…acabo de decir sobre tentarme?

Ella no pudo responder, las palabras se murieron en su garganta mientras sus afiladas garras se enroscaban sobre su piel.

—Si las cosas fueran diferentes, te pondría sobre mis rodillas por tan descarriado comportamiento —sus garras se curvaron hacia abajo para acariciar sus pechos. —Me pasaría toda la noche sacándote la desobediencia. Escuchándote gemir que lo sientes cada vez que te llevo a la cima. Pero no puedo *hacer* eso, ¿verdad? No con este maldito lazo colgando sobre nosotros, y tu hermana llegando en cualquier momento.

—Por favor —jadeó, su cuerpo vibraba de necesidad. —Por favor, Severin.

Su profundo gruñido reverberó hasta lo más profundo de su ser. —Di mi nombre otra vez.

—Severin...

Un ruido de placer posesivo emanó de él cuando por fin le soltó las manos y bajó su peluda cabeza. Su áspera lengua acarició sus doloridos pezones y ella jadeó.

—Una probadita —murmuró contra su pecho, como si hablara consigo mismo. —Sólo una probadita, para relajarme. Nada más.

Sus colmillos le rozaron la piel mientras se metía el pezón en la boca. Ella cerró los ojos y se aferró a la gruesa piel de sus hombros, animándole a acercarse. *Eso era* lo que quería. Lo que necesitaba. Su lengua revoloteando sobre su piel sensible, el filo del dolor al rozarla con sus afilados dientes. Sus patas acariciándole las costillas hasta las caderas y rodeando el interior de los muslos, separándolos hasta que ella amplió la postura. Cuando su boca abandonó sus pechos, ella resopló, pero él hizo caso omiso. Cuando se agachó para lamerle el vientre y más allá, ella abrió mucho los ojos.

Rodeó su trasero con las patas y le acarició el vértice de los muslos.

—Sólo una probadita —repitió él, con la avidez de su voz haciéndola temblar.

Se apartó de su boca, con la sorpresa y la incertidumbre despejando la confusión de su mente.

Levantó la vista y ladeó la cabeza, interrogante. —¿No?

Tragó saliva. —Yo no... yo sólo... no es algo que yo...

El asombro en la cara del monstruo era casi cómico. —¿No me digas que nunca te han comido el coño antes?

Fue dolorosamente directo. Ella negó con la cabeza. Ben era el único hombre con el que había estado y se la había chupado una vez, antes de casarse. Cuando no se había corrido al cabo de unos minutos, se había enfadado y había declarado que no volvería a hacerlo si ella no lo apreciaba. Ella se lo pidió una vez más, la noche de bodas. Su fría respuesta la había conmocionado hasta la médula, acusándola de hacerle sentir inadecuado. Nunca más se atrevió a pedírselo.

La expresión de Severin se suavizó, aunque una sonrisa anticipatoria se dibujó en su rostro. —Pobre princesa descuidada. Déjame mostrarte lo que te has estado perdiendo.

No esperó a que le dieran su aquiescencia. Agachó la cabeza y se puso manos a la obra.

Al principio fue suave, lamiéndole la raja perezosamente como si tuviera todo el tiempo del mundo. Freya cerró los ojos y exhaló un estremecedor suspiro. La habitación se cerró a su alrededor, su atención se centró en el monstruo

arrodillado frente a ella con la boca entre sus muslos. Sabía exactamente lo que hacía, cómo utilizar su lengua áspera como papel de lija con absoluta destreza. Dónde tocar ligera y suavemente; dónde lamer larga y lentamente, burlona y minuciosamente.

Su cuerpo cobró vida, palpitando con intensidad mientras la trabajaba. Los ruidos que emanaban de ella ni siquiera parecían humanos, y no le importaba. Nunca había sentido nada igual. No quería que terminara nunca. No importaba que sus rodillas se doblaran, amenazando con abandonarla. Lo único que importaba era el mordisqueo de su lengua, que se enroscaba alrededor de su clítoris con lánguida pericia.

—Te vas a desmayar en un minuto —murmuró contra su piel. —No podemos tener eso, ¿verdad?

Se levantó y la levantó sin esfuerzo. Sobresaltada, se agarró a sus hombros y chilló cuando la arrojó sobre la cama. Cayó de espaldas, mareada y sin aliento. Su visión se nubló cuando él se arrastró por encima de ella. Estaba sonriendo, eso lo sabía ella.

—Qué juguetito tan divertido —le separó los muslos de un tirón. —Tan húmeda. Tan quebradiza.

Un sofoco le calentó las mejillas cuando volvió a su coño. Sintió un suave mordisco en el interior del muslo y gimió, resbaladiza, húmeda y anhelante. Podía decir lo que quisiera, hacer lo que quisiera. Ella estaba a su merced, con las piernas abiertas y las manos extendidas sobre la cabeza, agarrando las sábanas. Se arqueó mientras le chupaba el clítoris, sus colmillos rozando su tierna piel. Sus músculos sufrieron espasmos y sus movimientos rítmicos se intensificaron a medida que se acercaba la promesa de una dulce liberación.

Levantó la cabeza.

Su grito fue ignorado mientras él se retiraba, con los labios y los dientes relucientes de sus jugos.

—Lo siento, princesa. Estuviste tan cerca.

—¡Por favor! —sus caderas se sacudieron desesperadamente mientras cada fibra de su cuerpo gritaba con frenética angustia.

Ya ni siquiera miraba hacia ella, con los ojos entrecerrados fijos en la puerta del dormitorio.

—No te atrevas a irrumpir aquí —gritó.

Cuando el tigre se levantó, se sintió aturdida.

—¡Camarera! —una voz burlona y desconocida llegó desde el vestíbulo, seguida del movimiento de la manilla de la puerta.

El tigre se abalanzó sobre la puerta con un rugido espeluznante. Apenas le dio tiempo a cubrirse con las sábanas antes de abrirla de un tirón y revelar a su inesperado visitante.

A su monstruo se le había unido otro. Y éste tenía alas.

Capítulo 7

Con manos temblorosas, Freya se arrebujó en la ropa de cama mientras miraba fijamente al alto y nervudo desconocido de la puerta. Parecía un cruce entre un águila y un hombre, con un pico ganchudo en lugar de boca. Tenía las alas marrones pegadas a la espalda, una gran cola que se extendía detrás de él y plumas de color marrón crema que le llegaban desde los hombros hasta la cabeza. Tenía unas garras muy afiladas en lugar de manos y pies, y sus musculosos muslos iban enfundados en unos pantalones cortos caqui de color oliva muy gastados.

—¿Nunca has oído hablar de llamar a la puerta? —la pregunta de Severin fue formulada con un gruñido. —¿Cómo has entrado aquí, de todos modos?

—Y hola a ti —respondió alegremente el recién llegado. —Disculpa la interrupción. No me di cuenta de que estarías tan distraído. En cuanto a cómo entré, dejaste la puerta principal entreabierta.

Severin parpadeó. —¿Lo hice?

—Sí —los ojos dorados del águila bailaban divertidos. —Distraído es la palabra. Te has metido en un buen lío, ¿verdad, Sevvy?

—Odio ese maldito apodo, Jax.

—Un apodo es el menor de tus problemas ahora mismo. ¿Le has explicado la situación a la chica?

—Ella lo sabe.

—¿Qué? ¿Y *no* quiere una relación con una bola de pelo taciturna y cascarrabias? —el águila le guiñó un ojo. —Con una noche basta, ¿eh?

Freya no tenía ni idea de qué decir, pero le gustaba la forma en que Jax sonreía, si es que retorcer el pico de esa manera podía llamarse sonrisa. Parecía agradable. Alegre. Menos intenso que su tigre, que lo miraba como si quisiera despedazarlo. Sonrió tímidamente al águila, que soltó una risita.

Severin se interpuso entre ellos, bloqueándole la vista. —¿Dónde está Evelyn?

—Casi aquí. Me dijo que me adelantara y evitara que arrastraras a su hermana por el pasillo metafórico, o algo por el estilo. Le dije que no tenía por qué preocuparse, porque tu control es siempre impecable. ¿Me equivoqué?

Los hombros de Severin se desplomaron. —Posiblemente.

El águila silbó. —Interesante. La chica no parece muy preocupada.

—Me he tomado un calmante para el tobillo —dijo Freya amablemente. —Creo que hizo todo este alboroto un poco más fácil de manejar.

—¿Tu tobillo? Creía que te habías hecho daño en la cabeza —Jax se volvió hacia Severin. —¿Ya la rompiste?

—No me rompió. Tropecé con un topo en el prado de los toros.

El águila la miró por encima del hombro de Severin. —Si eso es un eufemismo, está más allá incluso de mi comprensión.

En otra parte de la casa se oyó un portazo.

—¿Freya? —el grito de Evelyn resonó en las paredes. —¿Jax? ¿Severin? Será mejor que alguien me responda, antes de que empiece a destrozar el lugar...

—Aquí dentro, mi amor luchador —llamó el águila. —Tu hermana está a salvo. Sevvy la ha cuidado de cerca y personalmente.

Otro gruñido de Severin, y otra risita de Jax, entonces Evelyn salió del pasillo.

—¡Idiota! —con un bramido enfurecido digno del toro de antes, Evelyn se lanzó contra Severin. —Confié en ti, ¿y haces *esto*?

Los rizos rubios de Evelyn giraron en torno a su cabeza y sus ojos color avellana destellaron fuego mientras empujaba al asombrado tigre con ambas manos. —¡La engañaste con algún tipo de vínculo místico! ¿Cómo pudiste, Severin? ¿Cómo *pudiste?*

A pesar de su furia, apenas le hizo moverse. A su favor, Severin mantuvo sus patas a los lados, aunque sus garras estaban desenvainadas y su cola se agitaba furiosamente. Freya no podía dejar de mirarlo mientras se balanceaba de un lado a otro, de un lado a otro...

Debió de despistarse un segundo, porque se perdió parte de la discusión. Cuando volvió en sí, Severin estaba hablando.

—No lo hice a propósito —sonaba como si tuviera los dientes apretados. —Dejé mi dimensión para evitar esta situación exacta. No quiero un compañero más que tu hermana, pequeña arpía exasperante.

—Insultos, ¿en serio? —el tono del águila se volvió tranquilizador. —Vamos a calmarnos todos, ¿de acuerdo?

Curvando las garras sobre el hombro de Evelyn, le murmuró al oído. Freya observó con los ojos muy abiertos cómo su impetuosa y arrogante hermana se relajaba y se apoyaba pesadamente en Jax.

—Bien —dijo malhumorada. —Un problema a la vez. Dijiste que estaba herida. Freya, ¿estás bien?

Oh, diablos. A Freya le tembló el labio inferior y se le hizo un nudo en la garganta. Estaba tan acostumbrada a desviar esas tres palabritas, cuando había estado con Ben. Un reconocimiento alegre, y su viejo mantra: desviar, desviar, distraer. Nunca revelar su miseria, su soledad, su arrepentimiento. Debería levantar los mismos muros esta noche, pero no podía hacerlo. Ya fuera por el analgésico, la conmoción, el agotamiento o el hecho de que hace unos instantes se le negara una liberación increíble, sus emociones brotaron como lava y rompió a llorar.

—Freya...

La voz de Severin, teñida de preocupación, parecía venir de muy lejos. Apenas se percató de la presencia de su hermana, que sacó a los dos monstruos de la habitación maldiciendo como un marinero antes de cerrar la puerta tras de sí y acercarse a ella.

Freya se sentía como en un sueño mientras Evelyn la ayudaba a ponerse la camisa blanca y los calzoncillos azules de algodón. Normalmente, su hermana era la parlanchina. Esta vez era la propia Freya, balbuceando sobre los acontecimientos de la noche: la rosa que Ben había dejado para ella y su pelea con Severin; la escapada al prado de toros; Severin atascado en forma de monstruo y su revelación sobre su situación. Admitió que el acoso de Ben había estado sucediendo durante meses, lo asustada que se sentía, lo indefensa.

—¿Por qué no me lo dijiste? —la exigencia de Evelyn fue suave. —Entiendo por qué no fuiste a la policía, por si Ben de alguna manera te daba la vuelta a la tortilla. No me extrañaría que lo hiciera, el muy malicioso. Pero podrías haber confiado en mí, al menos.

Freya resopló, secándose los ojos con las mangas de la camisa. —No quería preocuparte. No quería ser una carga.

—Eres mi hermana. Nunca podrías ser una carga. Ojalá me lo hubieras dicho.

—¿Cómo me contaste sobre Jax? —Freya dijo señalando.

Su hermana se retorció. —Eso es diferente. ¿Cómo iba a incluirlo en la conversación? 'Oye, ¿quieres conocer a mi nuevo novio? Tiene plumas'.

Freya se mordió el labio contra una risita. —¿Te imaginas lo que diría mamá si se los presentaras?

—Lo admito, lo he considerado —Evelyn le dedicó una sonrisa malévola. —Valdría la pena, sólo por ver su cara.

Las hermanas estallaron en carcajadas ante la idea de que su desaprobadora madre conociera a Jax. La risa de Freya se convirtió en un enorme bostezo cuando el cansancio la golpeó con toda su fuerza y, sin darse cuenta de lo que hacía, se metió bajo las sábanas recién perfumadas y se acurrucó debajo de ellas. Llevaba *su* camiseta, *sus* calzoncillos. Iba a dormir en *su* cama. Se sentía bien. Peligrosamente, pero estaba demasiado cansada para indagar más en sus pensamientos.

—Severin me dijo que te llevara a casa —dijo Evelyn suavemente. —Pero que le den, estás agotada. Nos quedaremos aquí esta noche y te llevaré a casa por la mañana. También podemos idear un plan para sacarte de esta situación. ¿De acuerdo?

Freya se obligó a asentir.

—Duerme ahora —murmuró. —Enfréntate al monstruo sexy por la mañana.

Se quedó dormida al son de las palabras cálidas y cómplices de su hermana.

—Sí, he estado *allí*.

Capítulo 8

Apoyada en el cabecero de la cama, Freya sopló la taza de té humeante que tenía en las manos. Sentada frente a ella con las piernas cruzadas, Evelyn hizo lo mismo con su propia taza. Entre ellas había un plato de sándwiches de tocino rústicos y gruesos, cortesía de Evelyn, que se había aventurado a comprarlos en una cafetería del pueblo. De vez en cuando aparecía una mano con garras cuando Jax, que estaba recostado en el taburete del tocador, se inclinaba para tomar otra ronda. Los tres habían estado hablando durante unos minutos, después de que Freya despertara de un sueño sin sueños.

La luz del sol de última hora de la mañana se colaba por los huecos de las persianas y el aroma de la madreselva se colaba por la ventana abierta, junto con el canto de los pájaros. Pinzones y gorriones piaban entre sí, mientras los mirlos entonaban sus melodías y las palomas torcaces arrullaban su conocido estribillo. Un tractor chirriaba a lo lejos y una vaca mugía cerca. Tal vez fuera el toro que había conocido anoche. Con suerte, Severin no lo había asustado demasiado.

—No puedo creer que haya dormido tanto tiempo —dio un sorbo a su té, cerrando los ojos mientras la infusión tibia y relajante se deslizaba por su garganta. —Normalmente me levanto con las alondras, igual que tú.

—Estabas muerta para el mundo cada vez que venía a ver cómo estabas —respondió Evelyn. —Supuse que dejarte dormir era la mejor opción, sobre todo para tu tobillo.

Freya movió la pierna. —Me siento mucho mejor. Y la cabeza también. Debería estar bien para ir a trabajar mañana, aunque me alegro de que hoy sea domingo. Espera, espera. ¿No deberías *estar* en el trabajo?

—No pasa nada. Cleo me dio el día libre.

—¿Lo hizo? —Freya se quedó mirando. —¿Qué le dijiste?

—La verdad.

Evelyn sonrió ante la sorpresa de Freya, mientras Jax se reía por lo bajo.

—Cleo tiene su propio monstruo —explicó su hermana. —Si Severin y Jax te impactaron, espera a conocer a Raukra.

La idea de que la tranquila y modesta Cleo, la mejor amiga de Evelyn y la directora del parque de animales salvajes donde trabajaban, tuviera un amante monstruoso hizo que a Freya le doliera la cabeza. —No puedo creer todo esto, ya sabes.

—Sé cómo te sientes —dijo Evelyn. —A mí me pasó lo mismo después de pillar a Cleo y a Raukra en una posición comprometida y de conocer a Jax después. Este universo es mucho más grande de lo que la mayoría de nosotros podemos comprender. Hay miles de dimensiones y otros tantos tipos de monstruos, algunos viajando a lo largo y ancho del cosmos. Muchos de ellos frecuentan la Tierra.

—Es tu deliciosa raza humana, pequeño reyezuelo —comentó Jax. —No nos cansamos de ti.

Evelyn le pestañeó. —Por razones obvias.

—¿Severin pasa mucho tiempo en su dimensión? —aventuró Freya. —Parecía sugerir lo contrario anoche.

Evelyn y Jax se miraron.

—Vive principalmente en la Tierra —respondió el águila, con un tono cuidadoso y uniforme. —Con frecuentes visitas a otras dimensiones por motivos de trabajo, pero evita la suya propia. Su gente se toma muy en serio los lazos del destino, no como él. Por supuesto, ahora ha *tenido que darse cuenta* y hemos ideado dos posibles soluciones para resolver tu situación actual.

—Jax —dijo Evelyn en tono de advertencia.

—Dos soluciones —repitió Freya. —¿Cuáles son?

—Sólo hay una, nena —respondió su hermana. —Una que es factible.

—¿Cuál es?

—Severin dejará la Tierra y se mantendrá alejado de ti.

Freya parpadeó. —Eso parece bastante simple. ¿No hay nada más?

—No. Técnicamente, este vínculo fatuo seguirá existiendo, pero con ustedes dos en dimensiones diferentes, no importará. Puedes continuar tu vida como si nunca lo hubieras conocido.

—¿Y la solución dos es?

—No es algo que necesites saber, porque no es una opción.

El tono de Evelyn no admitía discusión y se levantó bruscamente, dando por terminada la conversación. Ben había utilizado tácticas similares para poner fin a las discusiones, y Freya apretó las manos en torno a su taza.

—Sé que intentas protegerme —dijo. —Pero no es así. Ben me convirtió en un ratón manso y asustado que le dejaba tomar todas las decisiones por mí. No volveré a dejar que nadie me controle de esa manera. Ni siquiera tú. Así que dime la segunda solución y decidiré qué camino tomar.

—Mira, ni siquiera Severin lo está considerando —se enfureció Evelyn. —Jax lo sugirió, y el propio Severin dijo que estaba fuera de discusión.

—No estoy seguro de por qué —el águila se encogió de hombros. —Para mí tiene mucho sentido.

Evelyn miró a Jax como una daga. —¿Qué sentido tiene que mi hermana esté con un monstruo mercenario, uno que una vez amenazó con romperme el cuello, por si lo habías olvidado?

¿Un mercenario? Freya frunció los labios. Así que le pagaban por hacer daño a la gente, incluso por matarla. Eso era tan cruel, tan frío. Todo lo contrario del tigre intenso y protector que la cuidó anoche.

—Dímelo —dijo con firmeza. —No saldré de esta habitación hasta que lo hagas.

Jax miró a Evelyn.

Hizo una mueca y se mordió el labio. —Bien. Díselo.

—La segunda opción —dijo Jax. —Es que tú y Sev termine lo que empezaron anoche...

Las mejillas de Freya se encendieron. No podía mirar a ninguno de los dos, manteniendo los ojos en su té mientras el águila continuaba.

—...permitiéndole recuperar su forma humana, sin completar la unión. No estoy seguro de lo que implica, pero hay algo que tiene que pasar después del sexo, cuando vuelve a cambiar. Puede marcharse sin hacer esa parte, dándose más opciones sobre dónde puede ir que si está atrapado como un tigre. Incluso podría quedarse en la Tierra, lejos de ti, lo que sería preferible para él.

—Pero no se lo debes —la ira en la voz de Evelyn dejó claro que ya había discutido este punto. —No deberías sentirte obligada a acostarte con él. Esta situación absurda no es culpa tuya.

Freya negó con la cabeza. —No. Aunque tampoco es culpa suya.

—¿Estás diciendo que es una opción? —preguntó el águila.

—Sobre todo porque Severin ya lo ha descartado —añadió Evelyn.

Ouch. Freya ocultó su gesto de dolor ante la insinuación de que el tigre la había rechazado. Parecía interesado en ella la noche anterior, así que ¿qué había cambiado esta mañana? Iba y venía como un péndulo, ese maldito tigre. Le dolía el cerebro tratando de entenderlo todo. Menudo lío.

—Me gustaría vestirme —murmuró, decidiendo evitar responder a la pregunta. —Probablemente debería irme a casa pronto.

Evelyn y Jax salieron de la habitación mientras Freya se vestía con su uniforme de enfermera, que Severin, fiel a su palabra, había lavado y secado durante la noche. Incluso había conseguido limpiarle las zapatillas de correr; un par de manchas de hierba tenues y resistentes eran la única prueba de su aventura nocturna.

La había rescatado dos veces anoche. Por sus problemas, estaba atrapado en forma de monstruo y exiliado de la Tierra.

Parecía muy injusto.

Miró su reflejo en el espejo del tocador, alisándose el pelo para que pareciera ordenado e hizo una mueca de dolor al ver las ojeras bajo sus ojos azules inyectados en sangre. Ah, bueno. Anoche la había visto cubierta de estiércol de vaca y aun así la encontraba lo bastante deseable como para usar su lengua con ella.

Su repentino escalofrío casi la hizo caer de rodillas y se agarró a la mesa con tanta fuerza que se le blanquearon los nudillos. Había estado tan cerca del

orgasmo que los restos de éste latían en sus venas. No le costaría mucho volver a sentirlo...

—¿Estás lista? —Evelyn se asomó por la puerta.

Freya tragó saliva y asintió con la cabeza, esperando que su excitación no fuera evidente mientras seguía a su hermana por el tenue pasillo. Sus pasos resonaron en las baldosas, anunciando su presencia en el salón.

En el aire flotaba una pizca de humo de leña, pero la estufa estaba apagada y la habitación parecía fría y muerta, como si un peso helado la mantuviera congelada en el tiempo. Las persianas estaban bajadas, lo que permitía que se filtrara la luz del sol. Para protegerse de las miradas indiscretas.

Ajeno al ambiente sombrío, Jax se recostaba en el sofá con las patas en forma de garra sobre la mesita y las alas castañas desplegadas contra los cojines. Les dedicó una sonrisa y su mirada se detuvo en Evelyn, que parecía demasiado ocupada mirando a Severin como para darse cuenta.

El gran felino en cuestión estaba de pie junto a la chimenea, de espaldas a ellos. Estaba tan inmóvil como una estatua, con su ancha espalda erguida, pero la punta negra de su cola temblaba. Freya no podía apartar los ojos de él mientras se detenía en medio de la habitación.

—Nos vamos ya —la voz de Evelyn sonó fuerte en el silencio. —Jax, te veré más tarde. Sev... —ella dudó.

—Llévatela —gruñó Severin, sin volverse.

Herida por su desprecio, Freya resistió el intento de su hermana de ponerla en movimiento. —Me gustaría hablar con Severin a solas primero.

—Ni hablar —espetó Evelyn.

Freya la fulminó con la mirada. —¿Qué dije en el dormitorio?

—¡Mala suerte! *No* te voy a dejar a solas con él.

Freya lanzó a Jax una mirada suplicante.

El águila dio un profundo suspiro y se levantó. —Vamos, reyezuelo. Vamos a admirar los lujosos electrodomésticos de la cocina.

Evelyn se cruzó de brazos. —No.

—No estaba preguntando, amor —y se la echó al hombro.

A pesar de tener la boca llena de plumas, el chillido de Evelyn fue lo suficientemente fuerte como para resonar por toda la habitación. —¿Qué haces? ¡Bájame, imbécil!

—Lo siento, cariño. Sabes que no le hará daño y se merecen un momento para hablar. Así que deja de jugar a la hermana mayor protectora y ven a gritarme a la habitación de al lado.

Jax sacó a Evelyn del salón con ella echando humo sobre el hombro. Incluso después de cerrar la puerta tras ellos, ella siguió despotricando, pero la puerta permaneció cerrada y la furiosa voz de Evelyn se fue apagando poco a poco, como si Jax la estuviera distrayendo de otras maneras.

Freya se volvió hacia Severin, que ahora la miraba con una fría y silenciosa pregunta.

—Gracias por lavarme la ropa —dijo torpemente.

Se encogió de hombros. —No fue ninguna molestia.

—Podemos acostarnos, si quieres —soltó.

Cuando él levantó las cejas, ella continuó, sintiendo que se moría por dentro. —Ahora mismo no, pero antes de que te vayas. Después recuperarás tu forma humana, ¿verdad? Ya no estarás atrapado como diente de sable.

Severin puso los ojos en blanco. —Esa maldita águila y su bocaza. Ya le he dicho que es poco probable que sea una opción.

—¿Por qué no? Soy una persona decente. No es justo que hayas acabado en este aprieto por rescatarme, así que si puedo ayudarte a cambio...

—Mentira. No haces esto por eso. Sólo quieres el orgasmo que se te negó anoche.

La sangre acudió a sus mejillas con tal rapidez que se sintió desfallecer. —Estoy tratando de ayudar...

—Quieres mi lengua trabajando tu clítoris de nuevo y mi polla dentro de ti. Quieres una noche caliente con un gran monstruo malo antes de que desaparezca para siempre. Admítelo.

Cualquier respuesta que intentara dar se le quedó en la garganta mientras él se cernía sobre ella, clavando su mirada en la suya. Lentamente, le pasó una garra desenvainada por el labio inferior. Ella contuvo un gemido cuando él volvió a hablar.

—Pero hay algo que no sabes, princesa. Veamos si sientes lo mismo después de averiguarlo.

Curvando su enorme pata alrededor de su muñeca, la llevó por debajo de su cintura, y la verdad fue revelada.

Su polla asomaba a través de la gruesa piel de su ingle, completamente erecta y muy grande, al menos para sus inexpertos ojos, pero no fue eso lo que la hizo jadear. Fue la miríada de protuberancias, bultos elevados que parecían pequeñas púas, que se asentaban a ras de su piel desde la base de la polla hasta la mitad. Le sujetó la mano en la cabeza lisa y cálida mientras volvía a sonar su voz.

—Esta es la realidad, humana. Esto es lo que significa ser follada por mí. Te voy a destrozar, Freya. Te penetraré y te encerraré hasta que tu coño esté tan lleno de mi semen que corra por tus muslos. Serás mía para usarla como quiera, mi pequeño juguete hasta que decida dejarte ir. Te sentirás tan cruda, tan intensa, que arruinará para siempre el sexo con cualquier otra persona. ¿Lo entiendes ahora?

El agarre se aflojó y ella apartó la mano. Trastabillando, huyó de la habitación sin mirar atrás.

Capítulo 9

Lo bueno de trabajar en un ajetreado centro médico: no había tiempo para soñar despierto con monstruos o sus apéndices. Como era habitual los lunes, todas las citas estaban ocupadas y todos los pacientes necesitaban la atención exclusiva de Freya. También tenía un largo e intenso curso de formación en línea, como parte de sus estudios para convertirse en especialista en pediatría. Su tobillo, envuelto en un vendaje de soporte y revisado varias veces por sus preocupados colegas, aguantó bien. Aunque, cuando terminó aquella tarde, apenas sentía los pies.

La consulta estaba situada en las afueras de Westhorpe, con una urbanización a un lado y un pequeño parque empresarial al otro. Eran las seis y media de la tarde y el día había refrescado lo suficiente como para agradecer la gruesa rebeca azul marino que llevaba sobre el uniforme. Los mirlos y los petirrojos entonaban sus líricas melodías vespertinas mientras ella caminaba por la acera con los coches pasando en ambas direcciones. Una esponjosa ardilla gris cruzó corriendo la calle, le chistó y se escabulló hacia un haya cercana. De una hilera de cerezos, más arriba, brotaban suaves flores rosas que se arremolinaban en el aire arrastradas por una suave brisa.

Freya se mordió un bostezo al llegar a la parada de autobús, agradecida por no tener que ir en bicicleta. Evelyn, que se había quedado a dormir después de llevarla a casa, la había llevado al trabajo por la mañana. También se había ofrecido a recogerla, pero Freya se negó, alegando que no quería incomodar más a su hermana.

Evelyn la había mirado con dureza y le había recordado su nueva regla: no más secretos, relacionados con monstruos o de otro tipo, y no volver a enfrentarse a las cosas sola. Conmovida pero insistente, Freya prometió que enviaría un mensaje de texto a Evelyn en cuanto llegara a casa. También estuvo de acuerdo en que, si de algún modo Ben se atrevía a causar problemas incluso después de que Severin lo echara, iría a la policía. Ambas hermanas coincidieron en que el reinado de terror de Ben debía terminar.

También le debía una llamada a su madre. Freya ocultó su mueca, apoyándose en el marco de la parada de autobús para descargar el peso de sus piernas. Las llamadas telefónicas con Ada Mulholland estaban llenas de agresividad pasiva porque sus hijas no las visitaban con suficiente frecuencia, comentarios punzantes sobre la inutilidad de sus vidas amorosas y amargos recordatorios de cómo su padre, del que estaban separadas, ya no les hablaba.

Quizá esa llamada pueda esperar a otro momento.

Afortunadamente, el autobús llegó puntual, aunque, como de costumbre, estaba abarrotado de gente y desprendía un abrumador aroma a pies y sudor. Freya se encontraba en la parte de atrás, pegada a una anciana que olía a café y cigarrillos y no dejaba de clavar su huesudo codo en la cadera de Freya. Se mordió el labio y no dijo nada, la idea de romper el silencio sagrado del viaje diario al trabajo era demasiado para su ansioso corazón. En su lugar, se puso los auriculares, seleccionando una banda sonora instrumental relajante y un volumen alto que ahogaba los ruidos del autobús.

Miró por la mugrienta ventanilla mientras el vehículo entraba en la ciudad, balanceándose de un lado a otro. El sol se ocultaba tras las hileras de casas adosadas, enviando rayas naranjas y rojas a través del pálido cielo azul. Westhorpe era una bulliciosa ciudad con una historia que se remontaba a la época romana. Su estilo era una peculiar combinación de lo antiguo y lo moderno, con estrechas calles adoquinadas y antiguos edificios torcidos situados entre modernas oficinas y cadenas de tiendas. Es un lugar popular entre los turistas, por lo que también había muchas tiendas de regalos independientes y un gratificante número de cafeterías, restaurantes y pubs.

Mientras el autobús pasaba por el pequeño puente arqueado que conducía al centro de la ciudad, Freya sonrió con nostalgia al ver el río. Una de las pocas cosas que echaba de menos de su matrimonio era salir en el barco de Ben, el *Golden Life*. Estar en el agua resplandeciente, observar la vida salvaje y sentir el viento soplando en su pelo le había dado algunos recuerdos felices. Quizá cuando Ben se aburriera de torturarla, podría volver a navegar sola. Tal vez incluso tomar algunas clases de vela o paddle boarding. Hablando de clases, también sería estupendo aprender a conducir. Se acabaron los autobuses, los desplazamientos en bicicleta y los ascensores de hermanas sobreprotectoras.

Sí, mucho que planear. Ella sólo tenía que lidiar con un ex vicioso y un compañero monstruo no deseado en primer lugar.

Su monstruoso compañero. Cerró los ojos y soltó un profundo suspiro. Lo había hecho muy bien hoy, *sin* pensar en él ni en lo que le había enseñado anoche, pero había pocas cosas más que la distrajeran en el trayecto.

No podía creer lo que había visto. Si por algún milagro no le destrozaba las entrañas, seguramente le dolería demasiado como para disfrutar. ¿Cómo podía ser el mejor sexo de su vida? Además, lo había dicho con tanta arrogancia y seguridad. Habría sido molesto si no hubiera sido tan intrigante.

Uh-oh. No. No es intrigante. No podía pensar así, aunque tampoco importaba. Había pasado la mayor parte de la noche anterior sin aliento y despierta, preguntándose si él aparecería en su puerta. Había sido en vano. Debía de haber optado por marcharse, atrapado para siempre en su forma de monstruo. Al menos le habría dado un día para reflexionar sobre su revelación en forma de pene.

Sus auriculares se apagaron justo cuando el autobús llegaba a su parada en la plaza del mercado. Se los metió en el bolsillo y bajó la escalerilla dando las gracias al conductor. Las tiendas que rodeaban la plaza ya estaban cerradas por la noche, con sus coloridas persianas cerradas con candado. El cielo se oscureció hasta volverse añil mientras avanzaba por la calle, y la brillante puesta de sol se desvaneció tras densas nubes grises. Un trueno retumbó a lo lejos. Las aceras se despejaron de gente mientras el aire se espesaba y el olor a lluvia se intensificaba. Freya se apresuró a seguir adelante, deseando que la tormenta amainara.

Caían las primeras gotas de lluvia mientras ella se escabullía por un callejón empedrado que conectaba la plaza con la carretera que había detrás. El estrecho pasadizo estaba encajado entre un edificio de ladrillo de tres plantas y el alto muro de piedra de un cementerio. No recibía mucha luz en las mejores épocas; ahora, era un tramo turbio de casi oscuridad. El muro de ladrillo estaba adornado con pintadas descoloridas, manchas de moho y trozos de chicle desechados. Por el contrario, las piedras irregulares del viejo muro de la iglesia estaban intactas, aparte de los parches de musgo verde con olor a moho entre los huecos.

La iglesia estaba oculta a la vista por varios tejos enormes al otro lado del muro, cuyas ramas crujían con el fuerte viento. Sólo quedaba a la vista el puntiagudo campanario, que se elevaba hacia el cielo, tan firme en la tormenta como lo había estado durante los últimos quinientos años.

—Vamos, madre naturaleza —murmuró, apretando los ojos mientras las gotas de lluvia le salpicaban la cara. —Dame un respiro.

—¿Dónde está el novio? ¿Ya te ha abandonado?

Oh, *no*. Había dejado de utilizar esta ruta hacía unos meses, cuando se dio cuenta de que Ben la acosaba. No era la primera vez que la esperaba en la puerta de la consulta y seguía el autobús en su coche. Hoy había estado tan absorta en los recuerdos del fin de semana que no se lo había pensado dos veces. Estúpida, muy estúpida.

De cara a su ex, se esforzó por ocultar su conmoción. Ben tenía el ojo derecho hinchado y rodeado de un moratón morado, la mejilla hinchada y enrojecida. Su ojo izquierdo estaba frío, malicioso y fijo en ella.

—Está en casa esperándome —respondió ella, intentando parecer tranquila y serena.

—Me sorprende que no te haya asesinado mientras dormías. Parecía muy sospechoso.

No fue él quien irrumpió en mi piso.

Las palabras flotaban sin pronunciar en la punta de su lengua. Nunca podría discutir con él, no como es debido. Podía gritar más alto. Argumentar mejor. Expresar sus puntos de vista, aunque fueran erróneos, con tanta seguridad que hasta ella acababa creyéndole. Incluso ahora, el impulso de bajar la mirada sumisamente, de hacer lo que fuera necesario para aplacarlo y hacer que volviera a sonreírle, era lo bastante fuerte como para marearla.

—Déjame en paz —intentó sonar firme, pero le salió un susurro suplicante.

—¿O qué? ¿Enviarás a tu follamigo a arreglarme?

Su risa se escapó antes de que pudiera detenerla. —Parece que ya lo hizo.

La bofetada surgió de la nada, su mano abierta chocó con la mejilla de ella con tal fuerza que el ruido resonó en las paredes de piedra. Ella se tambaleó hacia atrás, con el shock adormeciendo el dolor del golpe. Cuando se dio la vuelta para huir, la empujó contra el muro de la iglesia con tanta fuerza que la hizo gritar. Las afiladas piedras se clavaron dolorosamente en su espalda mientras la empujaba con el antebrazo contra la parte superior del pecho, sujetándola.

—Zorra de corazón frío —escupió. —¿Crees que puedes hablarme como si fuera una mierda? ¿Crees que voy a aceptar que mi *mujer* se tire a otro hombre?

—Tu mujer no —se atragantó, luchando en vano. —Ya no.

—Siempre serás mi esposa, Freya. Podríamos estar juntos para siempre si dejaras de ser tan malditamente egoísta...

Un gruñido bestial resonó en el callejón, haciendo que una bandada de estorninos brotara de los tejos, agitando sus alas mientras gritaban una advertencia. Freya tuvo apenas un segundo para ver el asombro absoluto en la cara de Ben antes de que éste saliera despedido lejos de ella, golpeándose contra la pared opuesta con un aullido.

Mientras su ex se desplomaba en el suelo, Severin se cernía sobre él, moviendo la cola de un lado a otro. Cogió a Ben por las solapas y lo arrojó al callejón.

Con la boca torcida por el horror, Ben se escabulló sobre manos y rodillas. Poniéndose a cuatro patas, Severin saltó sobre los adoquines y le tiró de los tobillos. Sus garras estaban desenvainadas y Freya oyó un sonido de desgarro cuando los pantalones de Ben se rasgaron hasta la rodilla. Un grito agudo brotó de él mientras se esforzaba por escapar, golpeando a Severin en los hombros.

El tigre soltó una risita malvada. —Vamos, muchacho. Intenta correr.

Con un grito desesperado, Ben se alejó tambaleándose. Apenas dio unos pasos cuando Severin se abalanzó sobre él y lo tiró al suelo con tanta fuerza que la cabeza de Ben se golpeó contra los adoquines. Cuando el tigre volvió a reír, el gemido de dolor de Ben se convirtió en sollozos.

—No, por favor —lloró. —¡Freya, ayúdame!

—No hables con ella —siseó Severin. —No la mires. No eres digno de respirar el mismo aire, y mucho menos de suplicar su ayuda.

—Por favor, lo siento. Lo siento tanto, tanto, *¡por favor*!

Severin emitió un sonido de disgusto. —Patético. Difícilmente vale la pena matarte.

El grito lastimero de Ben se convirtió en un gorgoteo ahogado cuando el tigre le apretó el pecho, enseñándole los dientes.

Freya dio un paso involuntario y Severin se giró para mirarla. Tenía un aspecto absolutamente monstruoso, agazapado sobre un humano indefenso con las garras desenvainadas, tambaleándose al borde de la muerte y el derramamiento de sangre.

Tenía que parar esto. Fuera lo que fuera lo que Ben había hecho, no podía verle morir. Intentó hablar, pero las palabras se le secaron en la garganta mientras miraba fijamente al tigre.

Severin la estudió con los ojos entrecerrados. Volviéndose hacia Ben, se inclinó hacia él y sus colmillos rozaron la mejilla del hombre.

—Considera esto tu última advertencia. Tócala de nuevo, y te destrozaré. Ella es mía, muchacho. *Mía*.

Y lo soltó. Ben tenía la cara blanca como el papel y el único ojo que le quedaba inyectado en sangre. Con un grito histérico, se puso en pie y se alejó dando tumbos.

El triunfo de Freya al verle huir como un cobarde se transformó en consternación cuando el tigre se encaró con ella. Se le hicieron nudos en el estómago; sus preguntas sobre lo que estaba haciendo allí se desvanecieron. No podía moverse ni hablar. Las partículas cargadas entre ellos chisporrotearon, junto con el eco de sus palabras anteriores.

Es mía.

Había luchado por ella, y ahora, si la expresión de su rostro era un indicio, iba a reclamar su premio.

Con un rugido sordo, se abalanzó sobre ella. Cogiéndola en sus poderosos brazos, saltó por encima del muro de la iglesia, dejando el callejón vacío y silencioso tras ellos.

Capítulo 10

Severin se acurrucó en el cuello de Freya incluso antes de que sus pies tocaran el suelo. Estaban bajo un viejo tejo en la esquina más alejada del cementerio, ocultos en las sombras de las ramas que se extendían por encima de ellos. La lluvia arreciaba con fuerza y la frondosa copa apenas ofrecía protección, pero a ella no le importaba. Las hojas caídas crujían bajo sus pies cuando la empujaba contra el tronco y la bolsa se le resbalaba del hombro y caía al suelo.

Ella cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás para ofrecerle su garganta. Él la lamió hambriento, saboreando su pulso palpitante como si fuera un manjar delicioso, y su fuerte aliento le calentó la piel. Pasó las manos por el áspero pelaje que cubría sus poderosos bíceps y exhaló un estremecedor suspiro. Nadie podía hacerle daño cuando estaba en sus brazos. Nadie se atrevería. Apenas lo conocía y, sin embargo, era como si volviera a estar en brazos de un amante perdido hacía mucho tiempo.

Sus garras se curvaron sobre su pecho, y una repentina sacudida le hizo abrir los ojos. La rebeca le colgaba de los brazos, hecha trizas. La túnica que llevaba debajo también estaba desgarrada y dejaba al descubierto su sujetador blanco de encaje y la mitad de su vientre. Un vago pensamiento sobre una mariposa saliendo de un capullo cruzó su mente, mientras temblaba y se cruzaba de brazos.

Su gruñido de desaprobación la dejó helada, y entonces sus enormes patas apartaron las manos de ella y se curvaron sobre sus pechos. Ella se arqueó ante sus caricias y sus pezones se fruncieron contra el sujetador. Un resoplido de impaciencia se le escapó y agarró las rasgaduras de su túnica, partiéndola por la mitad con un poderoso movimiento.

Contempló entumecida cómo los restos de la prenda se deslizaban por su cuerpo hasta agolparse en su cintura, justo cuando sus garras apretaban su sujetador. Con un tirón tan fuerte que casi la levanta, se lo arrancó y lo tiró.

Su boca caliente y ávida se posó en ella en un instante y su lengua le rozó los pezones con avidez. Le apretó la cabeza contra sí, y los nudos y bultos de la corteza

se le clavaron en la espalda con una fuerza placentera. Le rozó con los dientes la clavícula y la garganta, provocándole escalofríos.

—Mío —raspó. —Todo. Joder. Mío.

Sintió que algo duro le empujaba el ombligo. Con la mente en vilo, metió la mano entre sus cuerpos ardientes y rodeó la cabeza de su polla.

Su aliento siseó por encima de su pulso tembloroso. Ella apretó el agarre y sintió una embriagadora sensación de poder cuando él dejó caer la cabeza sobre su hombro. Un ruido sordo la confundió hasta que lo reconoció.

Estaba ronroneando. Este enorme monstruo mortal ronroneaba al tocarla. ¿Qué más le gustaría a este tigre suyo?

Se arrodilló antes de pensárselo dos veces, y las hojas caídas amortiguaron su caída. De cerca, pudo ver que las púas que iban desde la base de la polla hasta la mitad eran pequeños ganchos curvados, cada uno a ras de la piel. En conjunto, parecían protuberancias rugosas y estriadas, como la lengua de un gato. Los imaginó dentro de ella, bloqueándose para que no pudiera escapar, y volvió a estremecerse.

Acariciándolos suavemente, observó fascinada cómo se hinchaban en su sitio, haciéndose más grandes y protuberantes, los ganchos levantándose de su posición rasante para erguirse a atención. El brillo del líquido llamó su atención, mientras las yemas de sus dedos empezaban a hormiguear. ¿Estaban las púas segregando algo? Nunca había visto nada parecido.

Le lamió la punta de la polla, donde brillaba una sola gota de humedad. Un rugido ahogado fue la respuesta del tigre antes de que el ruido se cortara, como si se hubiera obligado a guardar silencio. Tenía las patas apretadas a los lados y la cola se agitaba con fuerza suficiente para erizarle el vello.

Volvió a lamer, saboreando el gusto salado. Le había disgustado hacer esto por Ben, que esperaba que se lo sirvieran, tratándolo como algo a lo que tenía derecho. Odiaba arrodillarse por alguien que no lo apreciaba, pero estaba demasiado asustada para decir que no. Esto era diferente, mientras deslizaba la lengua alrededor de la cabeza y recorría las púas con las yemas de los dedos. Mirando a través de sus pestañas, casi sonrió ante la expresión estupefacta del tigre. No se lo había esperado, en absoluto. Se merecía un poco de atención, su valiente monstruo.

Volvió a hacerlo, acariciándolo con los labios y la lengua. No se atrevía a metérselo del todo en la boca por si se empalaba a sí misma -*y no* sería una llamada interesante a los servicios de emergencia, atrapada en la polla de un monstruo como un pez en un anzuelo-, pero seguía sintiéndose increíble, dominando a una criatura tan poderosa, sintiendo su tensión enroscada mientras él intentaba controlarse. Quería follarle la boca con fuerza, ella podía sentirlo. Le acarició la cabeza con una pata pesada y temblorosa, como si estuviera a punto de empujarla hacia abajo. El viento soplaba a su alrededor mientras ella continuaba con su atención hasta que un trueno la hizo saltar y soltarlo.

Con otro rugido ahogado, el tigre tiró de ella hacia arriba, la apartó del tronco, luego giró y la arrojó al suelo. Aterrizó de golpe, con las hojas y las ramas clavándose en su espalda desnuda. Se agachó sobre ella como si acabara de derribarla en una cacería, con sus afilados dientes brillando en la oscuridad.

Atrapada e indefensa, lo miraba a través de las pestañas encapuchadas, con el deseo latiéndole en las venas. Ella era su premio. Su juguete. Podía hacer lo que quisiera, siempre que no la abandonara. Su polla le presionó el estómago y ella arqueó las caderas con un gemido.

Una emoción brilló en sus ojos cuando aflojó su agarre. ¿Añoranza? ¿Arrepentimiento? No estaba segura. Antes de que pudiera expresar su decepción, la agarró por debajo de los brazos y se puso boca arriba, tirando de ella con un movimiento suave. Se encontró encima de él, a horcajadas sobre su vientre peludo, con la boca abierta y la túnica enrollada en la cintura.

—Arriba —ordenó.

Volvió en sí cuando él tiró de ella. Lentamente, se arrastró por su cuerpo hacia su cara. Su pelaje empapado se pegaba a su piel mientras ella se movía. Él la agarró por las caderas, levantando la parte inferior de su cuerpo hasta que ella apoyó su peso sobre las rodillas en el barro blando. No entendía lo que hacía hasta que sintió que le tiraba de la ropa interior y oyó un desgarro inconfundible. Con los ojos brillantes, le arrancó las bragas y las tiró antes de tirar de ella para que volviera a sentarse encima de él. Deslizándola sobre su hocico, la mantuvo en su sitio, con sus caninos exteriores rozándole la cara interna de los muslos. Incluso con el aire frío, sintió que sus mejillas empezaban a arder, mientras el pánico le retorcía el estómago. Nunca había hecho esto con un humano, y mucho menos con un monstruo. ¿Qué debía hacer?

Se le encogió el pecho y estuvo a punto de retroceder, pero entonces la lengua de él salió y el rubor de la vergüenza se desvaneció. La sensación de que le lamiera el coño era un placer perverso, como la noche anterior. No importaba que no supiera lo que estaba haciendo, porque él sí lo sabía. Lamía con experta precisión, acariciando y masajeando su clítoris con suaves y ávidos movimientos.

Dioses, era demasiado. Las sensaciones la sacudían y la hacían tambalearse. Necesitaba algo a lo que aferrarse. Arqueando la espalda, se agarró el pelo con manos temblorosas mientras la colmaba de lengua. Un relámpago surcó el cielo, iluminando su inquietante entorno y sumiéndolos de nuevo en la oscuridad. Las sombras que se cernían sobre ellos se transformaron en un ardiente sueño febril en el que la realidad carecía de significado y protagonismo. Los truenos estallaron cuando ella le cabalgó la cara con más fuerza, mezclando su sudor con la lluvia que caía desde arriba.

La tormenta la impulsó, su cuerpo húmedo, caliente y desesperado mientras la lamía, la chupaba y le pasaba la lengua por el clítoris. Los sonidos profundos y posesivos de él se mezclaban con los gritos quejumbrosos de ella mientras ascendía hasta la cima y luego caía en el más absoluto olvido. El éxtasis corrió por sus venas, arrancándole su nombre de la garganta en un grito ahogado. Luces caleidoscópicas se encendieron frente a su vista, lanzándola entre las estrellas, delirante y abandonada.

Cuando por fin volvió a la Tierra, tuvo que trabajar para recordar cómo respirar.

Se echó hacia atrás para sentarse sobre su pecho tembloroso, con restos de placer estremeciéndose a lo largo de sus nervios mientras las gotas de lluvia se deslizaban por su piel y caían sobre él. Su pelaje estaba empapado del color del oro bruñido, igual que sus ojos, llenos de satisfacción posesiva.

A pesar de la lluvia, la tormenta y el recuerdo del ataque de Ben, no pudo evitar sonreír.

Capítulo 11

Se sintió como una sonámbula durante el viaje de vuelta. Recordaba vagamente que había cogido su bolso y se había envuelto en sus ropas arruinadas antes de salir a hurtadillas del cementerio. Él había murmurado que la seguiría a casa, pero cuando ella miró a su alrededor, no había rastro de él.

La tormenta dejó las calles tranquilas y vacías de peatones. La lluvia amainó hasta convertirse en una llovizna suave y tranquilizadora, iluminada por las farolas que salpicaban la acera. Un zorro sarnoso se cruzó en su camino con una caja de comida para llevar entre las mandíbulas. Algún que otro vehículo pasa a su lado, atravesando los charcos iluminados por sus faros. Una furgoneta grande llegó a salpicarla de pies a cabeza. Ya estaba tan mojada que no parecía importarle. Las piernas le temblaban y flaqueaban, y su cuerpo protestaba por tener que moverse en lugar de disfrutar del resplandor posterior al orgasmo.

Al cabo de horas, llegó a su edificio y buscó a tientas en el bolso la llave nueva que el cerrajero de Severin le había dejado a su vecino la noche anterior. El sistema de cierre de la puerta de su piso era más complejo que el antiguo y tardó un rato en abrirla. Echó el cerrojo tras de sí, como le había indicado Severin antes de salir del cementerio. Siguiendo el resto de sus instrucciones, se apresuró a abrir la puerta trasera de la cocina antes de dirigirse a su dormitorio para cambiarse.

Después de secarse y ponerse un pantalón de pijama y una camiseta roja de gran tamaño, se sentó en el borde de la cama con el estómago hecho un nudo mientras enviaba un mensaje a Evelyn aturdida para confirmar que había llegado a casa. No entró en detalles. ¿Qué sentido tenía cuando aún estaba intentando comprenderlos?

La luz de su mesilla creaba sombras distorsionadas en las paredes rosa pálido. La lluvia golpeaba la ventana con una melodía suave y rítmica. Acompañaba al estribillo que se repetía en su cabeza: un monstruo acababa de darle el mejor orgasmo de su vida. Un orgasmo que recordaría para siempre, aunque no volviera a repetirse.

Un pequeño crujido procedente de la puerta de la cocina la hizo sobresaltarse más de lo debido. Esperó con el corazón en la boca a que se cerrara. Corrió hacia la puerta del dormitorio y la abrió de un tirón, ahogando un grito. Él estaba justo delante de ella, con las sombras envolviéndole como si perteneciera a la oscuridad.

Antes de que pudiera decir nada, la agarró por la barbilla y la levantó para que lo mirara a los ojos. Por un instante, pensó que iba a besarla, pero le giró la cara y estudió su mejilla, donde Ben la había abofeteado.

—Debería haberlo matado.

Su tono era plano, como si estuviera hablando del tiempo en lugar de asesinar a alguien. Eso fue, bueno, monstruoso. Depravado. Malvado, a pesar de todo lo que Ben había hecho. Entonces, ¿por qué le temblaba el pulso y la sangre acudía a su centro? ¿Por qué se sentía tan segura y protegida?

—¿Me estabas siguiendo? —se aventuró a decir.

Todavía con el ceño fruncido por la leve marca que podía ver en su cara, negó con la cabeza. —No. Ayer moví algunos hilos con un contacto y pedí que colocaran un rastreador en el coche de tu ex. Cuando vi que estaba acampado cerca de tu trabajo, supuse que te seguiría a casa. Evelyn confirmó que tomarías un autobús, así que busqué la zona más obvia para que te abordara.

—¿Cómo has llegado hasta aquí desde tu casa, y a través de la ciudad, sin que te vieran?

Se encogió de hombros. —Campos, tejados, callejones, jardines traseros. Es bastante fácil esconderse en este mundo; muchos monstruos que no tienen formas humanas separadas lo consiguen. Los humanos rara vez ven lo que no creen que existe.

—¿Por qué has venido a ayudar? Después de que te abandoné en tu casa, supuse que te habías ido.

—Tenía toda la intención de hacerlo. Te iba a pasar los datos del rastreador, como prueba del acoso de tu ex para que se lo llevaras a la policía, si querías. Pero cuando me enteré de que te estaba siguiendo, algo se apoderó de mí —bajó la voz. —La idea de que te acosara, creyendo que tenía derecho sobre ti, no podía soportarla. No podía alejarme.

—¿Por qué? —susurró. —Ayer, fuiste inflexible en que no querías una compañera.

—No, pero no puedo irme todavía. No sin saber que estás a salvo. Este profundo deseo de protegerte... —sacudió la cabeza con aparente desesperación. —No puedo luchar contra él, por mucho que lo odie. Así que me quedaré aquí temporalmente y te vigilaré hasta que tu ex haya sido neutralizado, por métodos humanos o de otro tipo —una sonrisa, aunque pequeña, se dibujó en sus labios. —Y mientras lo hago, si alguna vez te apetece chupármela o volver a sentarte en mi cara, sólo tienes que decirlo.

Con eso, salió del dormitorio, dejándola con la boca abierta detrás de él.

Capítulo 12

Freya soñaba con dientes afilados y ojos brillantes cuando empezó el ruido de tambores. Por un momento, vaciló en la inquietante línea que separa la vigilia del sueño, y los ojos de su sueño pasaron del verde amarillento al rojo sangre al ritmo de los ruidos. Parpadeó y tardó unos instantes en comprender lo que la rodeaba. Estaba en su cama, fuera seguía siendo de noche y el ruido procedía de...

Su puerta principal.

Otro fuerte golpe la levantó de golpe. Su teléfono marcaba la una de la madrugada. ¿Quién llamaría a la puerta a esa hora?

—¿Hay alguien? —una voz llamó desde el pasillo, sonando amortiguada. —Policía.

Saltó de la cama, abrió de un tirón la puerta de su dormitorio y se mordió un grito. Severin estaba en la cocina, agitando la cola y con la mirada fija en la puerta principal.

—Escóndete —siseó.

La miró. —De ninguna manera.

—Ben debe haberlos llamado —dijo apretando los dientes mientras cogía su bata. —A menos que quieras pasar el resto de tu vida en una jaula siendo estudiado por científicos, escóndete y deja que me ocupe de esto.

Se apresuró a cruzar el piso antes de que él pudiera responder.

—Un segundo —llamó, tratando de sonar tranquila mientras jugueteaba con la cerradura, mirando hacia atrás para asegurarse de que Severin había desaparecido.

Cuando abrió la puerta, parpadeó. Dos agentes de policía, uno alto y canoso, el otro bajo y con cara de niño, estaban en su puerta. El cansancio se reflejaba en sus posturas, que denotaban un largo turno de trabajo. Se le revolvió el estómago cuando reconoció al individuo que se cernía tras ellos. Ben tenía la mandíbula

apretada y los brazos cruzados. Sus pantalones ondeaban por debajo de la rodilla, donde Severin los había rasgado, y su ojo morado parecía aún más hinchado que antes.

—¿Señora Carmichael? —preguntó el oficial más alto.

Levantó la barbilla. —Srta. Mulholland, por favor. ¿Puedo ayudarlos?

—El Sr. Carmichael dijo que usted fue atacada por algún tipo de animal esta noche —respondió el oficial. —Insistió en que le hiciéramos un chequeo. ¿Va todo bien?

—Un animal —repitió Freya, intentando sonar confusa. —No estoy segura de entender.

—No me creen —la voz de Ben tembló. —Me *asaltó*. Tú lo viste. Díselo, Freya.

Parpadeó lentamente. —¿Estás bien? No tienes mucho sentido.

Ben se quedó boquiabierto, con las mejillas coloradas. —¡Lo viste, perra mentirosa!

—Sr. Carmichael —espetó el policía más joven.

—Estaba allí, en el callejón junto a la iglesia de San Miguel, con esa cosa. ¡Era un león, o un tigre! *¡Hablaba!*

—Señor Carmichael —repitió el agente. —Por favor, mantenga la calma o tendremos que pedirle que espere fuera.

Se volvió hacia Freya. —¿Está diciendo que no hubo ataque, señorita?

Respiró hondo. —El único animal que me atacó esta noche está de pie detrás de ti.

Ambos oficiales miraron a Ben y luego el más joven volvió a hablar. —¿Le importaría dar más detalles?

—Es mi ex marido, como probablemente sepas, y lleva meses acosándome. Esta tarde me ha seguido durante el trayecto y, cuando me he negado a hablar con él, me ha abofeteado. He conseguido huir. No sé por qué está tan desaliñado. Quizá lo haya hecho a propósito para dar credibilidad a su pequeña historia.

—¡Está mintiendo! ¡Era un monstruo! Decía que era suya y me llamaba chico, igual que hizo ese capullo la otra noche... —los ojos de Ben se abrieron de par en

par. —¡Dios mío! Es él, ¿verdad? Es ese cabrón tuyo. *Por* eso no pude encontrar información sobre él. Es un bicho raro, un extraterrestre o algo así.

Freya se obligó a mirar sin comprender a los tres hombres. —No estoy segura de lo que está hablando. Entretuve a un visitante masculino la otra noche, cosa que no le gustó al señor Carmichael cuando estaba husmeando fuera de mi casa. Sin embargo, ya no veo al caballero en cuestión. En cuanto a ese "monstruo" del que habla... —miró de reojo a Ben. —Tal vez mi ex-marido necesita una buena noche de sueño. Y que se mantenga alejado de mí. Especialmente ahora que tengo pruebas de que me ha estado acosando.

La respiración de Ben se entrecortaba en su garganta mientras los agentes se encogían de hombros.

El mayor suspiró. —Lamento haberla molestado, Srta. Mulholland. La dejaremos en paz. Y si desea presentar una queja formal sobre el comportamiento del señor Carmichael y aportar esta prueba suya, por favor, háganoslo saber.

Inclinó la cabeza. —Iré a la comisaría mañana, después del trabajo.

Incluso después de cerrar la puerta, pudo oír a Ben discutiendo con los policías. Sonaba muy distinto a lo habitual; su encanto habitual había sido sustituido por una rabia incandescente. Al final, después de que el agente de más edad amenazara a su ex con detenerlo si seguía haciéndoles perder el tiempo, las voces de los hombres se apagaron.

Se frotó las sienes y se apoyó en la puerta. Lo había conseguido. Se había enfrentado a Ben.

Con una sonrisa de oreja a oreja, saltó a su dormitorio. Severin estaba de pie junto a su cama, malhumorado. Se lanzó a sus brazos, llenándose la boca de pelaje grueso antes de inclinarse hacia atrás para sonreírle. —Lo he conseguido. Le di su merecido.

Su expresión hosca se desvaneció y le dedicó una sonrisa de aprobación. —Buena chica.

Ese epíteto le produjo un escalofrío. Hizo todo lo posible por disimularlo, pero si el brillo cómplice de sus ojos le servía de algo, no lo consiguió. Se echó hacia atrás, tratando de no notar sus patas alrededor de su cintura.

—¿Podría tu contacto facilitarme información sobre el rastreador antes de mañana por la noche? —preguntó, tratando de calmar su pulso palpitante. —Me gustaría que formara parte de mi denuncia.

—Por supuesto.

—Probablemente no sean pruebas suficientes para acusarle de nada, pero le asustará para que me deje en paz —ella exhaló. —Soy libre. Casi libre. Gracias a ti.

Soltó una pequeña carcajada. —Es extraño ser el bueno de verdad por una vez.

—Eres mucho más decente de lo que aparentas. Nadie sin corazón me habría ayudado como tú.

Se miraron fijamente durante un largo momento, suficiente para que Freya se mordiera el labio y echara un vistazo a su cama. De repente parecía increíblemente acogedora y lo suficientemente grande para dos, incluso siendo uno de ellos un gran monstruo. Por su mirada oscurecida, él estaba pensando lo mismo. Abrió la boca para hablar, sin estar segura de lo que saldría, y acabó bostezando en su cara.

Se le escapó otra carcajada. —Muy bien. De vuelta a la cama. Puedes seguir diciéndome lo increíble que soy en otro momento.

El cansancio se apoderó de ella y volvió a la cama, luchando contra otro bostezo en el proceso.

—Sí que eres mandón —murmuró mientras se acurrucaba bajo las sábanas.

—Así es. Dulces sueños, Freya.

El sueño no llegó tan rápido como esperaba, probablemente porque había una gran silueta con forma de tigre asomando en la puerta de su habitación. Tras unos minutos de estudiarlo, bueno, de contemplarlo, se aclaró la garganta.

—¿Severin?

—¿Hmm?

—¿Vas a quedarte ahí de guardia toda la noche?

—Ese es el plan.

—Puedes acercar una silla, si quieres.

—Estoy bien, princesa —había una pizca de humor en su tono.

Volvió a estudiarlo en silencio. Sus ojos se adaptaron a la oscuridad lo suficiente como para trazar con la mirada las rayas de su espalda, siguiendo su curva hasta las costillas y subiendo hasta sus poderosos hombros. Se le secó la boca. ¿Todos los de su especie se parecían a él o sólo era un espécimen especialmente hermoso?

—Severin —volvió a murmurar.

—¿Sí, Freya?

—¿Cómo es tu dimensión?

Se hizo un silencio sepulcral y ella pensó que se había excedido, pero él respondió: —En muchos aspectos es como la Tierra, pero más pequeña. Hay franjas de campo virgen junto con ciudades modernas y pueblos pintorescos. Es un lugar precioso. Al menos, solía serlo. Hace mucho que no vuelvo.

—Porque tenías miedo de la cosa de la pareja predestinada del universo.

—No tenía miedo —sonaba afrentado ante la idea. —Sólo quería ser libre. Fui testigo de cómo muchos de mis amigos y familiares se unían a quien el universo decretaba. No importaba si eran conocidos, completos extraños o incluso enemigos mortales. El vínculo lo dominaba todo. Me fui porque me negué a dejar que el destino gobernara mi vida —su tono se volvió irónico. —No es que me escuchara.

Ella gruñó. —Supongo que, si vuelves a casa, tu familia estará super decepcionada al saber que tu pareja es una humana.

—En absoluto. El vínculo es lo que les importa. El destino ha decidido que eres mi pareja perfecta. Por lo tanto, *eres mi pareja perfecta* —se hizo un silencio cargado antes de que añadiera, apresuradamente. —Es lo que pensarán, en cualquier caso.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Tres hermanas. Dos mayores, una más joven. Las dos mayores están apareadas. La más joven aún espera ansiosamente que el destino ordene su camino.

—¿Los echas de menos?

Silencio de nuevo. Luego: —Sí. Me gustaría verlos en algún momento, aunque he oído que no están muy contentos con mi vocación.

—Todo el asunto de los mercenarios. ¿Cómo te metiste en eso?

—Parecía algo natural. Me estaba entrenando para unirme a la milicia de mi pueblo cuando decidí abandonar mi dimensión, así que tenía algunas habilidades que podía poner en práctica.

—Realmente matas a la gente por dinero —dijo en voz baja.

—No siempre. A veces simplemente lucho contra ellos. O los cazo.

—Por dinero, sin embargo. No por una causa en la que crees.

Suspiró. —Tengo un código, Freya. Intento aceptar trabajos en los que mis objetivos merecen lo que se merecen. No siempre acierto, de ahí la situación en la que me metí con Jax a principios de año, pero hago lo que puedo.

—No creo que seas un mal tipo, Sev. ¿Quizás podrías ayudar a la gente, en vez de cazarla? Como un detective privado o algo así.

—Tal vez —ella oyó la sonrisa en su voz. —Ahora, por mucho que esté disfrutando de esta improvisada sesión de consejos profesionales, necesitas dormir. Estás agotada.

—Hmm —bostezó. —Un verdadero mercenario no se preocuparía por eso, ya sabes.

—Duerme, princesa. Ahora.

Durante el resto de la noche se sumió en un sueño intermitente, con pensamientos caprichosos que la seguían hasta el sueño y la arrastraban de vuelta a la realidad. La única constante era él: el monstruo que la protegía, silencioso y vigilante como una estatua. A pesar de todo lo ocurrido, nunca se había sentido tan segura ni tan contenta. Y, cuando los primeros rayos de sol se colaron por la ventana al despuntar el alba, se le ocurrió un plan.

Capítulo 13

Había pensado que nada podría superar el terror de ser perseguida por un toro en estampida o ser empujada contra la pared por una ex pareja maltratadora, pero presentar una denuncia policial se le acercaba. Freya se secó las manos sudorosas con la falda y salió a la refrescante brisa del atardecer, aliviada por abandonar el austero edificio cuadrado de paredes blancas y ambiente sombrío. El aparcamiento para visitantes estaba vacío, aparte del utilitario azul de Evelyn, aparcado junto a un arcén de hierba salpicado de dientes de león amarillos y pequeñas prímulas moradas. Freya se apresuró hacia él, agradecida por la brisa primaveral que le agitaba el pelo y le hacía cosquillas en la nuca.

Había estado en vilo todo el día en el trabajo, dedicando el tiempo entre las citas a ensayar lo que iba a decir. Incluso había ensayado con Evelyn durante el trayecto matutino hasta la consulta y el corto trayecto hasta la comisaría después del trabajo. Pero nada preparó a su alma introvertida para la intimidante experiencia de sentarse en un escritorio frente a los dos agentes de la noche anterior y relatar todo lo que Ben había hecho desde que comenzó su calvario.

Los agentes fueron educados y profesionales, tomaron notas detalladas y le hicieron preguntas meditadas, dándole tiempo para recuperarse cuando su ansiedad se apoderó de ella y confundió sus palabras. Aunque agradecida por su muestra de empatía, no pudo evitar que la voz de su cabeza gritara que pensaban que mentía, que no estaba siendo lo bastante clara, que todo esto era un gran error.

Casi se desmaya de alivio cuando le confirman que seguirán investigando. Los siguientes pasos serían revisar su declaración, incluido el informe del rastreador que había aparecido misteriosamente en su buzón de correo electrónico aquella tarde. Entonces podrían decidir si tenían pruebas suficientes para detener a Ben.

Cuando Freya se lo contó todo a Evelyn, ya habían atravesado Westhorpe y salido por el otro lado. Su hermana sorteaba los estrechos caminos rurales con facilidad y el paisaje pasaba a toda velocidad. Todo estaba lleno de color. Campanillas, amapolas rojas y perejil de vaca blanco cubrían los arcenes, y rosas violetas salpicaban los setos de zarzas que flanqueaban las carreteras. Campos de

trigo verde salvia se mecían al viento, aún no lo bastante maduros para volverse dorados. Junto a ellos, la colza amarilla como el sol crecía alta y fuerte, y su poderoso aroma a polen hacía que a Freya le picara la nariz. Robles y sicomoros se alzaban sobre los setos, rebosantes de vida, con sus hojas esmeralda temblorosas mientras pequeños pájaros saltaban entre las ramas. En un momento dado, una liebre parda cruzó la carretera, lo que hizo que Evelyn frenara y maldijera al saltar al arcén opuesto y desaparecer. Rayas rojas y ámbar se extendían por el horizonte mientras el sol se ocultaba en el cielo cada vez más oscuro.

—No estoy segura de esto —dijo Evelyn, por tercera vez. —¿Me prometes que no te está obligando?

—Lo prometo. Ni siquiera sabe que estamos de camino. Se fue justo cuando llegaste a mi casa esta mañana. Quiero hacer esto por él, Evelyn. No se merece estar atrapado en su forma de tigre, después de toda la ayuda que me ha dado. Tomo anticonceptivos, aunque no sé si son necesarios, y confío en que no me hará daño. Tú también confías en él; sé que lo haces.

Evelyn gruñó. —Supongo. No lo conozco tan bien. Es más amigo de Jax que mío, un hecho que sospecho que ha sorprendido a ambos.

—¿Qué pasó entre ellos? Severin dijo algo sobre una deuda.

—Larga historia. Severin fue contratado para cazar a Jax, pero todo salió mal y el honor de Sev fue, ¿cuál es la palabra? Mancillado o algo así. Se quedó, tratando de encontrar una manera de devolvernos el favor. Alejar a Ben de ti es pago suficiente, en mi libro. Espero que acepte y se largue después de esta noche —Evelyn la miró. —¿Suponiendo que eso es lo que quieres?

—Por supuesto —dijo Freya rápidamente. —Después de todo, ha dejado claro que no está interesado en ningún tipo de relación conmigo, sea cual sea la opinión del destino sobre nuestra compatibilidad.

Intentó ignorar la extraña y desoladora punzada en su pecho. Él no quería una compañera. *Ella* tampoco. Por el amor de Dios, su matrimonio había sido un desastre absoluto. ¿Por qué iba a ser diferente un vínculo místico con un tipo al que conocía desde hacía menos de una semana?

Evelyn dirigió el coche hacia la derecha, hacia un carril aún más estrecho con mechones de hierba creciendo entre fragmentos rotos de asfalto. —Todavía no puedo creer que esté llevando a mi inocente hermanita al campo para tener sexo

sin ataduras con un monstruo. Siento que debería encerrarte en una torre o algo así.

—Eso sería la sartén por el mango, ¿no crees?

—Lo que sea, Rapunzel. Sólo ten cuidado, por favor. Severin no es como Jax. Es un mercenario, por el amor de Dios.

—Un mercenario que ha saltado a salvarme varias veces, me ha proporcionado pruebas que harán que Ben me deje en paz y ha actuado con más caballerosidad y compasión de lo que nunca lo hizo ese gilipolla —pilló a Evelyn mirándola de reojo. —¿Qué?

—Suenas como la antigua tú. La persona que eras antes de conocer a Ben. Es bueno tenerte de vuelta.

Freya le dedicó una sonrisa. —Es bueno estar de vuelta. Ah ahora, esto se ve bien. Para aquí, por favor.

—¿Aquí? —Evelyn se detuvo en un estrecho lugar de paso cubierto de barro y charcos. —Su casa está a un kilómetro y medio. ¿Está segura?

A la izquierda del lugar de paso había una verja de cinco barrotes, cerrada y asegurada con una cadena oxidada y un candado. Más allá se extendía un pequeño prado cubierto de hierba y amapolas amarillas y rojas. Mariposas y abejas volaban entre las flores y varios conejos jóvenes correteaban entre la hierba. Una zanja cubierta de maleza bordeaba el campo por un lado y conducía a un oscuro bosque que se extendía a lo lejos. Un buitre planeaba sobre la frondosa copa, acosado por un par de grajos. El bosque parecía sacado de un cuento de hadas a la luz del atardecer. A Freya no le habría sorprendido ver a Caperucita Roja desapareciendo entre los árboles, o a una bruja haciéndole señas para que se acercara a una casita de jengibre.

—Esto es perfecto —dijo, tratando de sonar segura.

Su hermana suspiró profundamente. —¿Puedo expresar mis dudas una vez más?

—No. Voy a hacer esto con o sin tu aprobación —desabrochándose el cinturón de seguridad, Freya se inclinó para darle un abrazo a su hermana con el ceño fruncido. —Pero te quiero y te aprecio. Ahora ve a llevarle mi bolso a Severin y dile dónde me dejaste.

El ceño de su hermana se frunció y sonrió. —Es muy propio *de ti irte* a una noche improvisada de sexo desenfrenado con un monstruo, y a la vez hacer metódicamente la maleta llena para pasar la noche.

—No es una bolsa de viaje completa, sólo metí una muda de ropa. Si lo de anoche sirvió de algo, puede que ésta no se pueda usar después.

Evelyn soltó una risita sucia. —Como tu hermana mayor, estoy perturbada por lo que estoy escuchando, pero como compañera monstruosa, te saludo.

Freya sonrió mientras abría la puerta del pasajero. —Saludo reconocido y devuelto. Ahora en marcha.

Cuando el ruido del coche se desvaneció, el primer reto de Freya fue cruzar la verja. Se había puesto una falda hasta las rodillas y una blusa elegante después de su turno de trabajo, para parecer lo más profesional posible en la comisaría. Ese atuendo no estaba hecho para escalar la verja, de lo que se dio cuenta enseguida cuando intentó pasar las piernas por encima. Al menos llevaba las zapatillas de correr que había dejado en el coche de Evelyn aquella mañana.

Cuando por fin se subió y bajó de un salto, resbaló en un charco de barro. Le dolía el tobillo y se mordió el labio para no maldecir. El esguince se había curado mucho antes de lo que esperaba, probablemente gracias al analgésico de Severin, pero se había puesto una venda de compresión, por si acaso. Lo último que necesitaba era agravar su lesión.

Después de dar unos pasos cautelosos, suspiró aliviada al ver que no le dolía. Estaba lista.

Siguiendo el camino de la zanja hacia el bosque, respiró hondo varias veces. Olía cálido y terroso, con toques de musgo. La vista no era tan atractiva como el olor, mientras se arrastraba entre los nudosos árboles. La puesta de sol se esforzaba por penetrar en la espesa copa de los árboles, creando una inquietante penumbra que le hacía pensar en seres míticos y magia ancestral. La temperatura bajó y tembló, deseando no tener las piernas desnudas bajo la falda. Las ramas crujían sobre su cabeza y las hojas susurraban y crujían. El canto de los pájaros era sordo, como si la fauna silenciara y observara, preguntándose qué estaba haciendo ella.

No podía ver más allá de unos metros delante de ella, los troncos nudosos y las ramas retorcidas se fundían en sombras distorsionadas. La hojarasca crujía bajo sus zapatos y enormes montones de zarzas aparecían de la nada, obligándola a

cambiar de dirección a medida que se adentraba en el bosque. Atenta a su tobillo, vigilaba de cerca las raíces de los árboles y otros peligros. Al hacerlo, perdió la noción de por dónde había venido.

Finalmente, se detuvo en un pequeño claro salpicado de campanillas y narcisos. En el centro había un árbol caído, cubierto de musgo y hongos deformes. Cansada, se apoyó en él y miró al cielo. Más allá de los contornos de las ramas, unas tenues vetas de ámbar brillaban sobre el lienzo de zafiro oscuro. Pronto oscurecería por completo.

Se abrazó a sí misma, tratando de ignorar la sensación de agitación en la boca del estómago. ¿Y si Severin había cambiado de idea y se había marchado? Freya no había pensado en llevar su teléfono consigo, y ahora estaba lo bastante adentrada en el bosque como para que, aunque Evelyn volviera a buscarla, no la encontrara fácilmente.

Una ramita se quebró cerca. Freya cruzó la mirada con un corzo castaño que parecía tan sorprendido como ella al salir de la maleza. Tras unos tensos instantes mirándose con los ojos muy abiertos, el corzo se alejó corriendo, con su cola blanca centelleando en la oscuridad. Tuvo que contenerse para no correr tras él, pues se sentía desesperadamente sola.

¿En qué había estado pensando? Él no iba a venir. Estaba sola, casi a oscuras, con una falda ridícula y una blusa fina que no la protegía de los elementos. ¿Y si había otra tormenta? ¿Y si...?

Otra rama se quebró, esta vez más fuerte, y ella se quedó inmóvil.

—Vaya, vaya, vaya —la voz profunda y gruñona venía de su alrededor. —¿Qué tenemos aquí? Una linda princesita, perdida en el bosque.

Freya temblaba, el alivio y la aprensión luchaban por dominar su interior.

—¿Tienes miedo, princesita?

Mirando alrededor salvajemente, Freya buscó en las sombras turbias. —N...no.

Su risa hambrienta rebotó en los árboles. —Mentirosa.

Severin apareció ante ella. La creciente oscuridad alteró su percepción; parecía aún más alto y poderoso de lo que recordaba. Sus largos y curvados colmillos también parecían más afilados. Mortal. Peligroso. No era de este mundo.

Respiró entrecortadamente cuando su plan de ser tímida y coqueta se desvaneció. Este juego le había parecido una idea tan inteligente cuando se le ocurrió anoche, una forma perfecta de agradecerle todo lo que había hecho. Ahora, se sentía como un indefenso cervatillo tropezando directamente en la guarida del tigre.

—¿Es esto lo que quieres? —la pregunta era tranquila y suave, lo contrario del brillo anticipatorio de sus ojos.

Ella asintió bruscamente, desesperada por empezar antes de perder los nervios. —Sólo sexo, nada más. Para ayudarte.

Su hocico se curvó. —Tan desinteresada.

Ella se tensó involuntariamente, casi esperando que se abalanzara sobre ella. Él no se movió, la examinó con tal intensidad que todo su cuerpo se estremeció.

—Ven a mí —su orden fue un ronroneo meloso, la seda más suave cubriendo una trampa de acero.

Retrocedió medio paso, utilizando el árbol caído como barrera.

Reprendió. —Chica mala. Te castigaré por eso.

—Tendrás que atraparme primero —replicó sin aliento.

—Tan confiada. Puedes correr todo lo que quieras, princesa. Ambos sabemos que cuando te atrape, me suplicarás que te folle.

La punta de su cola tembló mientras se ponía a cuatro patas, preparándose para saltar.

Se le rompió el nervio.

Ella huyó, tropezando a través de la maleza, el sonido de su risa burlona resonando detrás de ella.

Capítulo 14

No podía perderle. No importaba lo rápido que corriera, él siempre estaba ahí, justo detrás de ella, sonriendo en la oscuridad. Lo intentó todo: correr a toda velocidad, esquivar de un lado a otro, retroceder, intentar esconderse entre la maleza. Nada funcionaba.

Le dolían los músculos, respiraba entrecortadamente, tenía la garganta reseca como un desierto y, aun así, él seguía jugando con ella, dejándola alejarse lo suficiente para que se sintiera esperanzada antes de arrancarle la esperanza. Era exasperante, intimidante y nada divertido. ¿Por qué había pensado que era una buena idea?

Le ardían los pulmones al doblar una esquina, agacharse bajo una rama baja e intentar averiguar dónde se encontraba. Si conseguía volver a la puerta donde Evelyn la había dejado, seguramente se habría acabado el juego. No se atrevería a cazarla en la carretera, donde cualquiera podría pasar.

O tal vez sí, si el brillo depredador que había visto en sus ojos servía de indicio.

Se le escapó un sollozo desesperado mientras trepaba por un tocón podrido y echaba a correr de nuevo. Estaba segura de haber visto ese tocón antes. ¿Corría en círculos?

De repente, apareció de entre las sombras frente a ella. Se detuvo de golpe, conteniendo un grito y manteniendo el equilibrio por pura suerte. Él ni siquiera estaba sin aliento, de pie sobre sus patas traseras y sobresaliendo por encima de ella.

—Pobre bebé —ronroneó. —Pobre princesa agotada. ¿Ya estás cansada de correr?

Su mente le gritaba que cambiara de dirección y siguiera avanzando, pero su cuerpo tembloroso se negaba a obedecer. Jadeando, luchó contra el impulso de doblarse, decidida a no confirmarle su agotamiento. Dejó caer la mirada, y las hojas caídas y la vegetación se difuminaron ante su vista mientras intentaba recuperar el aliento.

—Mírame.

Sus palabras se enroscaron en torno a ella como una serpiente. Freya sacudió la cabeza.

—*Mírame*.

Se estremeció, lo miró a los ojos y reprimió un grito ahogado. Sus orbes amarillo verdosos brillaban como faros en la oscuridad, arrastrándola a sus profundidades, hipnotizándola con su intensidad. No podía moverse, no podía hablar, atrapada en su mirada como si la hubiera atado con una cuerda.

—Estás tan cansada —canturreó. —Ya no quieres correr.

Una ensoñadora sensación de inevitabilidad la invadió en ondas tranquilizadoras. *Estaba* cansada. Ya no quería correr.

—Ya puedes parar, mi juguetito —su magnética voz retumbó en su cabeza. —Para, descansa. Cuidaré muy bien de ti.

Descansar, sí. Eso era lo que necesitaba. Él cuidaría de ella. Podía hacer lo que quisiera con su juguete.

Ella se balanceó en su sitio mientras se acercaba a ella, perdida en su mirada hipnótica.

Casi con pereza, la agarró por el brazo y tiró de ella hacia él. Ella no se resistió y giró para quedar de espaldas a él. Su cuerpo reaccionó a su proximidad, el calor fundido se hinchó en su interior como un volcán a punto de estallar. Le olió el cuello, su aliento le calentó la piel teñida de sudor.

—¿Vuelves conmigo? —murmuró contra su piel.

Sus párpados se agitaron cuando recobró el sentido y asintió débilmente, sorprendida por lo rápido que había caído bajo su hechizo. Su lengua acarició el latido de su garganta y ella no pudo evitar un suave gemido.

—Qué buen juguetito —murmuró contra su piel. —¿Estás lista para rogar?

Le acarició los duros pezones y Freya arqueó la espalda, ofreciéndose a él.

—Tan receptiva —susurró. —Tan ansiosa. Lo deseas con todas tus fuerzas, ¿verdad? Quieres ser apareada y usada. Sólo di por favor.

Ella consiguió sacudir la cabeza. Él le respondió con una mueca y le recorrió el cuerpo con las zarpas: los pechos, el vientre, la parte inferior, hasta que se metió bajo el dobladillo de la falda. Ella emitió un gemido y sus caderas se flexionaron cuando le tocó el coño con una enorme pata. La ropa interior amortiguaba la sensación, pero la intención de sus movimientos lo decía todo, incluso antes de sus siguientes palabras.

—Esto es mío, Freya. Voy a destrozar este bonito coño esta noche.

Estaba tan absorta en su voz rítmica que tardó un momento en darse cuenta de lo que hacía con la *otra* pata. Estaba doblando el torso para acariciarle la pierna izquierda, pasando por la rodilla, la espinilla y el tobillo. Cuando su pata se curvó alrededor del vendaje de compresión y apretó suavemente, se dio cuenta de que se había quedado boquiabierta.

Estaba comprobando su herida.

Incluso ahora, incluso en esta extraña situación en la que le había dado rienda suelta para ser tan monstruoso como quisiera, *seguía cuidando* de ella.

El calor le apretó el pecho y soltó una carcajada lacrimógena. Esto le hizo hacer una pausa, como si le hubiera sorprendido.

—Ruega, Freya —ordenó. —Ruégame que te folle.

—No —se enfureció. —Aún no hemos terminado.

Le dio un codazo en el estómago con todas sus fuerzas. Oír el aliento salir de sus pulmones en un gruñido de sorpresa fue extremadamente gratificante. Cuando su agarre se aflojó, se soltó de sus brazos y emprendió de nuevo el vuelo.

Su rugido espeluznante la hizo tropezar. De algún modo, siguió adelante. Si él quería que fuera su presa, sería la mejor presa que jamás hubiera cazado. No se merecía menos.

El pánico volvió a lamerle los nervios, pero esta vez no dejó que la abrumara. Le oía cerca, el suelo vibraba cuando reanudaba la persecución. Aumentó la velocidad y se lanzó sobre el terreno con renovadas fuerzas en los músculos. Había metido la pata y la había hecho detenerse. El respiro, aunque breve, le había permitido recuperar el aliento y los sentidos. No podía correr más que él, pero estaba segura de que podía ser más lista que él.

Se metió entre un grupo de árboles maduros que crecían tan juntos que casi se fundían en uno solo. Tuvo que esquivarlos; él no tenía ninguna posibilidad. Se escabulló por el otro lado y siguió corriendo, oyéndole maldecir mientras buscaba una ruta para rodearlos. Conteniendo su risa triunfante, siguió corriendo, buscando en la oscuridad otras zonas densamente pobladas que pudiera utilizar en su provecho.

Al cabo de unos instantes, hizo una finta hacia la izquierda y luego viró a la derecha, deslizándose por debajo de un árbol caído que se apoyaba en otro que seguía en pie. Estaba lo suficientemente cerca del suelo como para que no pudiera seguirla. Mientras corría, el sonido de su persecución se desvaneció por primera vez. Se escondió detrás de una mata de zarzas y se detuvo para recuperar el aliento, cerrando los ojos contra una oleada de vértigo. Por primera vez, empezó a dolerle el tobillo. No podría seguir mucho más.

Manteniéndose agachada, se arrastró hasta un gran roble torcido y se arrimó a sus raíces expuestas. El suelo olía fresco y terroso, cubierto de una alfombra de musgo y hojas caídas. El corazón le latía con tanta fuerza que le escocía el pecho y volvió a ver borroso. Intentando estabilizar la respiración, permaneció lo más quieta que pudo y aguzó el oído.

Nada.

Sólo el viento agitaba las hojas sobre su cabeza. Un búho ulula cerca y otro le respondió unos segundos después. Un ciervo muntjac ladró a lo lejos antes de callarse. ¿Lo había conseguido? ¿Lo había perdido? Era... extrañamente decepcionante.

El chasquido de una rama fue su único aviso antes de que la agarraran por detrás. El tigre la levantó suavemente por encima de la raíz y la respiración se le escapó de los pulmones, silenciando su grito.

—Se acabó el juego —dijo, sonando algo sin aliento.

Incluso mientras luchaba en sus brazos, no pudo evitar su sonrisa de suficiencia. —Oh cielos. ¿Está el gran depredador temible un poco sin aliento?

Su risita resonó en sus huesos. —Eres más rápida de lo que esperaba. Debería haberlo recordado de la otra noche —le agarró la nuca. —Pero no lo bastante.

Se le escapó un gemido y trató de forcejear.

Apretó el agarre. —Calla, pequeña. Se acabó. Te atrapé limpiamente, y ahora te quiero de rodillas, donde perteneces.

La obligó a adentrarse en la maleza, siguiéndola hasta agacharse detrás de ella, con el pecho pegado a su espalda. Siguió empujándola hasta que se apoyó en los antebrazos, con el culo al aire. Con la otra pata, le subió la falda hasta que le rodeó la cintura. El aire frío le rozó el trasero y estuvo a punto de protestar, pero entonces una lengua cálida y áspera le lamió una de las mejillas y Freya se olvidó de pensar.

—Qué culo tan bonito tienes —sus palabras fueron salpicadas con más lametones y besos, mientras recorría ambas mejillas, hacia el centro. —No necesitas esto, sin embargo.

Un sonido de desgarro le hizo abrir los ojos de par en par, cuando un trozo de tela blanca pasó volando junto a su cabeza para aterrizar en la rama de un árbol cercano. Le había arrancado las bragas, con los dientes o con las garras, no estaba segura, pero ya no estaban, era el segundo par que destruía en menos de veinticuatro horas.

Su lengua volvió, esta vez en un profundo y decidido lametón en su coño. Hundiéndose aún más sobre los codos, gimió, dando la bienvenida a su boca caliente e inteligente y arqueando el trasero para darle todo el acceso que necesitaba.

Sus colmillos rozaron la piel sensible del interior de sus muslos mientras le lamía los pliegues y luego le acariciaba el clítoris palpitante. Chispas de placer corrieron por sus venas y gritó, empujando contra su boca y apretando puñados de musgo y bellotas en los puños.

—Eres deliciosa —le lamió la raja, con su voz grave vibrando por todo su cuerpo. —El coño más dulce y delicioso que he probado nunca. Podría pasarme toda la noche haciendo esto, si no estuvieras suplicando en silencio algo más que mi lengua.

Le agarró las caderas, algo duro y rígido presionando su coño. Su gemido de doloroso deseo ni siquiera sonó humano cuando él frotó la cabeza de su polla sobre su entrada, burlón y lento.

—Por favor, hazlo —las palabras brotaron de ella en un desesperado torrente de necesidad. —Por favor, Severin, por favor, ahora.

Podría haber llorado de alivio cuando la penetró. Lo hizo poco a poco, entrando y retrocediendo, controlando el ritmo con movimientos cuidadosos. La sensación era increíble, pero la parte punzante estaba a punto de llegar y, a pesar del placer que le recorría las venas, se le retorció el estómago.

—Puedo saborear tu miedo —su voz era profunda y hambrienta. —Crees que te va a doler, ¿verdad? Lo hará, pero sólo por un momento.

Una sensación punzante la golpeó y chilló, tratando de zafarse.

—No, princesa. No más corridas. Vas a tomar toda mi polla ahora, como sé que puedes.

Ella sollozaba mientras él empujaba de nuevo sin descanso, el dolor disparándose como láseres candentes a través de su núcleo.

—Eso es, nena. Cógelo. Lo estás haciendo muy bien —agarró sus caderas aún más fuerte. —Te lo prometo, te sentirás tan jodidamente bien en un segundo.

Lágrimas calientes recorrieron su mejilla mientras se mordía el labio contra el impulso de gritarle por mentir, por presumir de lo bueno que sería esto cuando dolía tanto... oh. Espera un segundo. Espera un segundo.

Sus pestañas se agitaron cuando el dolor se desvaneció, sustituido por... la hostia. Las púas estaban dentro de ella y *le hormigueaba* todo lo que tocaban. Se hinchaban, crecían, pero los ganchos aún no se habían clavado. Él seguía moviéndose, empujando hacia delante y hacia atrás, susurrándole cosas perversas al oído. Sus sentidos se desbordaron, el calor y el placer brotaron de su centro y un gemido tembloroso escapó de su garganta.

—Te lo dije —murmuró. —Te dije que me sentiría bien.

Se hundió sobre sus codos. —Joder, Sev, joder, oh mis dioses, joder...

Se rio por encima de ella. —Qué boca más sucia tienes, de repente. ¿Quieres más?

—Sí, más, por favor, sí.

Aumentó el ritmo, sujetándola con fuerza por las caderas para evitar que resbalara por el suelo del bosque. Las púas hinchadas masajeaban su interior sin piedad, y cuanto más fuerte frotaban, más placer decadente creaban. Un pensamiento aturdido se filtró en su mente, algo sobre qué tipo de producto químico podría causar semejante reacción, pero desapareció rápidamente,

dejando tras de sí sólo una necesidad feroz y carnal. Estaba goteando, chorreando, empapando su pelaje donde sus cuerpos se encontraban. Alguien gemía y se dio cuenta de que era ella mientras se acercaba al clímax, el placer se intensificaba hasta llegar a un crescendo...

—Joder. Esos dulces ruiditos me dan ganas de comerte, princesa.

Agarrándola por el pelo, tiró de ella y le rodeó el pecho con sus musculosos brazos. El ángulo más agudo hizo que las púas se hincharan aún más, y el jadeo de ella se convirtió en un grito delirante cuando por fin encajaron en su sitio. Estaba enterrado hasta la empuñadura dentro de ella, reclamándola de la forma más primitiva, con sus garras clavándose en su tierna piel.

—Sí, voy a comerte —raspó en su oído. —Follarte hasta dejarte en carne viva. Aparearte hasta que la única palabra en tus labios sea mi nombre, y lo grites una y otra vez...

Ella se corrió al ritmo de sus palabras, retorciéndose en el sitio mientras el éxtasis se apoderaba de su cuerpo. Él también estaba llegando al clímax; ella notaba cómo sus caderas se sacudían tanto como podían con la polla enganchada a ella. Él gimió en su oído, bajo y entrecortado. El calor brotó de su interior, llenándola, tal como había dicho que haría, y la sensación fue increíble.

Sus movimientos se ralentizaron y ella se hundió en sus brazos como un muñeco de trapo. La obligó a volver a su posición.

—Otra vez —le gruñó al oído.

Con la mandíbula floja, negó con la cabeza. —No puedo.

—¿Dije que podías elegir?

Bajó la mano y le frotó el clítoris, moviendo las caderas al mismo tiempo, y otro hormigueo de calor y placer brotó de las púas. Ella volvió a correrse, gritando su nombre cuando terminó de penetrarla por segunda vez. El semen caliente se deslizó por el interior de sus muslos y él lo cogió con una pata, frotándosela posesivamente por la espalda.

Sí, *debería* hacerlo. *Debería* cubrirla con él, hacerla suya de todas las formas imaginables. Ella gimió de satisfacción, justo cuando su voz oscura y voraz regresó.

—*Otra vez*.

—Oh dioses, por favor —sollozó.

—Nena, esta noche te estás follando a un monstruo. Lo único que conseguirás rezando es entregarme tu alma junto con tu dulce coñito.

Su voz perversa la atravesó como lava caliente mientras se estremecía por tercera vez, cada átomo de su cuerpo estallando de felicidad. Le masajeó la espalda y el culo con más semen, mientras sus caderas seguían sacudiéndose, llenándola, y más semen le resbalaba por los muslos.

—Tómalo, Freya. Quiero que te cubras con él.

Le estrujó las tetas, cubriéndolas de semen, antes de acercarle las garras a la boca. Le acarició el labio inferior en una demanda silenciosa. Abriendo la boca como un pajarillo ansioso, lamió los restos salados de las duras almohadillas de la parte inferior de sus patas.

—Buen juguetito —canturreó. —Tómalo todo, princesa. Trágatelo como una buena chica.

Sí, las chicas buenas tragaban. Las chicas buenas tomaban lo que se les daba. Aturdida y ansiosa, apenas comprendía lo que estaba haciendo, sólo que se sentía tan bien complaciéndolo, tan bien haciendo todo lo que él le pedía. Su monstruo mercenario. Su compañero.

Finalmente, se detuvieron. Cuando él soltó el agarre de su cuerpo, ella se desplomó sobre la suave alfombra de musgo con un estremecedor suspiro. Las palabras eran imposibles. Sus músculos temblaban y los restos del placer zumbaban por sus venas. Él seguía dentro de ella, enganchado, pero no sentía dolor, sólo una deliciosa sensación de plenitud. Su faceta de enfermera práctica dedujo que la sustancia química que fabricaban los ganchos debía de incluir un potente anestésico. Fuera lo que fuese, sólo quería disfrutarlo. Con un murmullo de agradecimiento, apoyó la cabeza en los antebrazos para protegerse la cara de la suciedad y cerró los ojos.

Su risa era sucia y cómplice. La levantó de un tirón y volvió a rodearle el cuerpo con los brazos. Le rozó el cuello con los colmillos y se inclinó para susurrarle al oído.

—Es lindo que pienses que hemos terminado.

Capítulo 15

Cinco orgasmos. Cinco orgasmos alucinantes. Posiblemente seis o tal vez siete; había perdido la cuenta al final. Severin había sido implacable, despiadado, conquistando su cuerpo, su mente y su alma, tal como había dicho que haría. Ella se corrió a sus órdenes una y otra vez, subiendo en espiral hacia el cielo con su voz carnal como único lazo que la ataba a la tierra. Al final, cuando las púas soltaron su agarre sobre ella, parecía un charco de mucosidad en el suelo del bosque.

Apenas recordaba el viaje hasta su casa, acurrucada entre sus brazos peludos, con el cuerpo dolorido en el mejor de los sentidos y sólo el más mínimo atisbo de incomodidad entre los muslos.

La había llevado directamente a su cuarto de baño y la había metido en la ducha, permitiéndole sentarse en el suelo del cubículo cuando se hizo evidente que no podía valerse por sí misma. Ahora estaba arrodillado a su lado, sujetando la alcachofa de la ducha y lavándola de pies a cabeza, sin importarle que su pelaje, por no hablar del suelo del baño, se estuviera empapando en el proceso.

—Ay —ella hizo un puchero mientras le rozaba un rasguño abierto en el brazo donde se había enganchado con una zarza.

—Lo siento —enjuagó las burbujas. —Te daré algo de medicina en un minuto, para acelerar tu curación.

Murmuró en señal de asentimiento, cerrando los ojos. —Tu medicina es muy buena. Ojalá supiera lo que contiene. Y esas púas tuyas también. Debería dolerme mucho más de lo que me duele; deben contener toneladas de anestésico. Tal vez algo de antiséptico, también. Un diseño súper inteligente. La biología de los monstruos es asombrosa, ¿no? Deberían dar cursos sobre ello. Yo me apuntaría, seguro. ¿Estoy balbuceando?

Ella sintió, más que vio, su sonrisa. —Un poco.

—Uy —consiguió abrir los ojos. —Uh-oh. Mira toda el agua en el suelo. Debemos haber casi terminado... oh espera, te perdiste un poco.

Se frotó algunas líneas de suciedad en el pecho, pero no se desprendieron. Frunció el ceño y se frotó con más fuerza. ¿Acaso brillaban?

Un repentino temblor la sacudió y se dio cuenta de que él ya no la lavaba y que el aire frío recorría su piel. Estaba demasiado ocupado mirándole el pecho, con la alcachofa de la ducha olvidada en la pata.

—¿Qué pasa? —ella se levantó y apagó el aparato mientras él soltaba la alcachofa de la ducha y se alejaba. —¿Qué pasa? ¿Qué son estas cosas?

Se colocó una mullida toalla blanca bajo los brazos y la bajó lo suficiente para estudiar su pecho. Las intrincadas marcas de color gris pizarra comenzaban justo encima de los pechos, se curvaban entre ellos y se detenían sobre el corazón. Volvieron a brillar, volviéndose translúcidas antes de volver a ser grises, como un tenue tatuaje místico. Volvió a tocarlas, maravillada.

—¿Qué son? —repitió.

Apoyado contra la puerta del baño, Severin dejó escapar un estremecedor suspiro. —Esta es la segunda parte de la unión, que finalizará nuestro vínculo. Ese es el sello de mi familia en tu pecho. Si fueras de mi gente, tendría tu marca familiar en la mía.

—Bueno, tienes *algo* encima —señaló un destello de plata a través de su pelaje.

Se tocó el pecho, con la mandíbula desencajada. El aire del cuarto de baño se espesó, el vapor de la ducha se arremolinó en los pulmones de Freya. La silueta del tigre desapareció, sustituida por un humano familiar vestido con la misma ropa que había llevado la noche en que se conocieron, unos vaqueros azules y una camiseta blanca. Se puso esta última por encima de la cabeza con un movimiento suave.

A Freya se le secó la boca al ver su torso bronceado y musculoso. Él no se dio cuenta, demasiado ocupado tocando las ornamentadas marcas que se arremolinaban sobre sus pectorales con una forma que le resultaba familiar.

Sus ojos se abrieron de par en par al reconocer la letra F y un calor profundo y reconfortante la recorrió. Era una sensación rarísima. Sabía que debería estar enfadada con él por no haberle dicho antes lo de las marcas. En cambio, se sintió cálida, segura y contenta, como si estuvieran acurrucados en la cama, con los miembros entrelazados, envueltos en un montón de mantas.

Maldijo en voz alta, apretando los puños. Su acogedora sensación se apagó como una vela apagada y ella dio un paso atrás.

—Lo siento —dijo en voz baja. —Todo esto es culpa mía.

—No estoy enfadado contigo, princesa —su tono era llano. —Sabía que las marcas aparecerían. Las esperaba, al menos en ti. Sólo que no imaginé... pensé que era mentira. Propaganda, para hacer que nuestra gente obedezca el ridículo control del destino sobre nosotros.

—¿Pensaste *que* era mentira?

—Cómo te hacen sentir las marcas. Dicen que cuando tu sigilo aparece en tu alma gemela después del apareamiento, es cuando sabes que es lo correcto. Sabes que estás exactamente donde debes estar —él le miraba el pecho, y la posesividad ardiente de sus ojos la hizo estremecerse. —Nunca lo creí. Nunca quise creerlo, pero *me encanta haberte* marcado, Freya. Cada fibra de mi alma me grita que termine la unión.

Tragó saliva. —¿Cómo haríamos eso?

—Acepto tu marca trazando sus líneas, tú haces lo mismo con la mía. Se fusionan para crear un nuevo símbolo, que significa la creación de un nuevo vínculo predestinado. No tengo intención de llevarlo a cabo, pero joder, quiero hacerlo. Quiero hacerte mía. Quiero poder sentirte siempre, saber dónde estás.

El miedo, descarnado y frío, recorrió sus venas al darse cuenta de que ella sentía lo mismo. La traicionera sensación de hogar cuando miró la F de su pecho, la susurrante voz interior que le decía que aceptara su marca, hizo que le temblara el pulso de miedo. Acababa de escapar del matrimonio con un monstruo, aunque con rostro humano. ¿Realmente quería atarse a otro más de lo que ya estaba?

El nudo en su estómago dobló su tamaño. —No puedo hacer esto, Severin.

Cerró los ojos. —Lo sé. Sea lo que sea lo que crea el destino, esto no está bien. No para ninguno de los dos.

Se abrazó a sí misma. —Mejor me voy a casa.

—Eso sería lo mejor. Vístete. Te llevaré.

El viaje en coche fue insoportable. Ninguno de los dos dijo una palabra y él no puso música, así que se quedaron sentados en silencio. Acurrucada en sus leggings naranjas y una sudadera negra, mantuvo la mirada fija en la ventanilla, observando

cómo las sombras espectrales del campo eran sustituidas por las farolas y el paisaje urbano. Era poco más de medianoche y las farolas de su carretera ya estaban apagadas cuando llegaron, los faros de los coches eran lo único que mantenía la oscuridad.

Rebuscando en su bolso con mano temblorosa, encontró las llaves justo cuando él se detuvo frente a su edificio.

—Llamaré a Evelyn cuando vuelva —habló desapasionadamente, mirando al frente. —Ella puede enviar a Jax para vigilar esta noche. Por si acaso tu ex viene a husmear.

Ella asintió, el nudo en la garganta le impedía responder.

—Las marcas se irán —su voz permaneció plana. —Con el tiempo, cuando me vaya. No desaparecerán por completo, pero se desvanecerán.

—Genial —consiguió graznar mientras abría la puerta del coche. —Estupendo. Bueno, adiós. Hasta la vista. Gracias de nuevo por toda tu ayuda. Siento todo esto.

Él no respondió, un músculo le crispó la mandíbula mientras mantenía las manos apretadas sobre el volante. El estómago se le revolvió cuando salió del coche. Corrió por el camino y se estremeció cuando la luz de seguridad se encendió, cegándola. Como de costumbre, la puerta principal del edificio estaba abierta y se apresuró a entrar, dirigiéndose a su piso. Oyó el motor del coche al ralentí mientras abría la puerta. No fue hasta que cruzó el umbral cuando el coche se alejó rugiendo, con los neumáticos chirriando sobre el asfalto.

Apoyada en la puerta, cerró los ojos. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y se las frotó. No había necesidad de llorar. Ese había sido el plan desde el principio. Una noche increíble de sexo y luego cada uno por su lado. Dos barcos que se cruzan en la noche, nada más.

Caminando por el salón, con la intención de llevar el bolso a su dormitorio y prepararse una taza de té, encendió la luz de la cocina.

El aire salió de sus pulmones en un grito silencioso cuando Ben salió de su dormitorio, apuntándola con una pistola.

—Bienvenida a casa, querida.

Capítulo 16

Freya miraba la pistola con las palmas de las manos húmedas de sudor. Una brisa fresca sopló a su alrededor y echó un vistazo a la ventana de la cocina, encima del fregadero, que estaba cubierta de fragmentos de cristal centelleantes, revelando el método de entrada de Ben. Llevaba su habitual traje elegante, una imagen de refinada elegancia excepto por el ojo morado y el arma en la mano.

—¿Dónde está? ¿Dónde está ese monstruo tuyo? Veamos cuán confiado está ahora que he igualado las probabilidades.

—No está aquí —susurró, forzando las palabras. —Ben, ¿de dónde sacaste un arma?

Sonrió con el ojo derecho hinchado. —Defiende a suficientes criminales y podrás conseguir lo que quieras. Nunca pensé que lo necesitaría, pero eso fue antes de que mi mujer empezara a tirarse a un monstruo de la naturaleza y contara a la policía un montón de mentiras sobre mí. ¿Rastreando mi coche, Freya? ¿En serio?

Conocía los detalles. Alguien en la comisaría se los había pasado, por supuesto. Amigos en lugares altos y bajos. Había estado tan distraída con Severin, que lo había olvidado.

Severin. Se le hizo un nudo en la garganta al recordarlo alejándose.

Vuelve*, suplicó en silencio.* Por favor, vuelve y sálvame, sólo una vez más.

—Está bien, mi amor —la voz de Ben se suavizó. —No llores. He movido algunos hilos y he anulado tu queja. Ha sido borrada, como si nunca la hubieras hecho. Sé que nada de esto es obra tuya. Te ha lavado el cerebro, te ha puesto en mi contra...

¿De qué hablaba? Su matrimonio había terminado mucho antes de que Severin apareciera en escena. Ella no se atrevió a decir una palabra mientras él continuaba.

—...Estoy aquí ahora, para salvarnos a ambos. Iremos a algún lugar donde podamos estar juntos, donde ese monstruo nunca nos encuentre. Vamos.

Reconoció lo que tenía en la otra mano. Su pasaporte. Había rebuscado entre sus cosas y encontrado su pasaporte.

Sacudió la cabeza, dando un paso atrás.

Su expresión amable se desvaneció y fue sustituida por una mirada gélida. —Te salvaré, querida, de una forma u otra. No te dejaré viva para que te corrompa, más de lo que ya lo ha hecho —apuntó. —Haz tu elección.

—Tengo que hacer la maleta —su balbuceo desesperado sonó en sus oídos. —Por favor, Ben, ¿a dónde vamos? No puedo irme al extranjero sin nada. Por favor, déjame empacar algunas cosas.

El silencio se prolongó, ensordecedor en su intensidad, luego bajó el brazo. —Rápido.

La siguió mientras entraba a trompicones en su dormitorio, con el cerebro trabajando a toda máquina. Si Severin había hecho la llamada a Evelyn, Jax podría estar ya de camino. ¿A qué velocidad podía volar un monstruo águila sobre una ciudad? Tenía que esperar el mayor tiempo posible.

Mientras arrojaba el bolso sobre la cama y rebuscaba en su armario con manos temblorosas, Ben hizo un ruido de disgusto.

—Este lugar es una mierda, Freya. Pintura rosa y muebles baratos, por el amor de Dios. Nunca tuviste buen gusto.

Sus hombros se encogieron involuntariamente. Ni siquiera se le pasó por la cabeza responder, no con una pistola apuntándole. También se sintió aliviada de que no hubiera visto la falda y la blusa estropeadas en un rincón de su bolso. Empezó a ordenar las perchas, doblando la ropa antes de guardarla. Parada, parada, parada. Era todo lo que podía hacer.

Pasaron unos minutos antes de que sus suspiros irritados se convirtieran en palabrotas, y al momento siguiente la apartó de un empujón, metiendo él mismo la ropa en la bolsa.

—Hecho —espetó, tirando de la pistola para que ella cerrara la bolsa. —Vámonos.

La empujó fuera del dormitorio, haciéndola tropezar. El tobillo le tembló por primera vez en horas y se mordió el labio para no soltar un grito de dolor. Cojeó hasta la puerta de la cocina, la abrió y salió al oscuro jardín.

Mientras avanzaban sigilosamente por el sendero, las ventanas de los otros pisos del edificio no emitían luces ni ruidos. La pistola que llevaba clavada en la espalda la obligó a guardar silencio cuando llegaron a la puerta del jardín trasero.

—Deprisa —siseó mientras ella se esforzaba por abrir el cerrojo.

Su mirada nerviosa se movía de un lado a otro mientras hablaba. Ella apretó los dientes. *Debería* estar asustado. Severin le mataría por esto.

Suponiendo que llegue a tiempo.

Ben la guió por el estrecho callejón que discurría tras los jardines traseros de su hilera de casas. El viento frío le helaba la piel, haciéndola temblar mientras caminaba tan despacio como podía. Buscó en el cielo. Nada, sólo vacío, espesas nubes que ocultaban la luna y las estrellas. El callejón desembocaba en un pequeño aparcamiento para residentes, bordeado por un muro de ladrillo cubierto de grafitis y hiedra. No pudo ver el lujoso Jaguar rojo de Ben, que la condujo hasta un sencillo utilitario negro situado en una esquina del aparcamiento, medio oculto por la hiedra.

—Entra —siseó.

Dudó, y entonces el cañón de la pistola le presionó las costillas.

—He dicho que subas.

Ella le obedeció, parpadeando. El coche estaba impecablemente limpio y olía a limones, con un toque de cuero. En el retrovisor colgaba un ambientador de cítricos con el logotipo de una empresa de alquiler de coches.

Esta pesadilla era real. Estaba siendo secuestrada; robada de la nueva vida que apenas había empezado. Tenía dinero suficiente para llevarla donde quisiera, donde nunca la encontrarían.

Se quedó quieta.

'Quiero poder sentirte siempre, saber dónde estás...'

Las palabras de Severin de antes se estrellaron en su mente, arrancándole un grito ahogado mientras se tocaba el pecho por encima de la ropa. La esperanza,

desesperada y frágil, surgió en su interior. Mientras Ben abría el maletero del coche para meter su bolso, ella se revolvió con la ropa, tirando de los cuellos de la sudadera y la camiseta que llevaba debajo hasta que el ornamentado dibujo de su pecho quedó a la vista. ¿Qué se suponía que tenía que decir? Él había dicho algo sobre aceptar las marcas. ¿Cómo?

—Acepto —le temblaba la voz mientras seguía las líneas con la punta de los dedos. —Te acepto a ti. Nos acepto. No sé lo que estoy haciendo, o si esto es suficiente, pero te quiero como mi pareja.

No ocurrió nada. Ni un destello de luz mágica, ni fuegos artificiales. Ningún tigre dientes de sable apareció ante ella en una nube de humo. Las marcas no eran diferentes de las de antes: sólo dibujos grises y extraños en su piel.

La puerta del conductor se abrió y se colocó el top en su sitio a toda prisa.

—Vamos a ver si tu monstruo rastrea esto —Ben cacareó mientras subía. —Ahora no hagas nada estúpido, cariño. Este es un nuevo comienzo para los dos.

Mantuvo la pistola en el regazo durante todo el trayecto. La ciudad era tranquila y oscura, con sólo algún peatón ocasional por las calles y vehículos que iban en dirección contraria. Ella intentó seguir la pista de su ubicación, pero él conducía de forma tan serpenteante que perdió la orientación. No se dio cuenta hasta que salieron de la zona urbanizada y tomaron un camino estrecho.

—¿El viejo puerto deportivo? —entrecerrando los ojos, divisó un maltrecho letrero blanco cubierto de excrementos de pájaros y semi oculto bajo las ramas de un sauce caído. Las duras letras negras rezaban: “Puerto deportivo de Westhorpe - Permanentemente cerrado - Prohibida la entrada”.

Al doblar una esquina y ver el resplandor del agua, se volvió hacia Ben confundida. —¿Por qué estamos aquí?

La zona de amarre y mantenimiento de embarcaciones fluviales cerró hace más de tres años, sustituida por otra más grande y moderna situada más lejos, a lo largo del río. Se había previsto construir una urbanización, pero no fue así y se había deteriorado. Los faros del coche revelaban cobertizos para botes abandonados y otros edificios decrépitos que permanecían vacíos junto a las hileras de canales artificiales y apartaderos que salían del río principal a unos diez metros de distancia. La maleza y la vegetación corrían salvajes por los senderos que discurrían entre los canales. Había dos barcos: una pequeña y colorida casa

flotante amarrada en el extremo superior del puerto deportivo y una embarcación mucho más grande situada cerca de donde había aparcado Ben.

A Freya se le encogió el corazón al ver el *Golden Life*, un elegante velero que brillaba bajo los faros del coche mientras se balanceaba en el agua.

—He zarpado esta tarde del nuevo puerto deportivo —la voz de Ben estaba llena de triunfo. —Desde aquí, podemos dirigirnos directamente a la costa. No es lo suficientemente potente como para cruzar el Mar del Norte, por supuesto, pero podemos seguir la costa hasta Harwich, y luego coger un ferry a Holanda. Desde allí, hacia donde queramos en Europa. Nunca nos encontrará. Vamos.

Una ráfaga de viento despeinó a Freya cuando salió del coche. No había rastro de Jax ni de Severin. Su plan desesperado no había funcionado; la unión estaba incompleta. Tendría que salir de esta por sí misma.

—Bueno, ¡hola de nuevo!

Una voz desconocida acompañó el chisporroteo de un foco brillante en la esquina del cobertizo para botes más cercano. Una mujer joven se apresuraba hacia ellos, con un pequeño perro de pelo de alambre trotando a sus talones.

Ben retrocedió hasta el lado del coche de Freya, ocultando la pistola entre los pliegues de su chaqueta. La agarró del brazo con tanta fuerza que le hizo estremecerse.

—Ni una palabra —le siseó al oído. —Déjame ocuparme de esto. Buenas noches, mi querida Teresa. ¡Te dije que volvería!

Su fea voz cambió al tono meloso que Freya recordaba demasiado bien. Cuando se inclinó hacia ella para besarle el cuello en una exagerada muestra de afecto, una punzada en el pecho le provocó una oleada de desesperación que la hizo luchar contra las lágrimas. ¿Cómo podía su cuerpo seguir reaccionando ante él, después de todo lo que había hecho?

Apretando los puños, estudió a la recién llegada, que sonreía como si fueran queridas amigas. Parecía tener unos veinte años, la piel pálida, los ojos azules brillantes, un físico bajo y curvilíneo y el pelo largo y castaño teñido con mechas moradas. Sus vaqueros eran rosa frambuesa, sus zapatillas, amarillo neón, y su camisa holgada estaba teñida con espirales multicolores. Incluso sus pendientes de aro eran de colores variados, y el bonito pendiente de su nariz era del mismo tono

de morado que su pelo. Si un arco iris pudiera tomar forma humana, sería esta mujer.

—No he dudado de ti ni un segundo —dijo alegremente la recién llegada, alzando al perro en brazos. —¡Hola, señora Smith! Su marido me ha hablado mucho de usted. Feliz aniversario.

Freya parpadeó. —¿Gracias, señorita...?

—Llámame Tess —la joven sonrió. —No tiene sentido pararse en la ceremonia cuando no hay nadie más alrededor. Ser la agente de seguridad no oficial de un puerto deportivo vacío significa que yo misma dicto las normas, y no me gustan las formalidades. Ah, y esta es Mocha. Es mi perro guardián, pero no haría daño ni a una mosca, así que es tan buena en su trabajo como yo.

Freya sonrió débilmente a la terrier marrón moteada, que movía su rabo rechoncho bajo el brazo de Tess. —Encantada de conocerlas a las dos.

—A ti también. No estaba segura de qué hacía tu marido cuando apareció hoy temprano, pero me dijo que quería sorprenderte con un viaje en barco por tu aniversario...

Mientras continuaba el entusiasta monólogo de la joven, otra punzada en el pecho de Freya la hizo estremecerse. Entonces su corazón volvió a palpitar y un zumbido llenó sus oídos, ahogando la voz de Tess.

Al darse cuenta, le flaquearon las rodillas. Estas sensaciones repentinas no tenían nada que ver con la falsa demostración de ternura de Ben. Podía *sentirle... a él*. Podía sentir la presencia de Severin como si estuviera a su lado. Había aceptado su marca, igual que ella había aceptado la suya, y estaba cerca. Muy cerca.

—Tess vive en ese adorable barco de allí —dijo Ben, con voz tan dulce como la miel envenenada mientras abrazaba la cintura de Freya. —Me dejó amarrar aquí mientras esperaba a que terminaras de trabajar. El puerto deportivo está cerrado a los visitantes, pero le prometí que no causaría problemas.

Su guiño conspirativo hizo que Freya tuviera ganas de vomitar. De alguna manera, mantuvo su débil sonrisa en su lugar. Severin se acercaba. Tenía que esperar otra vez. —Muy amable de tu parte, Tess. ¿Has trabajado aquí mucho tiempo?

—Alrededor de un año —responde Tess. —Mi madrastra es la propietaria. Necesitaba a alguien que lo vigilara mientras se ocupaba de todos los trámites burocráticos de la urbanización.

—Qué interesante —respondió Freya inocentemente. —Me encantaría escuchar los planes para la zona.

—Ahora no —espetó Ben, y luego suavizó el tono ante la leve expresión de sorpresa de Tess. —Quiero decir, tenemos que empezar nuestras celebraciones, ¿no? Cinco años maravillosos.

Tess suspiró soñadoramente. —Qué romántico. ¡Que pases una noche estupenda! ¿Dijo que terminaría la noche en el nuevo puerto deportivo, Sr. Smith?

—Correcto —respondió Ben. —Y alguien de la empresa de alquiler recogerá el coche por la mañana. Ven, cariño.

Tiró del codo de Freya mientras Tess salía rebotando, casi tropezando con Mocha cuando la dejó en el suelo.

—Sube al barco —dijo Ben en voz baja.

Apretando los dientes, Freya clavó los talones en el suelo y se negó a moverse.

Le apretó el codo. —Muévete, perra traidora.

Ahí estaba el marido que recordaba. *Estaba* el desprecio, el rencor, la amargura que rezumaba por sus poros. *Era* la razón por la que había perdido todo sentido de sí misma, acobardada hasta prácticamente desaparecer, una vela sin oxígeno, una llama casi extinguida.

Nunca más.

—No —ella tiró de su brazo fuera de su agarre.

Por el rabillo del ojo, vio que Tess se detenía. Mocha hizo lo mismo y corrió unos pasos en su dirección antes de detenerse a mirar al cielo. Su repentino gruñido fue fuerte e impresionante para un perro tan pequeño, al igual que la repentina ráfaga de feroces ladridos, pero no parecían dirigidos a ninguno de ellos.

Ben frunció los labios. —¿De verdad vas a ser una pesada con esto? ¿Después de cómo me has tratado desde el divorcio?

Freya se quedó boquiabierta. —¿Lo dices en serio? Me has tratado como basura durante años.

—No te atrevas a hablarme así. Después de todo lo que he hecho por ti, todo lo que te he dado...

La niebla roja descendió, su voz resonó en sus oídos mientras explotaba. —*No me has* dado más que ansiedad, baja autoestima y un montón de carga emocional, basura ilusa e iluminadora. Desde el momento en que me pusiste un anillo en el dedo, hiciste todo lo posible por destruir la esencia misma de lo que era, y ambos sabemos por qué: porque estoy a *kilómetros de* tu liga y siempre lo he estado.

Tess volvió hacia ellos con mirada cautelosa. —¿Todo bien, ustedes dos?

La encantadora sonrisa de Ben estaba deshilachada. —Bien, querida. Sólo un arrebato de amor...

—¡Vete a la mierda! —Freya arremetió, empujándole con todas sus fuerzas y haciéndole tambalearse hacia un lado. —¡Corre, Tess, sal de aquí! ¡Tiene un arma!

Cuando los ojos de la joven se abrieron de par en par, Ben recuperó el equilibrio y mostró su pistola, apuntando directamente a Tess. Con un grito, ella se dio la vuelta para huir, justo cuando una sombra oscura se estrelló contra Ben desde arriba, haciéndole tropezar.

El arma se le escapó de las manos. Freya se abalanzó sobre ella, pero él le agarró el tobillo. Un dolor ardiente le desgarró la pierna y gritó, cayendo de rodillas mientras Ben volvía a agarrar el arma.

—Cuidado, humanos —una voz familiar llegó desde encima de sus cabezas. —Recibir un disparo escuece un poco. Créeme, lo sé.

Como si hubiera planeado su entrada para que fuera lo más teatral posible, las nubes se despejaron para mostrar a Jax en toda su gloria emplumada mientras aterrizaba en el tejado del cobertizo más cercano, con las planchas de hierro corrugado repiqueteando bajo sus garras. Sus enormes alas desplegadas se plegaron hasta quedar escondidas detrás de su espalda, y sus ojos brillaron dorados a la luz de la luna.

Freya oyó a Tess jadear, mientras la joven miraba al águila con temeroso asombro. Incluso Mocha parecía conmocionada, encogida contra las piernas de su ama.

Ben hizo un ruido estrangulado, con los ojos saliéndosele de las órbitas. —¿Otro más? ¿Cuántos fenómenos de ustedes hay?

—¿Fenómenos? —Jax se apretó el pecho dramáticamente. —Cómo te atreves. Debería darte una buena paliza, pero otro ha reclamado eso, por robarle lo que le pertenece —levantó la voz. —¿Verdad, Sevvy?

Un monstruo familiar emergió de las sombras de otro edificio. La oleada de alivio de Freya hizo que se desmayara.

Severin tenía la cara retorcida por la furia y movía la cola con tanta fuerza que la golpeaba contra la hierba. Sus colmillos parecían aún más monstruosos a la fría luz del reflector mientras se acercaba a ellos, sin prestar atención a la pistola con la que Ben le apuntaba.

—Se te advirtió, humano —siseó el tigre. —Te avisaron de lo que pasaría si volvías a tocarla.

El gemido de Ben se convirtió en un grito desesperado. Corrió hacia Tess y la agarró. Tirando de ella hacia delante, le puso el cañón de la pistola en la sien.

Mocha gimoteó, corriendo en círculos a su alrededor. Freya miró horrorizada cómo Ben empezaba a arrastrar a Tess hacia el *Golden Life*.

—Lo haré —escupió. —Le volaré los sesos, monstruo mutante.

Severin soltó una risita grave y despiadada, acercándose al lado de Freya. —Sabía que disfrutaría matándote. Desde el primer momento en que te vi, lo supe.

Jax descendió planeando, con la mirada fría como el hielo mientras aterrizaba junto al tigre. —Toma buenas decisiones, humano. Deja ir a la chica, antes de que pierdas tus brazos.

—¡Atrás! Aléjate de mí. Puedes tener a mi puta esposa. Podéis hacerla pedazos por lo que a mí respecta, pero me voy, ahora mismo. Intenten detenerme y acabaré con esta putita ahora mismo, lo juro.

Los ladridos salvajes de Mocha continuaron mientras Tess gritaba de miedo.

—¡Cállate, zorra estúpida! —envolviendo su mano libre alrededor de su garganta, apretó con fuerza.

El grito de Tess se cortó cuando se desplomó en sus brazos.

Severin se agachó y los músculos de sus hombros se movieron mientras se preparaba para saltar. Entonces se detuvo en seco, con la punta de la cola congelada.

Por un momento, Freya supuso que se debía al arma. Cuando se dio cuenta de lo que el tigre debía haber visto, todos los músculos de su cuerpo se bloquearon.

Algo emergía del agua oscura.

Un tentáculo.

Ben murmuró y maldijo mientras tiraba de Tess hacia su barco, ajeno a lo que los demás miraban boquiabiertos. Mocha los rodeaba, ladrando y lanzándose hacia él con agresividad, fallando sus feroces patadas por milímetros.

Congelada en el suelo, Freya se quedó mirando lo que surgía del estrecho canal. El apéndice era largo y grueso, su piel gris pizarra brillaba por la humedad. Su parte inferior estaba cubierta de una multitud de ventosas de color crema pálido que se ondulaban mientras el agua manaba de ellas. Se movía con sombrío propósito, como salido de una película de terror. Incluso Severin y Jax parecían cautelosos, ambos plantados frente a ella, por lo que tuvo que asomarse por entre sus piernas para seguir observando.

Cuando estaba casi en el barco, Ben pareció darse cuenta por fin de que ya no le miraban. Parpadeó, confundido, y luego estiró el cuello para contemplar el tentáculo, que se elevaba lentamente como tirado por hilos invisibles.

Su rostro se contorsionó de horror y se alejó a trompicones, soltando a Tess en el proceso. Mocha se cruzó en su camino y él tropezó con ella con un grito de terror.

La extremidad alienígena se extendió, enroscándose a su alrededor como una pitón.

—¡Socorro! —el grito de Ben fue agudo y desesperado cuando la criatura empezó a arrastrarlo hacia el agua. Forcejeó frenéticamente, agarrándose a la grava y a la hierba, hasta que se agarró a una de las patas traseras de Mocha, que corría a su lado. La perra chilló, forcejeando mientras Ben y ella eran remolcados hasta el borde del agua.

Con un chapoteo, desaparecieron.

—¡No! —el grito agónico de Tess resonó por todo el puerto deportivo.

Corrió hacia el borde, saltó tras ellos y desapareció.

—¡Tess! —Freya trató de ponerse de pie, pero una pesada pata la contuvo.

—Ni se te ocurra —espetó Severin, antes de dirigirse a grandes zancadas hacia el canal, con Jax saltando en el aire tras él.

De repente, dos tentáculos surgieron del agua. Mientras Severin saltaba hacia atrás para agazaparse frente a Freya y Jax se alejaba a toda prisa, uno de los apéndices aterrizó en el camino.

Con algo parecido a la reverencia, se desplegó para revelar las formas mojadas y empapadas de la joven y su perro. Tess tenía arcadas y abrazaba a su terrier empapado y tembloroso, pero ambos parecían ilesos.

No podía decirse lo mismo de la persona atrapada en el otro miembro enroscado. Los ojos de Ben se abrieron de par en par con terror primitivo, su boca abriéndose y cerrándose como un pez moribundo, mientras golpeaba débilmente a la criatura que lo sujetaba. Mientras Freya miraba en silencio, el tentáculo comenzó a sumergirse de nuevo. La mirada suplicante de Ben se encontró con la suya, pero ella no podía hacer nada. Fuera lo que fuera aquel monstruo, era vengativo y decidido mientras lo hundía.

Esta vez, no resurgió.

Capítulo 17

Una semana después

Muere un abogado en el trágico incendio de un barco.

Se han rendido homenajes a un respetado abogado que pereció en el incendio de su barco. El velero de Benjamin L Carmichael, de 31 años, fue hallado calcinado en el antiguo puerto deportivo de Westhorpe en la madrugada del...

Tumbada en la cama y apoyada en unas suaves almohadas, Freya hojeó las noticias en su teléfono. Pasó por alto los elogios a un profesional de talento que se había ido demasiado pronto y se centró en los hechos. El incendio "accidental" destruyó el Golden Life hasta dejarlo en los huesos. Se encontraron los restos carbonizados de Ben, junto con un fragmento de su maleta y el coche de alquiler calcinado, que había alquilado con un nombre falso. La joven que hacía de guardia de seguridad en el lugar había prestado declaración a la policía, aportando pruebas de que no había estado presente en todo el día ni en toda la noche. La policía declaró que se trataba de un peculiar y trágico accidente.

Freya no había visto a Tess desde aquella noche, cuando la joven había estado conmocionada y llorosa, abrazando a Mocha y susurrando que había sido salvada por "él". Freya quería quedarse y vigilarla, pero Severin se negaba a permitirlo. Había entrado en acción cuando Ben desapareció bajo el agua, volviendo a ser humano y ordenando a Jax que llevara a Freya a un lugar seguro mientras llamaba a varios contactos para que le ayudaran a limpiar la escena, como él decía. Freya estaba desesperadamente preocupada por Tess, pero Jax le aseguró que no corría peligro ni por Severin ni por nadie.

—Por lo que he visto —dijo el monstruo águila mientras surcaba el cielo nocturno con Freya aferrada a él como una lapa asustada. —Esa señorita es la humana más segura de esta ciudad. No mucha gente puede decir que tiene a su propio monstruo de tentáculos como protector.

Freya no tenía ni idea de cómo Severin obtuvo el cuerpo de Ben de la criatura mortal en el agua, pero la puesta en escena del incendio había "limpiado la escena" a la perfección. Igual que los hilos que había movido con las autoridades. Aunque en la ciudad corrían rumores sobre la razón por la que Ben se encontraba en el puerto deportivo abandonado, la policía no tomó ninguna medida, ni siquiera vino a hablar con Freya. Se había acabado. Terminado de verdad.

No estaba segura de cómo debía sentirse por la muerte de su ex marido. Desde luego, no se había sentido triste. Conmocionada, sin duda. Incluso un poco nostálgica, ya que de vez en cuando recordaba los años perdidos que había pasado casada con él. Pero no triste.

Dejó el teléfono y se revolvió contra las almohadas. Su habitación estaba a oscuras, salvo por el tenue resplandor ámbar de la lámpara de la mesilla de noche. Las cortinas estaban abiertas de par en par, dejando ver el cielo estrellado y la luna menguante. La ventana estaba lo bastante entreabierta como para dejar entrar los sonidos de la noche: un búho ululaba a lo lejos, un perro ladraba unas casas más allá. Una suave brisa agitaba los arbustos del jardín y hacía ondear las cortinas. Si no lo supiera, pensaría que está completamente sola.

Se miró el pecho bajo la camiseta de pijama de tirantes finos. Los elegantes remolinos de la marca familiar de Severin se combinaban con una ornamentada letra F en un intrincado patrón. Las líneas eran negras en lugar de grises, y parecía un tatuaje normal, aunque poco habitual.

Acarició el dibujo y suspiró. Salió de la cama, se acercó sigilosamente a la ventana y la abrió hasta que la brisa le acarició la cara. Sintió un aroma a especias almizcladas y se le aceleró el pulso.

—¿Te das cuenta…? —dijo en voz baja. —¿De que el acecho no funciona cuando la otra persona sabe dónde estás en todo momento? —a pesar del silencio absoluto que reinaba en el exterior, pudo percibir cierta exasperación, y sus labios se crisparon. —La puerta de la cocina está abierta si decides rendirte por esta noche.

Aunque todavía no había ruido, ella sabía que él estaba allí. Había sentido su presencia en cuanto llegó. También lo había sentido ayer, y la noche anterior. Incluso había salido, ansiosa por verle. Él había permanecido oculto y en silencio, negándose a revelarse, como estaba haciendo esta noche.

Ya había tenido bastante.

—Oh, bueno —dijo con un exagerado encogimiento de hombros. —Tendré que disfrutar de mi propia compañía.

Volvió a la cama, retomando su posición anterior. Respirando hondo, volvió a pasar las yemas de los dedos por las marcas antes de acercarse a los pezones y frotarlos hasta hacerlos picos a través del top. Con un suave murmullo de placer, los hizo rodar entre sus dedos antes de acariciarse el vientre hasta llegar a los pantalones cortos del pijama.

La puerta trasera de la cocina chasqueó mientras ella se acariciaba entre las piernas. No pudo evitar su sonrisa de suficiencia.

—No te estoy acosando.

Dirigió una mirada al hombre alto y apuesto que estaba en la puerta de su habitación con aspecto malhumorado. —¿Qué estás haciendo, entonces?

Dudó. —Sólo quería asegurarme de que estabas a salvo.

—Estoy a salvo. Gracias a ti —.su última palabra terminó en un suave gemido mientras se abría paso bajo los calzoncillos hasta su húmedo centro, mirándole a través de las pestañas.

Su mandíbula cincelada estaba tensa. —Freya.

—¿Hmm?

—También quería disculparme.

Hizo una pausa. —¿Por qué?

—Por lo que tuviste que hacer —señaló el pecho de ella y luego el suyo, donde su sigilo a juego estaba oculto bajo una camisa negra. —Nunca debí dejarte entrar aquí sola aquella noche. Te secuestraron por mi culpa, por mi ira tras la aparición de nuestras marcas. Tenía tanto miedo —se atragantó con la palabra. —De la fuerza de mis sentimientos, de lo mucho que te deseaba, que descuidé tu seguridad. Completar la unión fue un último recurso, al que no habrías recurrido si te hubiera cuidado como es debido.

Reanudó su atención, rodeando su clítoris con un escalofrío. —Nada de esto fue culpa tuya. No le dijiste a Ben que me acosara o me secuestrara. Ni siquiera tuviste nada que ver con su muerte, al final.

—Sí, pero... —levantó las palmas de las manos al cielo, sus ojos en su cuerpo. —Tengo que admitir que tus acciones actuales me distraen de esta conversación.

Ella le miró coquetamente. —Bien.

Por primera vez, sus labios esbozaron una sonrisa. —Eres una provocadora, princesa. Tímida e inocente, una mierda.

—Está claro que no soy una buena provocadora, porque estás hasta ahí.

Enarcó las cejas oscuras y se acercó a la cama.

Ella le sonrió, con las pestañas agitándose mientras se acariciaba el clítoris. —No te culpo por nada de esto, Sev. De hecho, estoy planeando invitarte a salir en un minuto.

Sus cejas se alzaron aún más. —¿Invitarme a salir?

—Sí —ella arqueó las caderas y él le respondió con ojos de bronce. —En una cita de verdad, de la vida real. Eres guapo y divertido cuando no eres un capullo malhumorado, y quiero conocerte. ¿Quieres salir conmigo?

Su sonrisa se estiró hasta convertirse en una mueca ladeada. —Sólo si me dices en qué estás pensando ahora mismo.

Se lamió el labio inferior. —Garras.

Parpadeó. —¿Garras?

—Mmm —volvió a cerrar los ojos. —Garras y dientes en mi cuerpo. Piel gruesa contra mi piel. Tú encerrado dentro de mí, susurrando cosas perversas con tu boca sucia.

El ambiente se enrareció. Un zumbido en los oídos la hizo abrir los ojos y su sonrisa se ensanchó. El tigre se subió a la cama, con los ojos brillantes y los largos colmillos centelleando a la luz ámbar. Ella se acercó a él con la mano libre, animándole a que se inclinara.

—No puedo besarte apropiadamente en esta forma, princesa.

—Claro que sí —apretó los labios contra su suave hocico.

Exhaló un suspiro gruñendo mientras ella lo acribillaba a besos, haciéndole cosquillas en la piel con su pelaje. Sus patas se curvaron sobre los pechos de ella y le bajaron la blusa para acariciar la marca que compartían.

—Debería advertirte, antes de nuestra cita —susurró contra él. —Tengo una situación extraña en mi vida personal. Una situación de pareja predestinada, para ser precisos.

—¿Ah, sí? —una garra recorrió su labio inferior. —¿Cómo es, este compañero tuyo?

—Aún no le conozco bien, pero es protector. Muy protector. Un poco mezquino y distante, o al menos finge serlo.

—Oh, definitivamente está fingiendo. Cuando se trata de ti, al menos. Probablemente piensa que eres increíble. De hecho...—dudó, luego habló apresuradamente. —Probablemente se está enamorando de ti.

No pudo evitar sonreír. —¿En serio?

—De verdad, Freya.

Su pecho se llenó de calor. —Entonces supongo que es bueno que sea mi compañero. Ah, y está *super* bueno. También está bien en el dormitorio.

Le lanzó una mirada indignada. —¿Sólo bien?

—Hmm. Tal vez mejor que bien.

—Bueno, suena genial —le dio un pellizco en la garganta, haciendo que su cuerpo se estremeciera. —Eres una pequeña humana con suerte.

—Sí —no pudo evitar su suave sonrisa. —Estoy empezando a pensar lo mismo.

Bonus Epílogo

La sonrisa de Freya era tensa mientras sorbía su té e intentaba prestar atención a la persona sentada frente a ella. La casa flotante era pequeña y acogedora, con un comedor de dos plazas situado detrás de la bañera y una jarra de hojalata con flores silvestres de dulce aroma sobre la mesa. Tess se había mostrado encantada con la visita de Freya y la había recibido a bordo como si fuera de la realeza.

Mocha, su perrita, también había estado encantada y se había subido al regazo de Freya para abrazarla en cuanto se sentó. Freya se sentía muy culpable por no haberla visitado antes. Tess y ella se enviaban mensajes con regularidad, pero era la primera vez que volvía al viejo puerto deportivo desde la noche del secuestro.

El tiempo había pasado volando y el furor por la "muerte accidental" de Ben se había calmado por completo. La vida había vuelto a la normalidad con dos diferencias notables: ya no tenía un acosador y mantenía una relación con su pareja predestinada.

Ella y Severin salían como una pareja humana normal durante el día: saliendo, disfrutando de la compañía del otro, conociéndose a fondo. Las noches eran otra historia. Calientes, salvajes, apasionadas. Había tenido más sexo en los últimos cinco meses que en todo su matrimonio. A veces se la follaba en forma humana, a veces en tigre. Las cosas que habían hecho juntos la hacían sonrojarse si pensaba demasiado en ellas durante el día.

Ahora se estaba sonrojando, podía sentirlo, sus mejillas se calentaban mientras Tess parloteaba alegremente sobre... algo. Dioses, tenía que prestar atención. *La* pobre Tess no recibía mucha, era obvio. Freya no estaba segura de por qué la joven había elegido vivir sola en un puerto deportivo abandonado, pero estaba claro que le encantaba la compañía y merecía toda la consideración de Freya.

Por desgracia, el juguetito que vibraba entre sus muslos dificultaba mucho las cosas.

Severin se había ofrecido a llevarla al puerto deportivo con una condición: que probara el regalo que le había comprado. El huevo del amor teledirigido era

pequeño y delicado, pero muy potente. Cuando volvió a zumbar contra su núcleo húmedo, Freya se mordió un gemido.

La vibración fue lo suficientemente fuerte como para que Mocha saltara de su regazo con un resoplido molesto, acurrucándose en una cesta de mimbre debajo de la mesa en su lugar. Tratando de distraerse, Freya miró por la ventana. Severin estaba en tierra cerca, en forma humana, con una mano en el bolsillo de su chaqueta negra. Miraba el agua, frunciendo el ceño, y ella se puso tensa.

—No tienes por qué preocuparte —dijo Tess, siguiéndola con la mirada. —Sé lo que estás recordando, pero a Severin no le pasará lo mismo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has hablado con... él? ¿El tipo de los tentáculos?

—Lo he intentado. No me contesta. Ni siquiera me deja mirarle —la sonrisa de Tess era suave y triste, mientras enroscaba uno de sus mechones de pelo morado alrededor del dedo. —Pero sé que está ahí, velando por mí. Eso es mejor que nada.

Freya se quedó un rato más, tomando té, charlando y tratando desesperadamente de ignorar su creciente necesidad. Severin era un demonio con el mando a distancia del vibrador, pulsándolo cada pocos minutos hasta que ella se sintió como una cuerda tensa a punto de romperse, con el deseo retumbando en sus venas. Al final, se despidió entre dientes, prometió volver pronto y abandonó el barco a trompicones.

Por suerte, su amante detuvo el vibrador mientras se bajaba; estaba segura de que, de no ser así, se habría caído al agua.

Esbozó una sonrisa inocente cuando ella se le acercó. —¿Disfrutaste tu visita?

—Eres un monstruo malo —susurró con voz ronca.

Su sonrisa se amplió hasta convertirse en una mueca. —No estoy seguro de lo que quieres decir. Sólo estoy aquí ocupándome de mis asuntos, siendo ignorado por un pulpo.

Eso desvió su atención. —¿Eso es lo que es?

—Potencialmente Hay varios tipos de monstruos con tentáculos. Sin verlo bien, no podría asegurarlo.

—¿Pero debiste verlo cuando le quitaste el cuerpo de Ben esa noche?

Sacudió la cabeza. —Sólo sus tentáculos cuando liberó el cuerpo. No dijo nada ni se reveló. Parece que esta vez tampoco lo hará.

Un leve zumbido contra su palpitante clítoris la devolvió a la realidad en un arrebato de calor, y sus caderas se sacudieron involuntariamente. —Severin...

—Lo sé, cariño —la abrazó con un brazo. —Tu bonito coño está todo mojado y necesitado, ¿verdad?

Otra vibración acompañó a sus palabras, y todo su cuerpo se estremeció. —Oh dioses, no puedo, es demasiado...

—¿Quieres que pare?

Había perdido la capacidad de hablar. Ella asintió, sacudió la cabeza rápidamente y volvió a asentir, haciéndole soltar una risita.

—Vamos. Vamos a ver a tus necesidades.

Estaba tan reprimida que tardó un momento en darse cuenta de que no la conducía de vuelta por el camino lleno de maleza hacia su coche, que estaba aparcado en la entrada del puerto deportivo, en la carretera principal. En lugar de eso, la acompañaba hasta el pequeño bosque que bordeaba el recinto.

Hojas y ramas crujían bajo sus pies, y en el aire flotaba un fuerte aroma a musgo y hojas de sauce. Entre los árboles había un pequeño edificio de una planta. La hierba gansa, las ortigas y las zarzas se arrastraban por encima de las paredes, como patas de araña, sobre el tejado de hojalata. Los cristales de las ventanas estaban rotos y sucios. Los fragmentos de cristal brillaban con espirales caleidoscópicas bajo el sol otoñal. La puerta se hundía en sus oxidadas bisagras, crujiendo ruidosamente cuando Severin la abrió y le hizo un gesto para que entrara.

Era un viejo almacén, si nos atenemos a las torcidas estanterías de madera, los barriles y los botes de pintura vacíos, abandonado y olvidado durante mucho tiempo. Habían colocado una manta a cuadros sobre el hormigón desnudo. Parecía limpia y nueva, fuera de lugar entre las telarañas y el polvo. Obviamente, él se dio cuenta de que la miraba, porque dijo: —La cogí mientras estabas distraída en el barco. No quiero que mi princesa se ensucie en el suelo, ¿verdad?

Con un guiño tan arrogante que ella probablemente lo habría tomado como una excepción si no hubiera estado tan excitada, le apretó algo pequeño y duro en la palma de la mano: el mando a distancia. El aire que la rodeaba se hizo más

denso y un escalofrío placentero la recorrió cuando el hombre desapareció, sustituido por un tigre dientes de sable grande y familiar. La miró fijamente, con los ojos brillantes en la penumbra y la cola agitándose detrás de él. Se estiró y le acarició los colmillos, mortíferos y sobredimensionados, pasando las yemas de los dedos por las suaves puntas. Los destellos amarillo-verdosos de sus iris giraban en su visión, cada vez más brillantes, hasta que sintió que caía en ellos. Se balanceó sin control y un suave sonido escapó de sus labios.

—Prácticamente ya puedo saborearte —ronroneó Severin. —Caliente, húmeda y desesperada. Jodidamente deliciosa. Desnúdate para mí.

Ella obedeció al instante, subiéndose la camisa por la cabeza y tanteando la cremallera de los vaqueros con manos temblorosas. Sus ojos brillaron de posesividad cuando por fin se quedó en ropa interior blanca y transparente, y su mirada se clavó en los remolinos de su pecho, el sello que la identificaba como suya.

Una ráfaga de aire otoñal la envolvió desde el hueco de la puerta y se estremeció, envolviéndose con los brazos mientras las zarzas del exterior golpeaban y crujían contra el edificio. Sin embargo, su incomodidad desapareció rápidamente, engullida por el creciente deseo cuando él se acercó y una de sus garras tiró del elástico de sus bragas.

—Echemos un vistazo a mi obra —murmuró.

Se arrodilló y, al mismo tiempo, le bajó la ropa interior. El suave huevo estaba dentro de ella, con la cola apoyada ligeramente en su clítoris palpitante. Le acarició ligeramente los pliegues empapados con una garra, haciéndola estremecerse de pies a cabeza.

Su risa era pura maldad. —Oh, *me gusta* nuestro nuevo juguete. Parece que a ti también. Lo cual es bueno, ya que tienes que elegir. No puedo follarte como un tigre aquí, está demasiado expuesto. No puedo arriesgarme a que me descubran metido dentro de ti.

Se le escapó una risita salvaje al pensar en eso, y su hocico se torció en una sonrisa mientras continuaba. —Así que tienes dos opciones. Puedo volver a cambiarme y follar como humanos normales. O puedo quedarme así y usar mi lengua contigo mientras te follas.

Santo cielo. El gemido que se le escapó fue tan fuerte que se tapó la boca con las manos.

Se rió en voz baja. —Supongo que es una respuesta tan buena como cualquier otra, pequeño monstruo sediento. Has estado ahí sentada goteando todo este tiempo, ¿verdad? Chica sucia, fantaseando con tu monstruo mientras tu dulce nueva amiga te preparaba té y te contaba todas sus novedades...

Se inclinó hacia ella para soplarle suavemente en el coño y ella se estremeció, pulsando involuntariamente un botón del mando a distancia. El huevo vibró en su interior y en su clítoris al mismo tiempo, y sus rodillas temblaron al sentir un pulso de puro calor.

Las zarpas de Severin se enroscaron alrededor de sus caderas y tiraron de ella, animándola a bajar hasta que quedó tumbada de espaldas sobre la alfombra, con los muslos abiertos de par en par.

—Hermoso —gruñó, su gran pata sosteniendo el huevo en su lugar dentro de ella. —Perfección. Te voy a comer viva, mi pequeña humana. Quédate quieta. No queremos interrupciones, ¿verdad?

Inclinó la cabeza, y el mundo se volvió borroso mientras lamía y chupaba, su lengua áspera rozando sus partes más sensibles.

—Sev —jadeó.

—Shh, cariño. Estoy ocupado.

Las estrellas se arremolinaban ante su vista y sus caderas se movían rítmicamente con el movimiento de su boca y el vibrador. Le entraron unas ganas irrefrenables de gritar y se mordió el puño, deleitándose en el filo del dolor mientras él le metía las zarpas por debajo de las caderas y soltaba una carcajada.

—Mi agujero favorito ya está lleno —murmuró él, inclinando las caderas de ella hasta que quedó aún más expuesta. —Supongo que tendré que poner mi lengua en otro lugar...

Le lamió burlonamente el culo, y el placer recorrió sus venas, llevándola al límite en una explosión de éxtasis, con las manos en la boca para ahogar su grito delirante. Su gruñido de aprobación resonó en su piel, intensificando cada sensación. Bajó lentamente, temblorosa, y Severin la estrechó entre sus brazos.

—Eres perfecta —su voz retumbó en su pecho. —Mi compañera perfecta. Te amo, Freya.

—Yo también te quiero, mi tigre —murmuró aturdida, acurrucándose contra su suave pelaje.

El sonido de un motor rompió su delirio y parpadeó cuando Severin se incorporó, tirando de ella. Antes de que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, Severin había vuelto a su forma humana, le había quitado el vibrador y la había puesto en pie.

—¿Qué pasa? —murmuró, conteniendo un bostezo de satisfacción.

—Silencio —susurró, ayudándola a asomarse a la ventana. —Parece que el puerto tiene más visitantes. Esperaremos a que se marchen y nos iremos.

Todavía intentando bajar del increíble subidón de hacía un momento, Freya echó un vistazo a través de los cristales agrietados y las zarzas. Un coche negro, grande e impecable, estaba parado junto a la barca de Tess. Más allá, pudo ver a Tess llegando a la orilla con una fuerte ola. El lenguaje corporal de la joven era tenso, nervioso, como si sus invitados fueran inesperados y no del todo bienvenidos.

Dos personas salen del coche: una elegante mujer mayor, con el pelo canoso recogido en un elegante moño, y un hombre alto y moreno que viste un elegante traje.

Severin maldijo en voz baja.

Freya lo miró. —¿Los conoces?

—La mujer, no. El hombre... —la voz de su monstruo era sombría. —Ya nos conocemos. Si tu nueva amiga está mezclada con *él*, está en problemas.

Freya levantó las cejas. —¿Deberíamos ir a ayudar?

—Si es necesario, pero esperemos que no sea necesario. No olvides que también tiene a alguien que le vigila las espaldas. Y compadezco a cualquier enemigo que se enfrente a él.

Fin